- Serie Sphere -

¿Podemos tenerlo todo?



- Serie Sphere España -

MAGGY MCANDREW

¿Podemos tenerlo todo?

Maggy McAndrew

Derechos de autor © 2024 AMM

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Versión en castellano

- Serie Sphere España -

Para mi esposa.

Prólogo

¿Por qué la nostalgia precede a la ausencia? Aun estando aquí contigo, todo lo que puedo pensar es en cómo me sentiré cuando ya no estés, lo que querré hacer, lo que querré decirte con la urgencia del momento. Intento, en vano, almacenar recuerdos con la falsa presunción de que podré evocarlos cuando ya no estés aquí. Curioso cómo se sufre más con la anticipación que con la ausencia en sí.
Si me hubieran preguntado qué iba a pasar, habría imaginado cualquier cosa menos lo que sucedió.

*

1 año antes

Eliza

Cuando el avión posa las ruedas en el suelo, siento una mezcla de náuseas y entusiasmo, sofocados por el agotamiento de quien lleva más de treinta horas viajando.
En los altavoces, la misma voz de siempre anuncia: "Señores pasajeros, acabamos de aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Sídney, son las catorce horas y la temperatura local es de 20°C".
La voz sigue dando información potencialmente útil, pero dejo de escucharla. A mi lado, Caroline no parece haber hecho el mismo viaje que yo. Si no fuera por las marcas de la almohada en su mejilla, se podría decir que simplemente está lista para otro día de trabajo. Mirando bien, sus ojos azules tienen un brillo más intenso y su rostro esboza una sonrisa que permite ver los dientes ligeramente desalineados.
"Dormiste todo el tiempo", digo con un dejo de envidia.
"¿Qué más hay para hacer dentro de un avión?", responde riendo, inclinándose para darme un beso. "Podrías haberme dado otras ideas".
Nos lleva más de una hora llegar a la zona de las cintas transportadoras que, con suerte, traerán nuestro equipaje.
"Ya caminé más que cuando insistes en que vayamos a pie de casa al hospital", afirma irritada Caroline, que detesta cualquier tipo de ejercicio físico.
La atraigo hacia mí y la abrazo. "Ahí están las nuestras", interrumpo, desviando la cabeza.
"Deja que den una vueltecita más, los besos no pueden esperar", enuncia en tono solemne, colocando mi rostro entre sus manos antes de besarme.

*

Cuando llegamos al hotel, acomodamos rápidamente las pocas cosas que trajimos para esta semana. Me siento en una silla en forma de bola, tapizada en terciopelo azul, y desde este nido posmoderno, no dejo de sorprenderme con la exuberancia y el extremo buen gusto de la habitación.
"¿Estás nerviosa?", le pregunto, dándome cuenta de mis propios sentimientos. Sigo siendo escéptica sobre el propósito de este viaje. Al principio pensé que era una broma que no iba a llevar a nada, pero ahora que estamos aquí, ahora que literalmente estamos al otro lado del mundo, la broma claramente tomó otros matices.
"¿Nerviosa con qué, exactamente? ¿Con Martin? ¿Crees que deberíamos llamarlo? Sé que ya es grande y que está en casa de tus padres, pero nunca hemos estado tan lejos". Caroline, acostada en la cama, se apoya en el codo y mientras habla, toma el teléfono.
Me levanto con esfuerzo y me acuesto a su lado, tomándola del brazo, evitando que continúe con sus intenciones. "No puedes llamar ahora, es muy temprano allá", le digo, mirando el reloj y haciendo cálculos mentales a la velocidad que el cansancio me permite. "No estaba hablando de Martin, te estaba preguntando sobre la conferencia de mañana, ¿estás nerviosa?".
"No tanto. Ellos me invitaron, saben lo que hago y lo que voy a decir, no hay razón para estar nerviosa".
Impresionante su seguridad cuando se trata de trabajo.
"Sabes que soy una de las mejores, ¿verdad? Claro que lo sabes, ¡solo te gusta lo mejor y estás conmigo!", ironiza, soltando una carcajada.
Estoy tan cansada que hasta reír me cuesta. Acerco mi cuerpo al suyo, al mismo tiempo que paso la pierna sobre las suyas. "Va a haber mucha gente", constato, cerrando momentáneamente los

ojos, solo para descansar los párpados por un instante.
Despierto sin saber exactamente dónde estoy, está oscuro afuera. A mi lado, Caroline respira pesadamente, debimos habernos quedado dormidas. Recuerdo que estábamos hablando de llamar a Martin, sobre la conferencia, y después de eso, nada más. Tengo la pierna entumecida y, por más que no quiera, necesito cambiar de posición.
En cuanto me alejo, Caroline abre los ojos, tal vez ya estaba despierta y era ella quien no quería moverse para no despertarme.
"¡Buenos días, amor!", bromea, poniéndose de pie de un salto.
"Buenas noches querrás decir", respondo, mirando hacia la ventana, donde la luz de la luna ilumina el cielo. "¿Salimos a cenar?".
"Tengo una idea mejor", replica, tomando el teléfono al lado de la cama. Por el intercambio de palabras, entiendo que está pidiendo nuestra cena, solicitando que solo toquen la puerta y dejen los platos afuera.
"¿Cuándo tuviste tiempo de ver el menú? ¿Cómo sabes el número del servicio a la habitación?", pregunto sorprendida.
"¿Sabes cuántas horas dormiste?".
Vuelvo a acurrucarme en la cama, acomodando las almohadas debajo de mi cabeza. "Las mismas que tú dormiste en el avión", replico.
"Tal vez, pero ahora estamos solas, sin sueño y con toda una noche por delante, ¿cierto?". La pregunta retórica es solo el comienzo. Caroline se posiciona en el contraluz de la ventana y muy lentamente desabotona su camisa, dejándola deslizarse hasta el piso cuando finalmente queda completamente abierta.
Miro su cuerpo a sus cincuenta años, ha cambiado un poco desde que la vi por primera vez hace unos veinte años, pero no por eso ha perdido su magnetismo. Sabiendo que no podré apartar la mirada, ella continúa su coreografía y con la misma lentitud abre sus pantalones, se los quita y también los arroja lejos. Quisiera tocarla, quisiera besar su piel, pero conozco demasiado bien este juego, por lo que permanezco inmóvil, sin evitar llevarme la mano a la boca, apretando los dedos entre mis labios.
"¿Te gusta?", pregunta, en el momento exacto en que se escucha un golpe seco en la puerta.
"¿Que haya llegado la cena? Sí, tengo hambre", afirmo con la respiración acelerada.
"¿Hambre de qué?", responde, dando un paso en mi dirección y dejando que su sostén caiga suelto al piso.

PARTE I

Capítulo 1
Fiesta de Despedida

*

Miércoles, 4 de septiembre [21:45]

Eliza

"¿Te acuerdas?", pregunta Margot, de forma retórica, "Parece que fue ayer cuando volvíais de Sídney totalmente emocionadas. Recuerdo que me contaste cómo la conferencia había sido un éxito, y que Caroline había sido invitada a formar parte del equipo internacional del centro quirúrgico del *New Sydney Hospital*. Ahora ya puedo confesarte que, cuando me lo dijiste, pensé que estabas exagerando, que la historia no podía ser exactamente así. Y míranos, ha pasado un año, y mañana se va, ¿cómo es posible que el tiempo pase tan rápido?" Mientras habla, Margot vuelve a fijar sus ojos en mí, y por mucho que me esfuerce por mantener una sonrisa, sé que no puedo ocultar la tristeza. A mi lado, mi madre sacude levemente la cabeza de un lado a otro y suspira profundamente, sin que me pase desapercibida su propia angustia.

Margot es la hermana que no tuve. La conocí hace más de treinta años, en nuestro primer año en la facultad de medicina. Nos hicimos amigas en la peor etapa de nuestras vidas, yo llevaba meses luchando contra una depresión que se resistía a ceder y ella, ella acababa de perder a sus padres. Mis padres y mis tres hermanos ayudaron a suavizar los recuerdos del accidente, mitigaron su añoranza y le devolvieron parte de lo que había perdido. Para mí, su presencia fue un incentivo y poco a poco recuperé la alegría y las ganas de vivir. Mi madre acogió a Margot con los brazos abiertos, recuerdo, hasta hoy, las palabras que repetía una y otra vez cuando nos llevaba a los partidos de balonmano del equipo universitario: 'Menos mal que apareciste Margot, Eliza necesitaba una hermana y yo otra hija para equilibrar con esos tres chicos'.

Ante mi silencio, es mi madre quien interviene, como si no fuera una mujer que siempre tiene algo que decir: "Vamos, no quiero ver esa cara", declara tajantemente mientras me acaricia el pelo, con el cariño de quien me mira y siempre ve a una niña. "Ya verás que pasará en un abrir y cerrar de ojos. Tú y Martin tendréis tanto que hacer que, antes de que os dé tiempo de echar de menos a Caroline, ella ya estará de vuelta. Sé que Australia está lejos, que nunca habéis estado tanto tiempo separadas, y que siempre es más difícil para quien se queda, pero piensa en el lado bueno, tienes a Martin, nos tienes a nosotros. En menos de nada, él empezará las clases, tu hospital inaugurará la nueva ala de cirugía."

"Mamá, la nueva ala comparada con el hospital de Caroline allá en Australia, es un juego de niños." Cuando estuvimos allí, hace un año, vi los planos del centro quirúrgico, es difícil imaginar algo mejor.

"A nuestra escala es importante, para ti, para nosotros y para la ciudad."

Adoro a mi madre, con la madurez de sus casi 80 años y la energía de una joven de 20, siempre consigue decir lo correcto, en el momento exacto.

"Aún existe la posibilidad de que venga a pasar la Navidad", declaro, porque yo misma ya la echo de menos, y al mismo tiempo tengo miedo, miedo de lo que pueda sufrir, de la añoranza que Martin, a sus 16 años, no verbaliza, pero seguramente siente. Estoy casi segura de que Caroline no vendrá en Navidad, eso implicaría dos viajes más de treinta horas, dentro de pocos meses.

En un gesto impetuoso, mi madre me rodea con los brazos, en el momento en que Martin pasa junto a nosotras y se une al abrazo. "¡Abrazo de tres generaciones!", grita.

Impresionante cómo se parece tanto a su abuela, a pesar de que fue Caroline quien se quedó embarazada, y no yo.

"¿Ilusionado por empezar las clases?", pregunta Margot, intentando aligerar el peso de la conversación, sin anticipar que se va a meter en otra igualmente compleja.

"Qué va.", responde él con una mueca, soltándose del abrazo y sacudiendo sus rizos. "Va a ser horrible, no entiendo por qué no pude cambiar de cole y quedarme más cerca de los entrenamientos. Al menos conseguí entrar en el equipo...", Martin vuelve a encogerse de hombros, esta vez acompañando el movimiento con una mueca. "Voy con el abuelo", declara, dándonos la espalda.
"¡No seas maleducado!", profiero, elevando el tono de voz, no sé si para hacerme oír o por la irritación que el asunto me provoca, "¡Tú decidiste cambiar de club, no ibas a cambiarte también de colegio!", declaro siguiéndolo con la mirada mientras se aleja.
Dejando el grupo donde estaba conversando con dos de mis hermanos, Caroline se acerca, dando una palmada cariñosa en el brazo de Martin cuando se cruzan, mostrando que estaba siguiendo nuestra conversación.
"Va a ir bien, dale tiempo", afirma, apartándome de los brazos de mi madre y envolviéndome ella misma en un abrazo. Apoya sus labios en los míos y prosigue de forma asertiva: "Cuando venga en Navidad, estoy segura de que él ya estará encantado con el nuevo equipo y tú estarás quejándote de tener a todos sus amigos en casa."
Ella sabe que yo no quería que él fuera a este equipo, es innegable que es uno de los mejores del país, pero por eso mismo, el grado de competitividad es inmenso, tengo miedo de lo que eso pueda hacerle.
Noto que Margot cruza la mirada con la de mi madre, pero ninguna de las dos dice nada, creo que la propia Caroline necesita creer que en Navidad estará de vuelta. Para ella es doblemente difícil. Es cierto que es un proyecto irrechazable, pero el precio no es bajo, tendrá que sobrevivir un año en una ciudad extraña, sin mí y sin su hijo, espero que valga la pena.
"¡Hora de la tarta!", grita Lucas, mi hermano menor, golpeando con el tenedor en una copa. "Esta no es solo una fiesta de despedida, es la fiesta de renovación de votos, ¿os acordáis?"
Me siento enrojecer de pies a cabeza, y soy llevada por la mano de Caroline.
"Diecinueve años de casadas no es para todo el mundo. Es más, no es para casi nadie, en los tiempos que corren", hace una pausa teatral y mira a mis padres, que, cogidos de la mano, observan la escena, "Vosotros no contáis", les dice alzando la copa en su dirección y brindándoles con una sonrisa, que arranca un aplauso de la sala.
"¡Discurso! ¡Discurso!" grita en medio de la ovación otro de mis hermanos.
Caroline avanza, se acerca a él y le da un beso en la mejilla, antes de volverse hacia nosotros e iniciar un discurso improvisado. A veces, hasta me olvido de lo buena que es en estas cosas.
"¡Gracias! Gracias por estos casi veinte años." A pesar de comenzar con la voz entrecortada, Caroline sonríe y prosigue, sin desviar la mirada, y haciendo que yo no contenga una lágrima: "Conocí a Eliza en Roma, cuando se le cayeron las gafas de sol dentro de un lago en Villa Borghese, e intentaba desesperadamente cogerlas con un palo, corriendo el riesgo de caerse ella misma allí dentro. Me enamoré de aquella mujer pecosa que no conocía y, porque el destino juega con nosotros, ella, al igual que yo, había ido a Roma a hacer unas prácticas de cirugía robótica. Ella, al igual que yo, había estudiado medicina aquí en la Universidad Autónoma y, ella, al igual que yo, iba a presentarse al servicio en el Hospital Gemelli al día siguiente. Las estrellas conspiraban a nuestro favor y, ese día, en el lugar y en las circunstancias más improbables, supe que había encontrado al amor de mi vida."
Es el turno de ella misma de emocionarse, lo que la obliga a hacer una breve pausa. Recupero algo de calma, me acerco e intervengo: "Si dependiera de ti, aún hoy estaría esperando esa declaración de amor", profiero dándole un beso en la boca, que provoca una nueva ola de aplausos. Todos en esta sala conocen de memoria la historia de cómo fui yo quien se declaró a

Caroline, después de meses de avances y retrocesos por su parte.
"En aquel momento, no podía adivinar que con Eliza vendríais todos vosotros, creo que, si lo hubiera sabido, no habría tardado tanto tiempo...", anuncia, esta vez, sin contener las lágrimas.

Margot

Después de la tarta y de varios discursos, las conversaciones vuelven a establecerse en pequeños grupos. La madre de Eliza viene junto a mí, me coge del brazo y me arrastra hasta el despacho, sentándose en el pequeño sofá y haciendo un gesto para que me siente a su lado. En contraste con la sala, esta estancia es íntima y acogedora, recordándome conversaciones difíciles de otros tiempos, lágrimas y risas, secretos y logros.
"Estoy preocupada", dice simplemente, sabiendo que no necesita más palabras.
"Yo también", respondo, sin saber qué más puedo decir para reconfortarla.
"Caroline habló conmigo la semana pasada, estaba considerando no ir. Tiene miedo de que Eliza pueda volver a ponerse mal, y Dios sabe lo que podría pasar."
"Ella está bien. Lleva años estando estupendamente", afirmo asintiendo con la cabeza, como si necesitara asegurarme de que lo que estoy diciendo se corresponde con la verdad.
"Pero ya estuvo muy mal, no podemos arriesgarnos", contrapone.
No presencié la peor parte de la enfermedad de Eliza, y sé que su madre me atribuye el mérito de haber contribuido a su recuperación, pero en este momento me siento completamente impotente.
"Voy a estar cerca", aseguro. "Llevaré a Martin a los partidos, y prometo ir a cenar con ellos siempre que pueda."
"Somos médicas, sabemos que estas cosas nunca están curadas. Duermen, pero un día, pueden volver a despertar. Tú viste lo que pasó cuando él nació."
La madre de Eliza fue una ginecóloga pionera y, a pesar de que ya no ejerce desde hace años, sigue manteniéndose extraordinariamente actualizada.

*

Jueves, 5 de septiembre [00:25]

Salgo de la fiesta poco después de medianoche, prometiendo a Martin que lo llevaré al entrenamiento el fin de semana.
¡Estoy agotada! Demasiadas emociones, medito cuando abro la puerta del coche. Hago el trayecto hasta casa, con Mozart a todo volumen, definitivamente una mala opción, ya que me va angustiando progresivamente. Pero, antes de conseguir cambiar la música, esta se interrumpe por una llamada. ¿Quién será a estas horas?
'Henri.' ¡Era previsible!
"Hola, ¿cómo estás?", atiendo, como si estuviera esperando su llamada. Él siempre trabaja hasta estas horas, y asume que todos los que le rodean siguen el mismo horario, por lo que llamar de madrugada es un evento completamente normal, que no requiere ningún tipo de justificación.
"Tuvimos reunión de dirección con todas las filiales, y decidimos que el estudio clínico liderado por Barcelona, tu estudio, va a ser la base de la estrategia de pre-lanzamiento", declara sin preámbulos.
"¿Y el ensayo clínico de Sudáfrica?", pregunto sorprendida.
"Está retrasado, solo va a tener resultados después del tuyo."
Henri es el CEO de nuestra empresa, BioXN, una de las más grandes de la industria farmacéutica, pero se empeña en tratar estos asuntos personalmente, y conoce cada detalle, a veces mejor que nosotros que trabajamos en los departamentos médicos. Después de más de ocho años de investigación, la empresa está casi lista para lanzar un nuevo medicamento para la tuberculosis multirresistente, pero últimamente las cosas no han ido bien.

"Tu base de datos está concluida, ¿verdad?", pregunta sabiendo de antemano que la respuesta es afirmativa.
"Tenemos que analizar y escribir los resultados."
"Tienes tres meses."
"¡¿Tres meses?! Necesito al menos un año."
"Tienes tres meses", repite.
Sin buenas noches, ni adiós, cuelga el teléfono, dejando que el sonido de Mozart vuelva a invadir el coche.
Por un momento considero la posibilidad de llamar a Dolores, mi asistente de siempre, pero afortunadamente miro el reloj antes de hacerlo y, en un ataque de sensatez, decido esperar hasta la mañana. Acto seguido, me acuerdo de que se va a jubilar, y vuelvo a respirar profundamente, ¿cómo voy a sobrevivir?
Cuando asumí este cargo, heredé literalmente a Dolores del antiguo director médico, ambos trabajaron toda la vida en la industria farmacéutica. Cuando la conocí, yo enfrentaba un desafío a la altura de mis ambiciones, era joven, y la primera mujer negra en asumir el puesto. Ella fue la aliada perfecta, me enseñó todo lo que no viene escrito en ningún manual y, a lo largo de los años, llegó a conocerme como pocos. ¿Cómo voy a sobrevivir sin ella? No puedo pensar en eso, no ahora, no después de haberme despedido de Caroline, demasiadas despedidas para un solo día.

Capítulo 2
¿Cómo decir adiós?

*

Jueves, 5 de septiembre [00:45]

Eliza

Dejamos la fiesta poco después de que se marchara Margot. Caroline se despidió extensamente de mi madre, seguramente hablando de mí, pero me abstuve de intervenir, consciente de que las emociones están demasiado a flor de piel.

Mi padre insistió en que Martin se quedara a dormir allí, una especie de regalo para que pudiéramos tener esta noche para nosotras.

Caminamos unos veinte minutos. El aire no está ni demasiado frío ni demasiado caliente, una noche templada que marca el final del verano.

"¿Estás bien?" No es una pregunta que Caroline me haga a menudo.

"¿Por qué no iba a estarlo? Ha sido una bonita fiesta, muy distinta a la de hace diecinueve años, ¿recuerdas?", eludo, sabiendo que no puedo, ni quiero, responder sinceramente a su pregunta.

"Hasta hoy no entendí por qué quisiste que nos casáramos en secreto. Deberíamos haber hecho una gran celebración, era un honor, ¿te das cuenta? Estábamos en uno de los pocos países del mundo donde era posible. Parece un pasado lejano, pero fue hace menos de veinte años", declara enfatizando cada palabra. "¿Cuándo se había aprobado la ley? ¿Unos meses antes? Fuimos de las primeras, ¿lo has pensado? Somos parte de la historia. Podrían sacarnos una foto 'una de las primeras parejas de lesbianas sigue unida casi veinte años después', siempre sería una noticia esperanzadora, para contrarrestar las desgracias que llenan los informativos". Caroline suelta una carcajada y me besa, obligándome a apartar la mirada del suelo.

"Quise que ese momento fuera solo nuestro. Quería el privilegio de tener un recuerdo que únicamente compartiera contigo. Es egoísta, ¿verdad?"

"Mucho", responde moviendo la cabeza y arqueando una ceja.

Nunca he entendido cómo lo consigue, para mí es un movimiento imposible, reflexiono sonriendo para mis adentros. "Mi madre nunca me lo perdonó. Por muchas fiestas que hagamos, siempre guardará ese resentimiento".

"Tu madre es la mejor persona que conozco, no guarda rencor a nadie, y menos a ti, su adorada hija. La voy a echar de menos".

"Ella te echará de menos a ti", mascullo entre dientes, apretando más fuerte su mano.

*

Automáticamente giro la llave en la cerradura y entro en el salón. De inmediato me detengo, incapaz de seguir caminando, al toparme con las dos enormes maletas rojas que, apoyadas contra la pared del salón, llenan el espacio.

Caroline finge no darse cuenta, deja la mochila en el suelo y, como si yo no conociera el camino, me conduce hasta nuestro dormitorio. Se sienta en la cama y me atrae hacia ella, envolviéndome en un abrazo. Huelo su perfume y cierro los ojos. Sus labios me rozan el cuello y con la yema de los dedos aparta mi pelo a un lado, alejando también el cuello de la blusa. Me besa con ternura, me muerde la oreja y susurra: "Eres mi persona", "Siempre y para siempre".

Suspiro profundamente, dejándome perder en las sensaciones, en el sonido grave de su voz, en el aroma de tantos años, en el tacto de sus dedos sobre mi piel. Siento un escalofrío cuando su lengua recorre el camino entre mis pechos, desabrochando los botones de la blusa a medida que desciende hasta el ombligo. Enredo su pelo entre mis dedos y vuelvo a quedarme inmóvil. Sin poder evitarlo, dejo que las lágrimas broten.

A pesar de que yo estoy parcialmente vestida, ella está casi desnuda, permitiendo que el calor de su piel invada mi cuerpo. Es un baile conocido, con el tiempo hemos aprendido todos los pasos,

todas las variaciones, pero no por eso se ha convertido en una danza menos seductora. Me incorporo y la empujo, haciendo que se tumbe boca arriba. Me toca a mí, recorro la piel desnuda con la punta de la lengua, me demoro, intercalando besos ligeros con otros más impetuosos, dejando incluso de vez en cuando la marca de los dientes.
Siento su mano buscar la cremallera de mis pantalones y, acto seguido, sus dedos se deslizan sin vacilación.
"No", murmuro.
"Sí", me responde como si simplemente estuviera confirmando lo que acabo de decir.
Ella tiene la certeza de que es 'sí' y se mueve lentamente, provocándome, sin avanzar demasiado.
"Déjame desnudarme", pido.
"No hace falta", susurra junto a mi oído y, aun con la tenue luz que ilumina la habitación, puedo ver que sonríe.
No pasan más que unos minutos hasta que abandona las caricias suaves e intensifica el movimiento; a partir de aquí, será imposible quedarse quieta. Muevo el cuerpo buscando el contacto de sus dedos, y ella corresponde hasta llevarme al límite sin dificultad. Hace una pausa que dura apenas un breve instante, pero que es más que suficiente para hacerme implorar: "¡Por favor, Caroline!".
Respiro hondo dos veces seguidas, intentando tragar aire y recuperar el aliento. Escucho su respiración y, sin poder esperar más, deslizo mis dedos por la piel caliente y sudada de su cuerpo totalmente desnudo. Está excitada y no lo oculta, revelando exactamente lo que pretende. Suelta un gemido, ahogado por la almohada, de quien se ha acostumbrado, a lo largo de los años, a no hacer ruido, y casi al mismo tiempo siento su cuerpo estremecerse contra mis manos.
Nos quedamos tumbadas la una junto a la otra, vuelvo a notar las lágrimas resbalar. Como si lo adivinara, sin haberme mirado, ella me da la mano.
"No te vayas", susurro, con la esperanza de que no me oiga.
"Aún estamos a tiempo", responde como si simplemente estuviera esperando mi petición. "Solo me iré si tú estás de acuerdo. La propuesta es buena, pero mucho más importante es 'nuestra' vida, por eso, Eliza, muy en serio, si no estás segura, no me iré".
No sé si realmente lo dice en serio, pero creo que en este momento es exactamente lo que siente, y estoy convencida de que, si le pido que se quede, no se irá mañana, pero ¿y después?

Capítulo 3
Hay sustituciones que son inevitables

*

Jueves, 5 de septiembre [06:30]

Margot

Me despierto agotada por las emociones de la fiesta de ayer, pero sobre todo por una noche interrumpida por pesadillas. Soñé que Caroline ya se había ido, y que había llamado para decir que no iba a volver. Soñé que había ocurrido un desastre y no podíamos contactar con ella, Eliza estaba desesperada y Martin llorando a lágrima viva. Soñé e imaginé todo aquello que me aterra, sufrí por anticipado, y me desperté mucho más cansada que cuando me acosté anoche.

Apago el despertador al primer toque y me levanto de inmediato, sin darle a mi cerebro la oportunidad de considerar otras alternativas.

Dejo correr el agua tibia de la ducha sobre mi cabeza mientras organizo mentalmente la agenda del día. Recuerdo la llamada de Henri, ¿realmente querrá avanzar así? No sería la primera ni la segunda vez que, al día siguiente, llama con una decisión completamente diferente.

Me seco vigorosamente el pelo rizado con la toalla, y me echo la crema hidratante por el cuerpo, dejando que mi piel morena se vea blanca por un instante. Me decido por un traje de falda y chaqueta gris y una camisa blanca y, diez minutos después, estoy en la cocina desayunando, lo mismo de todas las mañanas: un café con dos cucharadas de azúcar y una tostada con mucha mantequilla.

Doy el primer mordisco al pan y cojo el móvil: tres mensajes. El primero es de Dolores diciendo que va a bloquear una hora en mi agenda para que podamos hablar de los candidatos. '¡Bah!', suelto sin contenerme, exteriorizando mi desagrado. ¿Cómo voy a sobrevivir sin ella? El segundo mensaje es de Henri diciendo que necesitamos avanzar cuanto antes con lo que discutimos ayer. Por lo visto no ha cambiado de idea. Es una buena noticia, a pesar de que los resultados del estudio no parezcan tan prometedores como esperábamos, siempre es bueno ser nosotros quienes lo lideremos. Y el tercero es de Eliza, preguntando si puedo ir con ella al aeropuerto esta tarde. Pobre Eliza.

*

Llego a la oficina antes que nadie y, mientras camino por el pasillo, aprecio el silencio que solo se escucha a esta hora. Eso de llego 'antes que nadie' es un decir, claro que está Dolores ya está sentada en su silla, con el pelo impecablemente peinado hacia atrás, y el aire serio y concentrado que siempre tiene, no importa qué día sea, o lo que sea que esté haciendo.

"Buenos días, Margot. Espero que hayas dormido bien", dice al entrar en mi despacho con una taza de café con leche en la mano, antes de que me dé tiempo a encender el ordenador.

Le devuelvo una sonrisa, respondiendo lo mismo que respondo todos los días desde hace años, "Buenos días. Sí, maravillosamente. ¿Qué tenemos hoy?"

"El doctor Dubois vendrá a las cuatro, me dijo que ya te había avisado."

"¿Cómo que vendrá?" Henri dejó un mensaje diciendo que quería hablar conmigo, pero no se me pasó por la cabeza la posibilidad de que eso fuera una conversación presencial. "¿Henri viene aquí a la oficina?", insisto todavía sorprendida, sabiendo perfectamente que es lo que Dolores acaba de decir.

"Exactamente, el doctor Dubois, coge el avión en París, y llegará sobre las cuatro. Pidió bloquear tu agenda."

De manera automática pienso en Eliza y en la partida de Caroline, no voy a poder ir al aeropuerto. Me recuesto hacia atrás y le doy un sorbo al café con leche, muy dulce, exactamente como me gusta.

Dolores se retira sin mencionar nada de hablar conmigo sobre los candidatos, sabiendo

perfectamente que no es buena idea sacar el tema a estas horas de la mañana. Seguro que se ha apuntado ella misma en mi agenda para más tarde.
Son las diez en punto cuando llama a la puerta trayendo otra taza de café con leche en una mano y su cuaderno de tapa de piel negra en la otra.
"He entrevistado a más de veinte candidatos, y he seleccionado tres para que los veamos juntas", declara, sentándose en la silla frente a mí y cruzando la pierna.
"¿Qué vas a hacer cuando te jubiles, ya lo sabes?", le pregunto para posponer el momento de hablar sobre asuntos más serios.
"Un crucero. Tres semanas en el Caribe."
Qué curioso cómo su tono de voz nunca cambia. Es la única persona que conozco que se mantiene inalterable, dé la mejor o la peor noticia del mundo.
"¿No lo echarás de menos?"
"¿El qué? ¿El trabajo? Creo que no. ¿A ti? Mucho."
Descruza la pierna y la cruza hacia el otro lado, mira el reloj, mostrando, con discreción, que quiere ir al grano.
"Muy bien, dime quiénes son los tres ilustres seleccionados, ¿alguno igual a ti?"
"No necesitas a una persona igual a mí. Necesitas aires nuevos, es un buen momento para un cambio."
Pocas veces es un buen momento para cambios, pienso, y mucho menos para este. Yo estoy bien, ¿por qué demonios iba a pensar que es bueno tener que cambiar de asistente?
"Muy bien", comienza abriendo el cuaderno, "Tenemos dos mujeres y un hombre. Empezando por él, tiene 30 años, ha trabajado en dos empresas desde que se graduó y actualmente es asistente de dirección en una consultora. Está terminando un máster en gestión, y quiere cambiar de empleo porque cree que diversificar puede ser beneficioso para su carrera. Me pareció competente y motivado. Muy simpático, por cierto."
"¡Ni hablar!", exclamo involuntariamente.
"¿Por qué?"
"Porque no quiere ser asistente. Es solo un trampolín antes de buscar otro empleo." Creo en lo que estoy diciendo, pero la verdad es que aunque fuera el más perfecto de los candidatos, no me imagino teniendo a un hombre como asistente. Es un prejuicio, reflexiono, sin cambiar de opinión.
"Puede ser", dice Dolores poco convencida. "Las mujeres son muy diferentes entre sí. La primera tiene una historia opuesta a la nuestra, tiene casi 50 años, y es el director con quien ella trabaja el que se va. Es discreta, y me pareció que se podía integrar rápidamente."
"¿Y la otra?"
"La otra se llama Astrid, es alemana, pero vive aquí desde niña. Tiene 29 años y es licenciada en historia del arte..."
"¿Y por qué crees que puede ser una buena asistente?", la interrumpo sin poder anticipar por qué ha seleccionado a esta chica alemana.
"Tiene la personalidad adecuada", responde como si fuera suficiente para justificar su contratación, añadiendo: "Es directa y afable, me pareció una persona inteligente, que sabe lo que quiere en la vida y, al menos a mí, me convenció de que quiere este empleo." Dolores se endereza en la silla, si es que eso es posible cuando se habla de una persona que mantiene una postura perfecta todo el tiempo, y cierra el cuaderno, dando por terminada su exposición.
"Muy arriesgado", comento, "Si tengo que decidir, prefiero a la otra."
"Perfecto, voy a llamarla y preguntar si puede venir a hablar con el departamento de recursos

humanos para empezar a principios de mes. Le diré al chico que no ha sido seleccionado, y dejo a la otra candidata como plan B."
Sin alternativa, estoy de acuerdo con la propuesta, y me quedo mirándola mientras se levanta y abandona la sala.

Capítulo 4
Ahora, no hay vuelta atrás

*

Jueves, 5 de septiembre [10:30]

Eliza

Cuando me despierto, siento la respiración de Caroline que, a mi lado, duerme profundamente. Es impresionante cómo nada perturba su sueño, siempre ha sido así, puede estar cayéndose el mundo y ella duerme como un bebé. Caroline es una cirujana excepcional y una ingeniera física de élite. Es la única persona que conozco que cursó las dos carreras prácticamente al mismo tiempo, y fue sobresaliente en ambas. Es una persona genial, pero no por eso introvertida o desconectada, como se podría presumir. Cuando nos conocimos, Margot me decía a menudo que ella era tan perfecta que debía haber sido concebida con una contribución de inteligencia artificial.

Su carrera aquí, en el Hospital Central, fue meteórica, fue la primera en especializarse en cirugía robótica, seguida de sub-especializaciones, introducción de realidad aumentada y de inteligencia artificial como apoyo a la cirugía, por no hablar de varias intervenciones pioneras a nivel mundial. El éxito le valió la fama, y esta culminó en esta invitación irrechazable. Recuerdo nuestro viaje a Australia el año pasado: nos invitaron a una cena con la organización, un grupo pequeño que incluía a algunos de los mejores cirujanos del mundo. Aunque yo también soy cirujana y también hago cirugía robótica, sabía perfectamente que no formaba parte de esa liga, y sin embargo, allí estábamos. Antes del postre llegó la invitación: se iba a inaugurar un centro de investigación quirúrgica en el *New Sydney Hospital*. La idea era que cirujanos de todo el mundo pudieran hacer estancias allí, con todas las condiciones para dedicarse al desarrollo de técnicas innovadoras. Funcionaría como un hospital, con casos seleccionados, enviados por otros centros, contaría con un equipo permanente y médicos invitados.

Esa noche, la conversación se fue alargando y me di cuenta de que en la mesa no solo había cirujanos de renombre, sino también los inversores que iban a financiar el proyecto. Un equipo de élite, altamente profesional, liderado por una mujer con un magnetismo que nunca podré olvidar, Stella era su nombre. Ella había hecho los deberes, quería a Caroline, y pensó que Martin y yo podríamos ser la única razón para que ella rechazara. En un movimiento preventivo, hizo una propuesta ineludible, estaba dispuesta a financiar no solo su venida, sino la mía y la de Martin, asegurando una plaza de cirugía en el hospital para mí y un lugar en la escuela internacional para Martin.

No se acierta dos veces en el número de la lotería, y este era nuestro billete premiado. Volvimos a casa aturdidas, durante semanas discutimos sobre todas las posibilidades. Para ella era la oportunidad de su vida. Yo, por mi parte, oscilaba entre los días en que me parecía genial trabajar en un hospital nuevo, en un país nuevo, y aquellos donde todo me sonaba completamente absurdo. No podía dejar mi carrera, mi equipo, aquí. Al fin y al cabo, yo podía no ser un genio como Caroline, pero adoraba lo que hacía.

Al final fue Martin quien inclinó la balanza, no sería justo obligarlo a hacer el último año antes de entrar en la universidad en un país completamente nuevo, al otro lado del mundo. No sería justo que él renunciara al balonmano que tanto adoraba, justo después de tener la oportunidad de unirse a uno de los mejores equipos nacionales.

Como en todos los momentos decisivos de mi vida, sopesé las opciones, hice listas de pros y contras, y opté por lo seguro, o al menos esa fue mi suposición. Caroline se iba a Sídney durante un año y nosotros nos quedábamos aquí.

Interrumpiendo mis pensamientos, ella gira el cuerpo hasta conseguir tumbarse completamente encima de mí, me besa, aprovechando el momento para deslizar las manos dentro de mi pijama.

"Si no estás segura, no me voy. Todavía estamos a tiempo", afirma, repitiendo las frases de anoche.
"Claro que te vas. ¿Has visto las fotos de tu apartamento? Es precioso. Aprovecha, vas a tener vida de soltera durante unos meses", digo intentando bromear, pero sin evitar que la voz me falle.
"Voy a estar trabajando todo el tiempo. Pero si lo dices para que yo te conteste que tú también puedes tener vida de soltera, olvídalo", se apoya en el codo y me mira, arqueando intencionadamente la ceja, haciéndome reír. "Si no recuerdo mal, cuando eras soltera tenías una vida muy activa...", termina, dejando la frase en suspenso.
"No tanto", respondo, recordando tiempos casi perdidos en los confines de la memoria.
"Nada de vidas de solteras, vamos a implementar un modelo de vida de pareja por vía digital."
"Y cartas", añado.
"Correos electrónicos, querrás decir."
"No, quiero decir cartas", insisto, "Eso que se escribe con tiempo para pensar y que se envía por correo, midiendo las consecuencias."
"Trato hecho, video llamadas y cartas, siempre que tengan mucho... ¡ya sabes qué!", remata con una carcajada.

Capítulo 5
Plan B

*

Jueves, 5 de septiembre [11:30]

Margot

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que Dolores se fue, pero no debe haber sido ni una hora. Está siendo una mañana difícil, mi cabeza da vueltas intercalando pensamientos sueltos sobre Eliza, Dolores y Henri, lo que me impide lograr producir algo decente, y debería hacerlo.

Sin anunciarse, Rachel abre la puerta y entra.

"¡No admito que pases por encima de todo y de todos! ¿Quién te crees que eres? Estás acostumbrada a hacer solo lo que quieres, pero esta vez no lo voy a permitir", declara a gritos, gesticulando mucho como es su costumbre.

"¿De qué estás hablando?", pregunto, poniéndome de pie. Ella es una figura sin igual. Es la directora de recursos humanos y la mujer más insoportable que conozco. Siempre vestida y maquillada como quien va a salir directamente a una fiesta, nos mira a todos por encima del hombro.

"Lo siento, no pude evitarlo", escucho la voz de Dolores que mientras tanto, sin que me diera cuenta, también había entrado en la sala.

"Qué bueno que te vas a jubilar, ya deberías haberte ido hace mucho tiempo. Si no fuera por el pedido de Margot para posponer tu salida, este asunto ya estaría más que resuelto. Lo quieran o no, esto es una empresa, tenemos procesos, tenemos requisitos de calidad, y las cosas no se pueden hacer así". Rachel logra ser profundamente desagradable y cuando se encapricha con algo, lo mejor es quitarse de su camino, pero esta vez es imposible.

Veo la mirada de Dolores dirigida hacia mí, ella no tenía idea de que yo había pedido que la mantuvieran por seis meses más. Confirmando todo lo que pienso al respecto, mantiene la compostura y no dice ni una palabra.

"Necesitas una nueva asistente y ya elegimos a la persona adecuada. Él tiene contrato con nosotros, solo hay que trasladarlo del departamento comercial hasta acá. Es simple y rápido".

"¡Ni hablar!", respondo, esta vez también a los gritos, fulminándola con la mirada, sintiéndome hervir a medida que la rabia se apodera de mí. "Dolores seleccionó una candidata, y es esa la que va a ocupar el puesto, puedes estar segura de eso".

"¡Ya veremos!", exclama con brusquedad, dando media vuelta y dejando que la puerta se cierre de golpe detrás de ella.

A solas con Dolores, vuelvo a sentarme y cierro los ojos, inspirando profundamente. Esta vez, incluso ella parece perturbada por lo que acaba de suceder. Me levanto y sirvo dos vasos de agua, pasándole uno. "Siéntate", balbuceo.

"Disculpa, tuve que llamarlos para que hicieran el contrato. ¡Rachel debería buscarse una vida personal, tal vez así mejoraría!"

En tantos años, es la primera vez que escucho a Dolores hacer un comentario de este tipo.

"No te disculpes, no tienes absolutamente nada por lo que disculparte. Quien debería irse en un crucero alrededor del mundo, sin fecha de regreso, es ella".

"Oye, Margot, iba a decírtelo antes, pero no tuve tiempo, tenemos un contratiempo, pero ya está todo resuelto. La candidata que elegiste rechazó, dice que al final decidió quedarse donde está. Pero la otra, nuestro plan B, aceptó y quiere empezar lo antes posible".

Cuando Dolores sale del despacho ya ha recuperado su serena compostura de siempre. Me recuesto hacia atrás y llamo a Eliza, sin poder resistir las ganas de contarle lo que acaba de suceder: "¿Ves? Son horas del almuerzo y perdí toda la mañana con este asunto. ¿Están en casa? ¿Ya tienen todo listo? ¿Viste mi mensaje? No puedo ir contigo al aeropuerto, Henri viene aquí a

la oficina, así de repente. Llega a las cuatro".
"No voy al aeropuerto", declara, sin agregar nada más.
"¿Cómo que no? No lo entiendo".
"Caroline llegó a la conclusión de que detesta las despedidas. Por eso, me convenció de que lo mejor era ir sola en un Uber. Tal vez tenga razón, Martin pareció aliviado. Volvió de casa de mis padres, desayunó y ya se despidió, se fue a casa de un amigo, dice que se queda allí esta noche. ¡Es duro para él!"
"¿Y tú?", pregunto, sin saber si estoy de acuerdo con la decisión de Caroline.
"No sé, por ahora, mi cerebro se rehúsa a asimilar lo que está pasando. Me encuentro pensando qué vamos a hacer el próximo fin de semana, si ella estará de guardia o si irá conmigo al partido de Martin, en fin, un montón de tonterías".
"Voy a cenar a tu casa esta noche", anuncio. Nunca necesitamos una invitación para ir a casa de la otra. "¿Te acuerdas del año en que estuve fuera cuando terminé el internado? Cuando me fui a París, creías que ibas a morir, y al final pasó en un instante".
"No tanto. Y además París está aquí al lado".
"Y tú, andabas tan entretenida, o debería decir, enamorada, que solo fuiste allí dos veces durante un año entero".
"Aquello terminó mal".
"Pero yo regresé", digo riendo, haciéndola reír también.

*

Jueves, 5 de septiembre [16:00]

"¡Qué sorpresa!", miento, cuando Henri entra en mi despacho.
"Espero que sea una buena sorpresa", responde mientras me saluda. Él tiene casi setenta años y es el director de BioXN desde hace quince. Es un hombre conservador, convencido de tener siempre la razón, lleno de prejuicios y que juzga de antemano, con mano de hierro en lo que respecta a la estrategia comercial. A pesar de eso, nunca tuvimos problemas graves, jugué su juego y me comporté como él quería, me abstuve de tener protagonismo, trabajé de la mañana a la noche, hasta volverme una pieza, si no insustituible, al menos difícil de reemplazar.
"¿Cómo está París?", pregunto recordando, por instantes, la llamada a Eliza y los recuerdos de un París distante en el tiempo.
"Fatal".
Es la respuesta de siempre. En su opinión, París siempre está fatal, pero nunca deja de ser la mejor ciudad del mundo.
Dolores entra con el café y el agua, que deposita sobre la mesa redonda, mientras nos acomodamos. Mi despacho es enorme y muy bien iluminado, da hacia la parte interna del edificio, tiene vistas al jardín y se beneficia de la quietud de este espacio. En el lado donde está mi escritorio se acumulan libros y papeles en un caos ordenado, donde ni Dolores se atreve a interferir, pero de este lado, la sala está inmaculada.
En cuanto ella sale, Henri va directo al grano, siempre rápido e incisivo, sin rodeos ni medias palabras: "El ensayo clínico de Boston no está yendo bien, y el de Sudáfrica está atrasado. Solo el tuyo es el que cumplió los plazos y cerró la base de datos".
"¿Por qué el de Boston no está yendo bien?", cuestiono inquieta.
"La semana pasada, se reportaron dos casos de embolia pulmonar, en hombres jóvenes, en total ya ha habido ocho, y no se entiende si hay o no una relación. No debe ser nada, pero aun así tenemos que investigar".

"Los resultados del estudio del Reino Unido fueron excelentes", afirmo intentando dar un tono positivo al ambiente que se ha puesto tenso.
"Es verdad, y los de los ensayos clínicos de fase 2 también, pero no es suficiente, necesitamos los resultados de al menos uno de estos tres grandes estudios".
"¿Y cuál es el plan?", pregunto sabiendo que él no ha cambiado de idea.

Capítulo 6
Pizzas y helado

Jueves, 5 de septiembre [20:30]

Eliza

"¿Pizzas y helado? ¡No me puedo creer que te hayas atrevido!", exclama Margot cuando se sienta frente a mí, trayendo dos vasos y la botella de vino que fue a buscar a la cocina.
"¿Atrevido? ¿Desde cuándo hace falta valor para comer pizzas y helado? ¡Lo que hace falta es valor para no comerlos!", respondo con una carcajada.
"¿Y Caroline?"
Miro el reloj antes de responder, "Sale dentro de poco más de una hora, pero quedamos en que solo hablaríamos cuando ya se hubiera instalado, o sea mañana cerca de medianoche, por la mañana en Sídney."
"¿Y Martin?"
"Ya te lo había dicho, se queda a dormir en casa de su amigo. A ver cómo va todo esto, tengo miedo."
Margot da un trago de vino, sacudiendo sus rizos negros de un lado a otro, yo también le doy un trago al mío, si hay un día en el que necesito relajarme, es hoy.
"No creo que debas tener miedo", responde con firmeza.
Su convicción es contagiosa, y solo con oírla hablar ya me siento mejor. Por más años que viva, nunca me acostumbraré a ver a Margot en su 'modo empresa', con sus impecables y siempre iguales trajes de falda y chaqueta. Para mí siempre será la chica con jeans y camisa por fuera de los pantalones, la portera de nuestro equipo de balonmano, y nada de eso encaja con ese atuendo rígido que se empeña en usar.
"Venga, vamos a comer. Las pizzas se van a enfriar", sugiero poniéndome de pie para ir a la cocina a buscar las cajas de cartón. Ella viene detrás de mí, abre los armarios y saca platos, cubiertos y cuencos para los helados, como si fuera su propia casa, llevando todo apilado en un equilibrio precario hasta el salón.
"¿Crees que nuestro matrimonio aguantará?", le pregunto entre dos bocados, sorprendiéndola de tal forma que se atraganta y se pone a toser violentamente.
"¿Vuestro matrimonio? ¿Estás de broma?", responde cuando recupera el aliento, "Vuestro matrimonio lo aguanta todo, ha resistido veinte años. Piensa en los últimos veinte años, el mundo ha atravesado guerras, ciclones e incluso una pandemia, ¿y vosotras? Vosotras tuvisteis a Martin, y seguisteis enamoradas y felices."
Diría que no solo eso nos ha pasado durante los últimos veinte años. Después de que naciera Martin yo estuve mal, no tan mal como antes de entrar en la facultad o como en el año en que Margot estuvo en París y me dejaron de un día para otro, pero, aun así, mal. "Ella va a estar fuera meses..., ¿y si se siente sola? ¿Y si conoce a alguien?", cuestiono, no sé si se lo pregunto a Margot o a mí misma.
"Se va a sentir sola y va a conocer gente, es inevitable, pero ¿qué tiene eso que ver con vuestro matrimonio? Ella se va a sentir sola y tú también, y vais a sobrellevarlo lo mejor posible. Si necesitas consejos, avisa. A lo mejor ya te has olvidado de cómo es estar sola, pero yo puedo darte unas clases", se ríe a carcajadas con sus propias palabras, y vuelve a atragantarse.
"Para con eso. Tú no puedes hablar, ¿te olvidas de que ya te divorciaste?", bromeo.
"Una razón más para ser experta en el tema, y puedo decirte que la distancia no tuvo nada que ver con mi divorcio."
"Hasta hoy, no entendí qué se te pasó por la cabeza para casarte con Simon de un día para otro. Nadie creyó que pudiera funcionar, creo que ni siquiera él." Recuerdo al joven de veintitantos

años, capitán del equipo de fútbol sala de la Universidad, con el pelo rubio color paja hasta los hombros y unos ojos marrones enormes. El contraste con Margot no podía ser mayor.
"¿Quieres saber un secreto que nunca te he contado, y que voy a negar hasta la muerte?"
Es de esas preguntas que no esperan respuesta, por eso, respeto la pausa y espero a que prosiga.
"Empezó con una apuesta. ¿Te acuerdas de nuestra compañera Gabi?"
"Cómo podría olvidarme, era boba y engreída, pero fue la mejor de nuestra promoción."
Ya hemos terminado las pizzas y sirvo dos cucharadas generosas de helado en cada cuenco.
"Aposté con ella a que conseguía salir con él. Claro que gané la apuesta. Lo que ni me imaginaba era que él me iba a pedir matrimonio, pero sucedió."
"¡Eres increíble! Espero que él nunca lo descubra, le ibas a herir el ego al pobre chico."
"Hombre, querrás decir, tiene más de cincuenta años, ¿o te crees que solo nosotras envejecemos? Por lo que sé, trabaja en los equipos de formación de fútbol del Barça, se casó otra vez y tiene tres hijas. No quedó traumatizado", remata con una sonrisa, probablemente fruto de recuerdos que no comparte.
"Una cosa que admiro de ti es tu capacidad para estar sola. ¿No echas de menos a alguien?"
"Voy teniendo muchos 'alguienes'."
"Un amor para toda la vida", replico.
"A lo largo de la vida puedes tener muchos amores, sé que no crees en eso, y probablemente nunca lo creas... Dios mío, Caroline ni siquiera ha aterrizado y nosotras aquí hablando de nuevos amores", afirma con sarcasmo, como si de verdad estuviéramos considerando esa posibilidad.
"¡Tonta! Ella es el amor de mi vida", digo dándole una palmada en el brazo que casi hace que derrame el helado. "El único", añado.
"Mi relación más larga es con *Peanuts*, once años, es un récord."
Margot adoptó a *Peanuts* cuando era cachorro, la madre murió al parir y quedaron ocho pequeños *pugs* marrón claro.
Antes de continuar, come con voracidad el helado, que ya casi se ha derretido: "Pienso muchas veces que hay tantas personas con las que me gustaría estar, creo que es solo una cuestión de estar en el sitio adecuado, en el momento exacto."
"Tal vez", murmuro, sintiendo un nudo en la garganta.
Como si adivinara mis pensamientos Margot interviene: "Si aquella novia tuya que yo no conocí no te hubiera dejado, no habrías ido a Roma, y si eso no hubiera pasado, quién sabe, a lo mejor nunca te habrías cruzado con Caroline...", hace una pausa, pero yo no estoy en condiciones de intervenir, trago saliva con fuerza y paso la lengua sobre mis labios secos, intentando contener las lágrimas.
"Involucrarnos es fácil, sólo hay que estar disponible, lo que yo admiro, son personas como tú y Caroline que siguen juntas veinte años después. Esa es la magia que yo nunca he podido encontrar", declara Margot brindándome con la más tierna de las sonrisas, al mismo tiempo que me acaricia la cara.
"La echo de menos", digo casi en un susurro.
"Lo sé", responde.
Miro el reloj, Caroline ya está en el aire, pienso.
"Vamos a cambiar de tema", digo, levantándome. "Estoy harta de estar aquí sentada, mañana tengo una operación temprano, y no puedo arriesgarme a tener un dolor de espalda", explico como si fuera necesaria una justificación, mientras camino hacia el sofá, para dejarme caer literalmente sobre los cojines.
"Al final, ¿qué vino a hacer tu jefe máximo aquí, así tan de repente? Henri es un hombre extraño,

¿no?", le pregunto, mientras ella se arrastra lentamente hasta llegar a mi lado.
"No sé si es extraño, pero tiene mucha energía e ideas fijas. ¿Te acuerdas que te dije que íbamos a lanzar un nuevo medicamento? La empresa lo está apostando todo por eso." Margot se entusiasma, se sienta más erguida y me describe la reunión con Henri Dubois. "En resumen, quiere montar un equipo aquí para hacer el análisis de los resultados y publicar lo más rápido posible."
"¿Eso no es bueno?", interrumpo sorprendida, sin entender la razón de su inquietud.
"Sería bueno, si no fuera así de un día para otro. Ahora yo, además de tener que recibir a la sustituta de Dolores, tengo que acoger a una médica desconocida que viene de Italia. Por lo que entendí es una eminencia en este campo y va a ser responsable de los informes finales. Vamos, que mi vida va a ser un infierno", afirma encogiéndose de hombros y quitándose las gafas.
"Una revolución en el tratamiento de la tuberculosis y muchos millones para BioXN, merece la pena el esfuerzo", bromeo.

Capítulo 7
Prejuicios inconscientes

Lunes, 16 de septiembre [01:45]

Margot

Tumbada en la cama sin poder dormir, recuerdo la tarde pasada en el pabellón, fue el último partido de entrenamiento del equipo de Martin antes de que empiece el campeonato la próxima semana. Es fantástico ver cómo ha crecido ese chico, si sigue así, podría llegar a ser seleccionado para el equipo nacional, reflexiono sonriendo, recordando mis tiempos de portera.
Sin alternativa, me levanto para tomar una pastilla, tengo que dormir, la alarma sonará dentro de poco, y mañana por la mañana llegan nada más y nada menos que mi nueva asistente, Astrid, y la infectóloga que Henri me impuso, la doctora Stephanie Bianchi. Solo espero que no sea insoportable, aunque sea solo por unos meses, no tengo ninguna gana de aguantar a una *prima donna*.

*

Lunes, 16 de septiembre [07:45]

A pesar del cansancio provocado por la falta de sueño, entro en la oficina a la hora habitual. Dolores ya debe estar sentada en su escritorio, pero aquí en el vestíbulo aún no hay nadie. Camino despacio y miro distraídamente hacia los divisores de vidrio que separan las salas de reuniones. Extrañamente, una de las salas tiene la luz encendida, y dentro hay dos personas que nunca había visto antes.
"Buenos días, ¿puedo ayudarles?", pregunto abriendo la puerta, sin entender qué pueden estar haciendo aquí a esta hora. Son dos mujeres de aspecto muy diferente, una está cuidadosamente maquillada, vestida con una blusa blanca y un traje de algún diseñador de moda. La otra, mucho más sencilla, lleva pantalones y una camisa negros, y tiene el pelo castaño claro recogido en una cola de caballo. Cuando se levantan en un movimiento sincronizado, me doy cuenta de lo que está pasando: son la nueva asistente y la nueva médica.
Me dirijo a la que lleva el traje gris, es difícil saber qué edad tendrá, pero parece joven, o al menos imaginé que sería mucho mayor: "Supongo que eres Stephanie Bianchi", afirmo, extendiéndole la mano, "Henri me ha hablado de ti, de hecho, tienes un fan, no ha hecho más que elogios. Estoy muy entusiasmada con los datos de nuestro estudio, por ahora solo hemos hecho análisis muy preliminares, pero parece que todo va por buen camino. Ven, ven conmigo, vamos a mi despacho, te invito a un café de bienvenida", insisto, sin dejarla responder, cogiéndola del brazo.
La otra mujer permanece de pie sin decir nada, con la mirada fija en nosotras. Le extiendo la mano, en un saludo rápido. No tiene la culpa, pero solo de pensar en tener una nueva asistente ya me siento irritada, voy a dejar que sea Dolores quien se encargue de las presentaciones. Curioso, reflexiono, no parece tan joven como imaginaba. ¿Qué edad me dijo Dolores que tenía? No lo recuerdo. Por cierto, ¿dónde se ha metido Dolores?
"Dolores estuvo aquí y pidió informar que tuvo que ir al coche a buscar el móvil y que vuelve enseguida", afirma, como si pudiera oír mis pensamientos, al mismo tiempo que da un paso atrás y se vuelve a sentar.
"Gracias. Por favor, espera aquí, estoy segura de que cuando vuelva, querrá acompañarte en una visita guiada antes de explicarte cuáles serán tus funciones. Dolores aún va a quedarse por aquí durante un tiempo", declaro, más para mi propio consuelo que por pensar que eso sea relevante para ella. "Cuando vuelva, podéis traerme mi café con leche", determino, volviéndome después hacia Stephanie, "¿Y tú qué tomas?"

"Un capuchino", responde sin sonreír.
"Que así sea, un café con leche y un capuchino italiano, serán tus primeras misiones, Astrid".
Vuelvo a fijar la atención en Stephanie, sujetando la puerta para que pase. Mientras avanzamos los pocos metros que nos separan de mi despacho, no dejo de pensar que, por las palabras de Henri, esperaba que fuera bastante mayor.

Nos sentamos en la mesa redonda, y me sumerjo en una larga exposición de los detalles del estudio y de los objetivos, quizás inalcanzables, que Henri trazó. Ella va respondiendo brevemente, mostrándose una oyente atenta, tal vez demasiado tímida, muy diferente de lo que había idealizado.
"Ya le he dicho a Henri que, por muy excepcional que seas, 3 meses no es tiempo suficiente, ¿no crees?", en un intento de escucharla, hago una pregunta directa.
Antes de que pueda abrir la boca, somos interrumpidas por dos golpes secos en la puerta, sin esperar mi respuesta, Dolores entra tendiéndome un vaso con café con leche, detrás de ella viene la otra mujer que estaba sentada en la sala de reuniones.
"Buenos días", profiero, con cara de pocos amigos, no me gustó que se hubiera ausentado, y dejado a Stephanie esperando en la sala de reuniones. "Veo que has encontrado el móvil", afirmo mirando el aparato que tiene en la mano. "¿Dónde está el capuchino de la doctora Stephanie?", cuestiono, esta vez mirando en dirección a Astrid.
Antes de que nadie más pueda hablar, Dolores me fulmina con la mirada, sacudiendo la cabeza, y declara: "La doctora Stephanie Bianchi dice que le dijiste que esperara por mí en la sala de reuniones..."
No estoy entendiendo, ¿de qué está hablando Dolores? Miro a la mujer sentada a mi lado, y giro la cabeza hacia la persona que está de pie junto a ella, y que da un paso en mi dirección, con una sonrisa provocadora, mientras extiende la mano. Ya nos hemos saludado, reflexiono, levantándome. Cada vez la escena me parece más extraña.
"Stephanie", dice la mujer de negro cuando me estrecha la mano, sin contener una carcajada, "Encantada".
Sin comprender lo que está sucediendo, miro a la 'otra' Stephanie, que sentada en la mesa de reuniones, esboza también una sonrisa, luego encaro a Dolores que no pierde la compostura y mantiene un semblante serio, ¿será que aún no me he despertado y es solo un sueño?
"Astrid, disculpa, creo que ha habido una confusión", afirma Dolores, al mismo tiempo que la 'Stephanie' se levanta, arreglándose la falda y la chaqueta.
De repente todo encaja: aquella que yo pensé que era la 'doctora Stephanie' es en realidad mi nueva asistente, Astrid, y viceversa.
Ahora entiendo por qué la supuesta 'Stephanie' me parecía demasiado joven, a pesar de los tacones altos, de la ropa y del maquillaje, Astrid es, de hecho, joven. Aclarado el equívoco, y restablecido el orden, ella sale acompañando a Dolores.
Me siento y respiro hondo, y bebo un sorbo del café con leche que entretanto se ha quedado frío, antes de encarar a la verdadera Stephanie. Curiosamente, ella parece divertida con la situación, y sigue sonriendo, acentuando dos hoyuelos en las mejillas.
"Disculpa", profiero, sin saber qué más decir.
"Me siento halagada de que me hayas confundido con esa joven. Debe tener, al menos, unos diez o quince años menos que yo, y además es una mujer realmente atractiva. Tienes suerte de tener una asistente así", responde, sorprendiéndome.
"No esperaba encontraros solas en la sala, y fui precipitada", vuelvo a suspirar y, esta vez, soy yo quien suelta una carcajada, "Prejuicios inconscientes".

De inmediato, ella mira hacia abajo, como si necesitara confirmar la ropa que lleva puesta, vuelve a levantar la cabeza y me mira: "¿No tengo la apariencia que esperabas? Disculpa, no sabía que había un código de vestimenta más formal".
A pesar de la candidez de las palabras, el semblante no concuerda, y mantiene una sonrisa, ahora irónica.
"Si alguien tiene que pedir disculpas soy yo, pero creo que ya es suficiente con los perdones por hoy. En medio de todo esto te has quedado sin beber nada, soy una pésima anfitriona. ¿Un capuchino?"
"Un café solo sin azúcar, por favor".
Pasamos el resto del día juntas, Stephanie se revela inesperadamente divertida y afable, lejos de lo que yo había imaginado: una *prima donna*, engreída e incluso arrogante. Me habla de su trabajo en Italia, de cómo conoció a Henri y comenzó a colaborar con nuestra empresa. Por la tarde, cuando llaman a la puerta, trayendo un refuerzo de nuestra dosis de cafeína, es Astrid y no Dolores, quien entra en la sala. Stephanie tiene razón, es imposible no mirar hacia ella.

Capítulo 8
El momento adecuado

Jueves, 19 de septiembre [23:30]

Eliza

Cuando el teléfono suena, estoy segura de que es Caroline. No ha sido fácil ajustar los horarios. O yo estoy trabajando o lo está ella, o es demasiado temprano, o es demasiado tarde. Lo que parecía ser tan simple se ha convertido en una verdadera pesadilla, hasta el punto de que paso horas haciendo cálculos, solo para concluir que nunca es el momento adecuado y, la mayoría de las veces, acabo desistiendo de llamarla.

En los primeros días, nuestras conversaciones fueron cortas y entrecortadas por mil justificaciones: "*ya voy, dame solo un minuto para atender*"; "*disculpa, ahora no puedo hablar, estaba a punto de entrar al quirófano*", "*ahora no se puede*". Empecé a esperar que fuera ella quien llamara, y rápidamente encontró este ritmo de telefonear nada más despertarse, lo que significa casi a medianoche aquí.

"Ayer fue increíble, ni te imaginas", afirma en cuanto contesto. En la cámara puedo verla acostada en la cama, con una pierna fuera del edredón como siempre hace. Más al fondo, la encimera de la cocina, un mueble único que ocupa toda la pared, en líneas rectas, en un blanco lacado, podría ser de un apartamento de revista, si no fuera por el montón de platos y vasos sin recoger, probablemente resultado de la cena no solo de ayer sino del día anterior.

"Ya veo que estás completamente instalada". La frase es un tanto cruel, creo que quería que me echara de menos, que no durmiera y que no comiera, que me dijera que todo es horriblemente difícil, y sin embargo, en cada llamada, parece más contenta, más a gusto.

Sin percibir la ironía, o simplemente ignorándola, Caroline se embarca en una descripción entusiasmada: "¡Estuve al mando del equipo de cirugía! Operamos a un chico de 22 años, que iba a someterse a la sexta cirugía de colon, sin esperanza de conseguir otra cosa que no fuera una colostomía con conexión del intestino a la piel. ¡No lo creerías, hay que verlo! La precisión de los brazos robóticos y la evaluación de la viabilidad de los tejidos por inteligencia artificial son tales que logramos no solo extraer toda la zona necrótica, sino también volver a unir. Nunca había visto nada así. El chico tiene una colitis ulcerosa, imagina las posibilidades en cirugía oncológica".

Me sorprende el comentario, ella nunca quiso trabajar en oncología, siempre dijo que no sabía cómo yo lo soportaba, y ahora...

Permanezco en silencio, y es ella quien prosigue: "Lo sé, la oncología siempre fue tu territorio, pero me están invitando y lo estoy considerando. Podría ser bueno, ¿no crees?".

"Siempre dijiste que no era lo tuyo, que no...", dejo las palabras sin decir, anticipando que si completo la frase voy a iniciar una discusión. No sé si no escuchó lo que dije, o si simplemente lo ignoró, porque continúa hablando ininterrumpidamente durante diez minutos más, describiendo en detalle el hospital y el brillante equipo con el que trabaja. Me entero de que la jefa del Centro es una mujer, casada con una pediatra. "Estás entusiasmada, se nota en tus palabras", comento irónicamente.

"Claro que lo estoy, esto es fabuloso".

"¿El centro, o tu jefa?".

"Ambos. Las condiciones son óptimas, pero eso ya lo sabía. Ella es la cirujana más increíble que he conocido... Tú conociste a Stella, cenó con nosotras cuando estuvimos aquí hace un año".

Dejo de seguir el resto de la frase. Sé que Caroline no tuvo intención, pero las palabras me afectan profundamente. Su jefa es "la cirujana más increíble que ha conocido", ¿eso dónde me deja a mí? Yo siempre fui la compañera, la mujer, y Caroline el genio de la cirugía. Yo también

soy cirujana, pero creo que nunca me vio así.
"¿Viven juntas?", pregunto, con la imperiosa necesidad de contextualizar el ambiente.
"¿Quiénes? ¿Mi jefa y su mujer? Claro que viven juntas, tienen tres hijos", responde como si debiera ser una conclusión lógica después de lo que me acaba de contar. "Estuve cenando en su casa. Deberías haberla visto, enorme con vista directa al mar. Los niños todos hacen surf, y el mayor además juega rugby, es otro ritmo".
"Un día de estos vas a querer mudarte definitivamente", comento sin, ni siquiera yo, saber si estoy bromeando o hablando en serio.
"¿Y ustedes? ¿Y Martin? ¡Lo extraño! Hablé con él ayer por la tarde, parecía entusiasmado, no tanto porque haya empezado el colegio, sino que no paraba de hablar del partido del próximo fin de semana".
Martin no me dijo que había hablado con Caroline, qué extraño, reflexiono, antes de responder: "Es verdad, en este momento, solo le interesa el balonmano".
"¡Todo va a salir bien!".
Me gustaría tener su optimismo.
"Basta de hablar de los demás, basta de hablar de trabajo. Baja la cámara, déjame mirarte", dice riendo, destapándose y mostrando que hay hábitos que no se pierden: está usando una camiseta de tirantes negra y unas bragas del mismo color.
Hago lo que me pide, y ajusto la cámara, permitiéndole verme por completo.
"Podrías quitarte el pijama, así no veo nada", declara, haciendo balancear la imagen, probablemente para ajustar la posición de su ordenador.
"Tengo que dormir, mañana opero temprano. Y tú tienes que levantarte, ¿no?".
"Solo unos minutos", argumenta, al mismo tiempo que se quita la camiseta y desliza con lentitud la mano sobre la piel desnuda, asegurándose de que yo esté siguiendo el movimiento.
Instintivamente, paso la lengua por los labios, mordiendo el labio inferior con los dientes delanteros. Me quito los pantalones, y dejo la mirada fija en la pantalla. Ella parece no tener ninguna duda sobre lo que pretende, ni en cómo va a lograrlo.
"Tócate", dice, haciendo precisamente lo que está sugiriendo.
Coloco la mano sobre la pelvis, sintiendo el fino tejido de mis bragas, y respiro pesadamente, esperando que sea suficiente.
Caroline claramente se perdió en sus propias fantasías, y sigue sola, murmurando palabras sueltas y gemidos que, en otro momento, habrían sido más que suficientes para transportarme a otra dimensión. Pero no hoy, no ahora.

*

Viernes, 20 de septiembre [22:50]

Siento el teléfono vibrar en el bolsillo de la bata, cuando entro a la sala de acceso al quirófano, inmediatamente miro el reloj, solo puede ser ella. Claro que Caroline no se acordó de que hoy es mi día de guardia, pero aunque no tuviera prisa, no iba a atender, todavía no asimilé lo que pasó ayer. Estoy segura de que después de colgar ella se levantó, sonrió, se dio una ducha y se fue a trabajar, y yo... yo me quedé sin poder pegar ojo hasta las dos de la madrugada.
Vuelve a llamar y yo vuelvo a dejar que el teléfono vibre hasta que la señal se extingue, no voy a atender, tengo que concentrarme, dos vidas dependen de mí. Para mis adentros pronuncio: "vestirme", "desinfectarme", "dar lo mejor de mí".
Recuerdo la reunión de hace unos minutos, cuestionándome si tomamos la decisión correcta.

§§§

"¡Mierda! Siempre es lo mismo, y no me vengan a decir que es un mito. Después de la tranquilidad del día solo podíamos terminar el turno con una mierda de estas". Las palabras son proferidas por Julian de anestesia. Está irritado, pero sobre todo preocupado. Después de una noche tranquila, sin nada que hacer, acaba de ingresar una mujer de 42 años, embarazada de 34 semanas, con una apendicitis aguda.
"Podemos hacer el parto, pero no es lo ideal. La bebé está bien, pero es muy pequeña, los pulmones no tienen maduración, no debería nacer ya". A diferencia de Julian, el colega de obstetricia nunca pierde la calma, pero basta mirarle para ver lo aprensivo que está.
"Las condiciones anestésicas no son buenas..."
Interrumpo, acordándome del susto que nos llevamos cuando sospechamos que Caroline tenía una apendicitis, embarazada de 28 semanas, "Operamos con el robot".
"Tú operas con el robot, Eliza", corrige mi colega más joven, "Nadie más aquí sabe lo suficiente para poder hacer eso. Diego no está en el hospital, ¿estás segura?", cuestiona, "Nosotros ayudamos, pero vas a tener que ser tú quien haga casi todo".
Reflexiono un instante sobre lo que está diciendo, ¿seré capaz? Las otras veces que operamos con el robot, Diego estaba conmigo, es diferente tener al jefe al lado.
"Cuanto más tiempo pasa, mayor es el riesgo de perforación, de peritonitis, y entonces no vamos a tener más remedio que abrir".
El colega de obstetricia tiene toda la razón, tenemos que decidir y avanzar, sea cual sea el plan.
"La paciente no quiere ni oír hablar de la posibilidad de que tengamos que hacer una cesárea, es su primera hija, está sola en este embarazo, pero ustedes son quienes mandan", agrega, presionándonos con sutileza.
"Avanzamos con el robot, va a salir bien, al final una apendicectomía es un procedimiento simple", declaro, apartando el cabello que me cae sobre los ojos, buscando ganar confianza.
"Es más simple, cuando no es una urgencia, y la paciente no es una mujer embarazada", comenta Julian, levantándose y extendiéndome la mano para que me levante también.

§§§

Basta de dudas sobre si esta es la decisión correcta, correcta o equivocada es la nuestra, y el momento es este. Termino de lavarme las manos y empujo con el brazo la puerta del quirófano, llenando el pecho de aire y soltándolo lentamente por la boca, mientras uno de los enfermeros me ayuda a ponerme los guantes.
La paciente ya está sedada, el ritmo cardíaco es bueno y las señales vitales de la bebé también.
"¿Listos?", pregunto posicionándome frente a la consola, levantando la cabeza y mirando a cada uno de los miembros del equipo.
"Todo en orden", responde Julian.
Con un toque suave, activo el sistema. Las imágenes en alta definición aparecen en la pantalla, mostrándonos el interior del abdomen. La primera incisión se realiza con precisión, y los brazos robóticos empiezan a trabajar, moviéndose con una fluidez casi artística.
"El corazón está latiendo fuerte", informa el obstetra, que monitoriza a la bebé, intentando tranquilizarnos.
La tensión en la sala ha disminuido un poco, pero todos sabemos lo enfocados que tenemos que estar. Trabajo lentamente, buscando tener movimientos precisos, tengo que extirpar el apéndice inflamado y, al mismo tiempo, evitar cualquier daño en el útero. Finalmente, anuncio: "Apéndice extirpado con éxito".

*

Salgo del hospital casi tres horas después, y ya son más de las dos de la madrugada cuando

apoyo la cabeza en la almohada, con la satisfacción del deber cumplido. Antes de apagar la luz, miro el teléfono, cinco llamadas de Caroline, y un mensaje diciendo que me ama.

Capítulo 9
Tarjeta roja

Domingo, 22 de septiembre [15:20]

Margot

"Pocas veces he visto a Martin tan nervioso. Nosotras no éramos así, ¿verdad?", pregunta Eliza cuando nos sentamos en las gradas de cemento del pabellón ya bastante lleno.
"Claro que lo éramos. Pero nosotras éramos mayores y, además, competir por la universidad no es lo mismo que esto de los clubes. Además, este es el primer partido oficial, los nervios son normales". Estoy orgullosa de Martin, pero en una cosa Eliza tiene razón, estar en la grada es mil veces peor.
"Se quedó esperando a que Caroline le llamara para desearle suerte, entró ahí dentro con el móvil en el bolsillo", comenta sacudiendo la cabeza, llevándose la mano a la punta de la nariz y encogiéndose de hombros con total desagrado. Nunca entendí por qué Eliza se lleva la mano a la nariz cuando está irritada.
"Es difícil, la diferencia horaria no ayuda", intento justificar.
"Ella sabe ver la hora, debería organizarse mejor."
"¿Estás enfadada porque no ha llamado a Martin o es otra cosa?" Sé perfectamente que anda furiosa, solo que no he hecho preguntas para no perturbarla aún más.
"Tú conoces a Caroline, sabes cómo es, no necesito explicártelo, ¿verdad? Tiene sus prioridades, su rutina, y los demás que se adapten. Me llama siempre a las once, medianoche, cuando se despierta. Quiere conversar, quiere... ya sabes", dice volviendo a encogerse de hombros y cambiando de posición para quedar de frente al partido.
"¿Quiere qué?", pregunto con una sonrisa irónica.
"Mira, ya ni sé. La última vez que hablamos quería decirme que iba a operar patología oncológica, a ver si le cabe en la cabeza a alguien, pasó todos estos años jurando que nunca haría cirugía oncológica, y ahora no hizo falta ni un mes para convencerla, debe ser por la nueva jefa, la cirujana más increíble que ha conocido..."
No tengo tiempo para responder porque, en este momento, los jugadores entran en la cancha. Inmediatamente, los aficionados de uno y otro equipo se hacen oír, y los jóvenes atletas sonríen y saludan, mostrando que, en el fondo, todavía son niños.
Martin se dirige a la zona de los bancos y se arrodilla para atarse los cordones. Lleva la chaqueta puesta, por lo que deduzco que no saldrá de inicio.
El partido comienza sin que volvamos a hablar de Caroline, espero sinceramente que mientras tanto le haya llamado a Martin. El equipo de él está jugando bien y, a los diez minutos, ya tienen una ventaja de tres puntos. Después del primer tiempo muerto, Martin salta a la cancha. Está claramente nervioso, hace un buen corte defensivo, pero enseguida pierde el balón en un contraataque, en una jugada aparentemente simple.
Aprovechamos el descanso para ir a buscar agua y cuando volvemos a sentarnos, el partido ya se ha reanudado, y Martin está otra vez en el banco. A mitad de la segunda parte los equipos están empatados, Eliza se mueve de un lado a otro, cruzando y descruzando las piernas, y llevándose varias veces la mano a la boca.
"Ahora, ¿te muerdes las uñas?", pregunto inclinándome hacia ella para hacerme oír.
"No, pero podría. ¿Sabes lo que me apetece desesperadamente?"
Claro que lo sé, pero finjo no haber oído, y fijo la mirada en el partido. El equipo contrario se ha puesto por delante, otro tiempo muerto, y Martin vuelve a entrar en la cancha. El portero atrapa el balón y lo lanza hacia adelante, Martin corre y consigue cogerlo junto a la línea de fondo, hace un pase hacia dentro, corre hacia el otro lado, el compañero intenta devolverle el balón, pero un

jugador del otro equipo intercepta el pase y sale en contraataque, Martin corre tras ellos y, en un movimiento intempestivo, lo agarra por la espalda, derribándolo literalmente al suelo: tarjeta roja directa.
"¿Por qué?", pregunta Eliza, tapándose la cara con las manos.

*

Lo esperamos dentro del coche. Para sorpresa general, el equipo perdió por cuatro goles de diferencia. Cuando Martin se acerca, está colorado y con los ojos rojos, pero ni Eliza ni yo hacemos ningún comentario, y seguimos en silencio hasta casa, fingiendo oír la música que suena en la radio.
De forma premeditada, aunque no acordada, cuando llegamos, Eliza anuncia que va a ducharse, y nos deja solos en la sala.
"¿Qué pasó, chaval? Nunca te vi jugar así." Es verdad, él es un jugador calmado e inteligente, que decide bien en los momentos difíciles. Hoy estaba agresivo y desconcertado.
"Mamá C. no llamó, se olvidó del partido. El otro día, por la noche, oí a mamá llorando. Tenía la puerta de la habitación un poco abierta, y la vi. Estaba agarrada a la almohada y estaba llorando. No es justo, mamá C. va a hacer lo que le apetezca y mamá tiene que quedarse aquí sola, no es justo." Su voz refleja una exasperación proporcional a la injusticia que siente.
"No es exactamente así, Martin. A veces tenemos desafíos profesionales excelentes, pero que son difíciles desde el punto de vista personal. Estoy segura de que Caroline os echa de menos a ti y a Eliza, tanto como vosotros a ella."
Durante largos minutos, él habla casi sin interrupciones, soltando sentimientos guardados desde hace mucho y, poco a poco, se va calmando.

*

Domingo, 22 de septiembre [23:30]

Abro la puerta de casa y Peanuts sale corriendo para venir a saludarme. Me pongo en cuclillas, cojo su cabeza entre las manos y le acaricio las orejas, dejándolo correr a mi alrededor cuando me levanto.
A esta hora, Caroline debe estar levantándose o de camino al hospital, pienso, marcando su número.
"¿Margot? Qué sorpresa, ¿ha pasado algo? ¿Eliza? ¿Martin?"
"Están bien, no te preocupes, todo está bien", respondo, intentando determinar la mejor forma de tener esta conversación.
"Llamé a Eliza hace menos de diez minutos, pero no contestó. Estoy en el hospital, de camino al quirófano, no te imaginas cómo es esto. Voy a operar ahora, no voy a poder hablar durante mucho tiempo, disculpa."
"No hay problema, voy a ser directa", respondo, irritada. "Tienes que cambiar la forma en que estás gestionando las cosas".
"No lo entiendo, ¿qué cosas? ¿De qué estás hablando?"
Caroline y yo nos conocemos desde que empezó a salir con Eliza, y con el paso del tiempo nos hicimos buenas amigas.
"Eliza no está bien, y Martin tampoco." En pocas palabras le describo lo que pasó en el partido, y lo que Martin me contó. "Tienes que hacer algo. Él es un niño y te necesita, incluso a distancia tienes que conseguir estar presente, tener tiempo para él. Y Eliza..." Hago una pausa, que Caroline acaba por interrumpir.
"Me estás asustando", dice en un tono más bajo de lo que es habitual en ella.

"Y debes asustarte. Sabes que el equilibrio es delicado. Eliza ha estado bien, en realidad, está bien desde hace años, y tú eres una parte importante de eso, pero eso es solo una razón más para que esté preocupada."
No sé cómo puede cambiar la situación, y entiendo perfectamente que no es justo lo que le estoy exigiendo, pero del otro lado está mi amiga, mi hermana del alma.
"Disculpa, de verdad lo siento, pero tengo que entrar, van a empezar y me necesitan ahí dentro. El ritmo aquí es infernal, empieza muy temprano y nunca sabemos cuándo acaba, o siquiera si lograremos ir a dormir a casa. Gracias por haber llamado, yo adoro a Eliza."

PARTE II

Capítulo 10

La última persona que esperaba encontrar

Jueves, 26 de septiembre [13:20]

Eliza

Después de haber estado de guardia por la noche y haberme pasado toda la mañana en el hospital, llego a casa ya pasada la una de la tarde. Estoy tan exhausta como hambrienta, preparo una ensalada con un poco de todo lo que encuentro en la nevera, y me siento en el sofá, frente al televisor, con un plato lleno y caótico, que mezcla fruta, fiambres, lechuga, tomate y mucha pasta. Como rápidamente, hasta sentirme más reconfortada, y permitirme respirar, cansada por la voracidad. Me bebo la mitad del zumo que me serví en el vaso y me recuesto hacia atrás, cerrando los ojos.

Quería hablar con Margot, no la he visto desde el día del partido de Martin y la echo de menos. A medida que pasan los días hablo cada vez menos con Caroline, las llamadas se han convertido más en una obligación diaria que en un placer. Esta semana, se limitaron a intercambios de información práctica sobre Martin, y una descripción demasiado detallada de sus cirugías. Parece estar completamente adaptada, habla de Sídney como si estuviera en casa, y del hospital como si siempre hubiera sido el suyo. De vez en cuando menciona a personas que no conozco, está haciendo amigos que no son los míos, y construyendo una vida que no me incluye.

A pesar de que mis cavilaciones me oprimen el pecho, el cansancio se impone. Dejo el plato en el suelo, y me tumbo en el sofá, sintonizando un canal de noticias.

*

Jueves, 26 de septiembre [17:50]

Me despierto aturdida, sin saber qué hora es, quería ir a ver a Margot a BioXN para tomar un café. Me apresuro a meterme en la ducha, me pongo ropa limpia y salgo de casa aún con el pelo mojado goteando en el cuello de la camisa. Me estremezco con el viento que se levanta al abrir la puerta de la calle, me abrocho la chaqueta, y avanzo a paso rápido hasta el metro.

A pesar del barullo que siempre hay a esta hora, consigo encontrar un asiento. Durante el viaje me entretengo observando a las personas de mi alrededor, tan diferentes y al mismo tiempo tan iguales en sus necesidades básicas. A mi lado un niño de dos o tres años monta una rabieta, que la madre intenta, en vano, controlar. Recuerdo a Martin a esa edad, no fue una fase fácil, tenía pesadillas y se despertaba casi todas las noches gritando, yo ya me sentía mejor, pero al final casi siempre era Caroline quien se levantaba e iba a su habitación. A pesar de las dificultades, echo de menos aquellos tiempos. Saco el móvil del bolso, le envío un mensaje a Martin, que fue directamente del colegio a casa de un compañero, y me detengo en una fotografía de Caroline: cuerpo bronceado, sonrisa de oreja a oreja y la misma mirada que me sedujo desde el primer día, la edad ha modificado algunas cosas, pero no el poder de esa mirada.

Llego a la estación sin darme cuenta de cómo ha pasado el tiempo, el metro está ahora mucho más vacío, vuelvo a abrocharme la chaqueta y compruebo si tengo algún mensaje de respuesta de Margot, nada. Subo por la escalera y me enfrento al frío de la noche.

Con una altura de más de diez metros, el vestíbulo de BioXN se impone por su exuberancia. Me dirijo a recepción, pido que avisen a Margot que he llegado y me acomodo en uno de los sofás de terciopelo rojo.

Me quedo sentada sin hacer nada, aprovechando para relajarme, pocos minutos después el móvil vibra con un mensaje de Margot avisando que tardará diez minutos. No pasa nada, pienso, sacando los auriculares del bolso y poniéndome solo uno para poder oír lo que pasa a mi alrededor, al mismo tiempo que sintonizo un podcast que llevo días intentando terminar de

escuchar. Estoy absorta en reflexiones sobre abordajes quirúrgicos laparoscópicos cuando oigo una voz que no logro identificar de inmediato, aunque inexplicablemente hace que mi corazón se dispare.
"¿Eliza?"
Sin reconocer a quien me llama, pero con la firme sensación de que debería hacerlo, miro hacia donde viene el sonido y me quito el auricular.
"¿Stephanie? ¡No puede ser!" No puede ser, pero es, todas las células de mi cuerpo saben que es ella, la voz, los ojos, la postura, qué sé yo, todo, todo lo que no veía ni oía desde hacía más de veinte años, pero que me hace reaccionar exactamente de la misma forma, como si el tiempo no hubiera existido.
"La última persona que esperaba encontrar. ¡Estás igual!", exclama acercándose, hasta detenerse a un paso de mí, haciendo evidente que no sabe cómo saludarme. Decidiéndose, hace un último movimiento y me envuelve en un abrazo.
"Claro que no estoy igual. Es más, lo que me sorprende es que me reconozcas", respondo, soltándome lo más rápido posible del abrazo y dando un paso atrás para recuperar mi espacio vital.
"Te reconocería en cualquier lugar del mundo."
"Este no es cualquier lugar, es donde yo vivo. Pero pensé que estabas en Italia." No sé por qué digo esto. No pensé que estaba en Italia, o en cualquier otro sitio, simplemente asumí que nunca estaría aquí.
"Y lo estaba, llegué no hace ni dos semanas."
Como caída del cielo, veo a Margot salir de uno de los ascensores acompañada por un hombre mayor, ambos enfrascados en una acalorada discusión, gesticulando con las manos, como si necesitaran ese movimiento para hacerse entender mejor.
"¿Os conocéis?", indaga Margot, saludándome con dos besos, y mirándonos alternativamente a mí y a Stephanie. Si no fuera por las circunstancias, me habría visto obligada a soltar una carcajada ante su aire de asombro.
Recuperando la compostura, Margot se da cuenta de la presencia de Edward a su lado: "Esta es mi amiga Eliza, de quien te hablé. Por lo visto conoce a nuestra Stephanie", concluye.
Durante los siguientes momentos nos quedamos de pie intercambiando saludos y una conversación intrascendente.
"Stephanie, tenemos que irnos, tenemos mesa reservada dentro de media hora", dice Edward provocándome un suspiro de alivio, prematuro, ya que enseguida añade: "Venid a cenar con nosotros al Koy Shunka. Estoy seguro de que ellos pueden transformar la reserva en una mesa para cuatro, al fin y al cabo, soy un buen cliente", dice riendo, tomando del brazo a Stephanie.
"No, no puedo", respondo de inmediato, haciendo que los tres me miren sorprendidos, tal es la impetuosidad de la respuesta. "Quiero decir, gracias, pero tengo que ir a cenar a casa, mi hijo me está esperando. Lo dejamos para otra oportunidad. Margot, ve con ellos, nosotras podemos hablar mañana o pasado." Agarro el bolso que había dejado en el sofá y me doy cuenta de que aún tengo el auricular en la mano, me cuelgo el bolso al hombro, no dando margen a ningún tipo de argumentación. Ante la vacilación de Margot, insisto, "Ve con ellos, no puedes perder la oportunidad de cenar en el Koy Shunka, ¿sabes lo que tarda en conseguirse una reserva?"
Ni siquiera la mejor comida del mundo sería suficiente para llevarme a cenar con Stephanie.

Capítulo 11
Los números son números

Jueves, 26 de septiembre [19:40]

Margot

Me encuentro entre la espada y la pared, sé que Eliza quería conversar, pero al mismo tiempo no puedo perderme esta cena, si al menos Henri me avisara de sus planes con antelación.
"Hagamos lo siguiente, yo voy a cenar y después paso por tu casa a tomar un café, ¿qué te parece? ¿Te quedarás despierta?"
"Perfecto", accede Eliza, casi con demasiada facilidad.
Sentados a la mesa del Koy Shunka nos deleitan con sucesivas exquisiteces, gran parte de las cuales no tengo ni la más mínima idea de qué contienen, pero eso es, con diferencia, lo menos importante. El sabor es delicioso y el aspecto, quizás aún mejor, verdaderas obras de arte, que se derriten en la boca, poniendo a prueba el placer de los sentidos.
Henri es un hombre directo y no disimula que esta es una cena de negocios:
"Cuento con las dos para nuestro éxito. Ya sabéis lo que significa poder hacer los registros del fármaco este mismo año..."
Después de años de convivencia, sé que si no lo interrumpo se pasará horas hablando sobre cómo nuestro trabajo es fundamental para la compañía. Durante un tiempo creí en sus palabras y viví convencida de que podía marcar la diferencia, pero después de ver a otros colegas ser despedidos de un día para otro, me di cuenta de que se trata de una charla ensayada, frases de motivación leídas en libros baratos.
Stephanie habla poco durante la cena, no sé si por ser discreta, o por estar pensando en otra cosa. Qué extraño que ella conozca a Eliza, tengo que investigar mejor esta historia.
Cuando salimos a la calle, Henri tiene un coche esperando y se va directo al aeropuerto, vuelve esta misma noche a París.
"¿Quieres ir a tomar algo? Tengo una cosa que quería decirte sobre el estudio, y preferiría hacerlo fuera de la oficina", declara Stephanie, en cuanto el coche de Henri se aleja.
Miro el reloj, si voy a tomar una copa con ella, ya no podré ir hoy a casa de Eliza, reflexiono. Pero, por otro lado, ¿qué será lo que tiene que decir? Acabamos de estar casi dos horas hablando sobre los estudios y ella estuvo prácticamente todo el tiempo callada, ahora que salimos, tiene algo importante que decir, qué enigmático.
"Puede ser", respondo con poca convicción, "Déjame llamar a Eliza para cancelar nuestro café".
"Disculpa, no quería entrometerme, pero creo que es realmente importante".
"¡Qué misterio!"
Nos sentamos en un bar aquí al lado. Stephanie pide un vodka tonic y yo un Martini.
"Pasé días revisando los números. Hay algo que se me está escapando. ¿Te ha pasado alguna vez que miras los resultados, y no sabes explicar por qué, pero algo no tiene sentido?"
No, de hecho, no sé a qué se refiere. Percibiendo que no se supone que diga lo que me pasa por la cabeza, opto por el silencio, jugueteando con el vaso entre los dedos.
"Los resultados del OT523 son buenos, pero, en realidad, no son muy diferentes de los del grupo control".
"¿Qué quieres decir con eso?", pregunto sorprendida. En los estudios anteriores el OT523, nombre en código de nuestro nuevo medicamento, fue muy superior a los fármacos control.
"No lo sé, pero los números son números, esa es su belleza, no cambian con las circunstancias".
Stephanie hace una pausa: "Tal vez no sea verdad lo que estoy diciendo", prosigue, "Creo que lo que me está confundiendo es exactamente eso, aquí los números cambian con las circunstancias".
"Disculpa, Stephanie, pero no estoy entendiendo absolutamente nada de lo que estás diciendo",

balbuceo, sabiendo que es inevitable demostrar mi ignorancia.
Ella suelta una carcajada, posa la mano sobre mi brazo y se recuesta en la silla, para luego sacar de la mochila un cuaderno y un lápiz. "Mira", comienza haciendo un esquema de rayas y flechas en una hoja en blanco, "La diferencia del OT523 con los comparadores fue del 12% en este estudio y del 27% en este otro. En el nuestro, también era elevada cuando hicimos el análisis con la mitad de los pacientes incluidos, pero ahora que tenemos la muestra completa, la diferencia con el comparador se redujo mucho".
"Las poblaciones pueden ser diferentes", murmuro entre dientes, intentando seguirla.
"¡Cierto!", exclama con un entusiasmo que me parece excesivo, "Puede ser eso... Los fármacos son los mismos, la enfermedad es la misma..., necesito pensar".
Mi cara debe revelar que no estoy entendiendo nada de nada, porque es ella quien continúa, "Voy a hacer más análisis, pero necesito tu autorización, para hacer algunos análisis que no estaban planeados..."
Sin dejarla terminar, asiento con la cabeza, y digo: "Haz los análisis que quieras, al fin y al cabo, la experta eres tú", concluyo con una sonrisa tímida, que es lo máximo que consigo en este momento.
"Perfecto, dame unos días y volvemos a hablar". Bebe un sorbo del vaso de Vodka que estaba intacto, y fija la mirada en la mía, "Ahora, cambiando de tema, ¡fue fantástico ver a Eliza! ¡Qué casualidad que seáis amigas!"
Otro misterio, "¿De dónde os conocéis vosotras?", cuestiono sin esconder la curiosidad.
"Nos conocimos hace muchos años, en Cerdeña", afirma, esta vez con un tono mucho más contenido que el que usó cuando estaba hablando sobre los resultados del estudio. Percibo que mide las palabras con cuidado, mostrando que este asunto es más delicado que el anterior.
"¿Cómo es que nunca había oído hablar de ti?", interrogo, insistiendo, al mismo tiempo que le hago señal al camarero para que nos traiga otras dos bebidas. Aunque ella no ha terminado, yo claramente lo estoy necesitando.
"Pues mira, en ese momento, ¡yo escuché mucho hablar de ti, pero estaba lejos de imaginar que esa 'Margot' eras tú! De lo que me acuerdo, estabas en París trabajando".
Extraño, muy extraño, medito, percibiendo que no vale la pena insistir más, no será ella quien me cuente esta historia.
Intercambiamos algunas frases más sobre Cerdeña y sobre las coincidencias de la vida, antes de despedirnos. Me voy a pie hacia casa, y Stephanie se aleja en la dirección opuesta. Antes de dar más de dos o tres pasos, escucho su voz: "Margot, espera, me gustaría ponerme al día con Eliza, pero al final no me quedé con su número..."
Inmediatamente pronuncio de memoria el número de teléfono de Eliza.

*

Viernes, 27 de septiembre [08:45]

Llego a la oficina poco antes de las nueve, el ajetreo es enorme, nada que ver con la paz que me invade cuando entro aquí cada mañana. La cena, y sobre todo la conversación con Stephanie, me quitaron el sueño, solo conseguí dormirme ya pasadas las tres de la mañana. Como si llegar tarde no fuera suficiente, veo a Astrid sentada en el puesto de Dolores.
"Buenos días, Margot. Dolores me pidió que te avisara que hoy no viene..."
"¡¿Cómo que no?! ¡¿Cómo que no viene?!", exclamo elevando la voz.
"Ella dijo que te avisó la semana pasada, pero que era posible que no lo recordaras. De cualquier forma, estoy aquí yo para todo lo que necesites..."

Astrid continúa hablando, pero dejo de escucharla. Claro que Dolores no me avisó de nada, de otro modo yo lo recordaría, no era una cosa que fuera a olvidar. Creo que está haciendo una prueba, un ejercicio de adaptación, pues bien, no podía haber escogido peor momento.
"¡Basta! Basta, Astrid", afirmo enfatizando su nombre, como alguien que regaña a un niño. "No quiero información ahora. Quiero un café con leche", declaro evitando mirarla. "Envíame la agenda de hoy por email", termino la frase ya de espaldas a ella, entrando en la sala y cerrando la puerta detrás de mí.
Me recuesto en la silla, sin encender la pantalla, recuerdo las palabras de Stephanie sobre Cerdeña, y me hago una nota mental para llamar a Eliza.
Interrumpiendo mi reflexión, Astrid entra, con la mayor de las sonrisas, y me extiende un vaso de café con leche. Me hace falta un poco de azúcar, tal vez esto me anime. La miro y le doy las gracias con un gesto, no pudiendo dejar de constatar que es una mujer atractiva, quizás demasiado formal, pero no por eso menos guapa. Me llevo el vaso a la boca y bebo un sorbo generoso, para luego casi escupir el líquido que tengo en la boca. Con esfuerzo, trago la leche hirviendo, quemándome la lengua, sin evitar que caigan gotas en la mesa.
"¿Estás bien?", indaga Astrid, claramente sin saber qué hacer.
"¡Ve a buscar un trapo! ¿A qué estás esperando? ¡Vamos, muévete, un trapo!"
Ya provista del trapo y varias hojas de papel absorbente, ella vuelve a entrar y se inclina sobre la mesa, para limpiar las gotas de líquido que terminaron por no alcanzar nada importante, con excepción de la punta de mi cuaderno, que estaba abierto.
"Pido disculpas. Aún no conozco la máquina, no sabía que estaba tan caliente".
"¿Y tampoco sabías que bebo el café con leche con dos sobres de azúcar? ¡Estoy segura de que Dolores te lo dijo!"
"Disculpa, yo..., ella..."
"No quiero disculpas, y menos aún acusaciones. Puedes irte. ¿Ya me enviaste la agenda?"
Sé perfectamente que no. Al final no ha podido tener tiempo.

Capítulo 12

Stephanie Bianchi

Viernes, 27 de septiembre [20:15]

Eliza

"¡Puedes calmarte y dejar de gritar!", interrumpo, teniendo yo misma que elevar el tono, para que Margot se calle por un instante. "Ya sé que tu nueva asistente es horrible, que no va a durar ni una semana, y mucho menos poder sustituir a Dolores", digo riendo a carcajadas ante su exasperación, sentada en el sofá a mi lado.

Al otro lado de la sala, Martin, que parecía absorto en el videojuego, se une a las carcajadas, levantando la cabeza y mirándonos: "¿En serio, programó dos reuniones a la misma hora? Hasta yo lo haría mejor que eso, puedo ser tu asistente, así no tengo que ir a clase".

"Puedes seguir soñando...", respondo, con la voz aún entrecortada por la risa.

"Según ella, pensó que la primera reunión solo duraba media hora, y por eso daba tiempo. Como si fuera posible que una reunión durara media hora, media hora es lo que se tarda sólo en empezar a hablar de lo que realmente importa", interviene Margot, que sigue sin ser capaz de disimular la irritación.

Pobre chica, no va a aguantar, pienso, sin decir nada.

Durante la cena, la conversación se centra en el colegio de Martin y en los entrenamientos de balonmano, después de aquella expulsión, no volvió a jugar. Cuando terminamos, él desaparece rápidamente hacia su habitación.

"Tienes cara de preocupación, y no es por esa tal Astrid", comento en cuanto él se aleja lo suficiente para no poder oírnos.

"¿Tanto se nota?"

"Lo llevas escrito en la mirada".

"¿No tienes nada que contarme?"

"¿De qué estás hablando?", cuestiono, sin facilitarle la vida. Confieso que ayer me extrañó que no me llamara queriendo saber todo sobre Stephanie. "¿La cena estuvo buena?", ironizo.

"Maravillosa. Y mejor aún el Martini que bebí con tu amiga".

"¿Fuiste a beber con Stephanie?", pregunto incrédula, cambiando de posición, sintiendo el corazón acelerarse. "¿Qué te dijo?"

"¿Qué me podría haber dicho? Por tu expresión, mucho más de lo que dijo", afirma Margot riendo. "¿Me lo vas a explicar o voy a tener que sacártelo?".

"Nos conocimos en Cerdeña", murmuro entre dientes, sabiendo que tendré que decir muchísimo más.

"Ya sé... lo que no sabía es que habías estado de vacaciones en Cerdeña. Extraño, ¿no? Sé todo sobre tu vida, o al menos eso creía, y ahora descubro que estuviste de vacaciones en Italia y que nunca me lo dijiste. Extraño...", repite, dejando la frase en el aire.

"Tú te habías ido a París..."

"¿Cuándo?"

"La primera vez que te fuiste, cuando terminamos el internado, hace más de veinte años".

"¡¿Me estás tomando el pelo?!"

"No", afirmo en un tono que no deja dudas de que la conversación es seria. "Yo no estaba bien, mi madre insistió en que me fuera unos días de vacaciones. Sabes cómo es cuando quiere algo. Un día llegué a casa y tenía un billete a Cerdeña. Fui a regañadientes, pero decidida a aprovecharlo. Pensé que me vendría bien para descansar".

"¡¿Te equivocaste?!" interviene, esta vez con una sonrisa.

"Eso parece. Me quedé en un hotel en una playa deslumbrante en el sur de la isla. Desayunaba e

iba caminando a la playa. Entre baños interminables en un agua cristalina y las páginas de varias novelas, empecé a pensar que mi madre al final tenía razón, ya me sentía mejor. Al segundo o tercer día, me fijé en una mujer que también estaba leyendo, tumbada en la arena a pocos metros de donde yo me encontraba. Al final de la tarde, nos encontramos en el bar del hotel y ella me dio conversación."
"¡¿Tú, Eliza, en un bar conversando con una desconocida?!" La sorpresa en el rostro de Margot es genuina y justificada, de hecho, no es algo que yo suela hacer, es más, probablemente, fue la única vez que pasó.
"Fue fruto de las circunstancias, del lugar, no sé, algo en el aire", bromeo, poniéndome de pie, "Hablando de bar, ¿bebemos algo?", pregunto. "Si me vas a hacer contar esta historia, por lo menos tienes que dejarme beber".
Sin esperar a que responda, voy hasta la cocina y vuelvo con dos vasos de vodka tonic, pasándole uno.
"Al igual que yo, Stephanie estaba de vacaciones. Creo que nunca llegaste a saber, pero justo después de que te fueras a París, mi relación con Carmen fue de mal en peor."
"¿En serio?" Margot levanta ligeramente la ceja, una vez más sorprendida. "Pensé que habías sido tú quien rompió. Al menos eso fue lo que me dijiste en su día."
"Y así fue", me apresuro a darle la razón. "Ahora ya no importa, pero no fue fácil, ella trabajaba en el mismo servicio que yo, en fin, un tremendo lío. Lo cierto es que un día saqué valor y le dije que tenía que alejarme."
"Vuelve al tema que me interesa, que no es Carmen. ¿Qué pasó entre tú y Stephanie?", al mismo tiempo que habla, Margot se recuesta y suspira, no sé si por lo que anticipa que yo pueda decir, o por algún recuerdo que no comparte conmigo.
"La conversación empezó siendo trivial, recuerdo que ella habló sobre la belleza del mar y las playas, confesó que, tal como yo ya había notado su presencia, ella también había notado la mía. Poco a poco, fuimos ganando confianza, y me enteré de que era médica..."
"¿Ya era médica en ese entonces? Stephanie es más joven que nosotras, ¿no?" Levanto la cabeza y miro a Margot que mientras tanto se había bebido el vaso.
"¿Quieres más?", pregunto, levantándome otra vez, "Al final yo soy la que estoy hablando, pero pareces ser tú quien necesita una bebida", digo haciéndola reír.
Me sigue hasta la cocina, y se acomoda en uno de los taburetes al lado de la barra.
"Debe tener ahora unos 46 o 47 años", declaro, respondiendo a la pregunta anterior, "Y sí, ya era médica en ese entonces. Había terminado la carrera y se había ido inmediatamente de misión a África. Era el sueño de su vida: enfermedades infecciosas y misiones...", interrumpo lo que estoy diciendo, no tanto para beber un sorbo de vodka, sino sobre todo para alinear mis pensamientos. ¡¿Cuánto hacía que no pensaba en aquellos días en Italia?! "Había estado varios meses en Liberia, y luego otros tantos en Londres, trabajando en un proyecto humanitario."
"¿Y acabó de vacaciones sola en Cerdeña?"
"Sí", respondo lacónicamente, sin continuar porque el sonido de un mensaje hace vibrar mi teléfono. "Debe ser Caroline, aunque a esta hora aún debería estar durmiendo", verbalizo mirando el reloj. "Cada vez es más difícil cuadrar horarios", muevo la cabeza, me encojo de hombros, dejo el vaso y agarro el teléfono.
'Me encantó verte. Me gustaría mucho cenar contigo, ¿quedamos? Creo que tenemos asuntos pendientes. Stephanie.'
Leo el mensaje varias veces, y no me contengo: "¿Cómo consiguió mi número?".
Miro a Margot que no parece entender nada.

"Es Stephanie, invitándome a cenar, ¿cómo demonios consiguió mi número?", repito, esta vez elevando la voz.
"Disculpa, fui yo. Anoche dijo que le gustaría volver a verte y le di el número. Disculpa, ¿hice mal?".
Me doy cuenta de que lo que siento es muy desproporcionado frente a lo que está pasando, pero es incontrolable. Sin hacer más preguntas, y demostrando que me conoce bien, Margot inventa una excusa y se despide, dejándome sola, mirando el teléfono que reposa sobre la mesa. De repente, la luz de la pantalla brilla y el sonido suave de una llamada se hace notar. 'Stephanie', pienso inmediatamente.
"¡Caroline! ¿Todo bien?", digo contestando.
"Todo. ¿Esperabas a otra persona?"
"Claro que no, ¿quién iba a llamar a esta hora?", respondo recomponiéndome.
"¿Estás en la cama? Enciende la cámara, te extraño".
Hago lo que me pide.
"¿Qué haces sentada en el sofá a esta hora? ¿Martin está bien?".
"Genial, ya debe estar durmiendo. Margot vino a cenar, se fue hace pocos minutos".
"¡Ah!" Caroline parece aceptar la explicación como válida, y no hace más preguntas.
"¿Ahora te vas a levantar? ¿Vas a operar?", prosigo intentando mantener un hilo de conversación mínimamente lógico.
"No antes de hacer el amor contigo", responde sonriendo, al mismo tiempo que se quita la camiseta que tiene puesta, y aproxima el cuerpo a la cámara. "Desvístete. Quédate ahí donde estás. Sabes cómo me gusta ese sofá..." Pasa la lengua sobre los labios y me envía un beso.
Intento corresponder, me inclino hacia atrás, me quito la camisa y los pantalones quedando solo en ropa interior. Al otro lado, ella está completamente desnuda tumbada sobre la sábana, y una vez más se deja perder en fantasías, alimentada por las palabras que voy profiriendo.
Viendo que mi misión está cumplida, apago el teléfono, fingiendo que fue sin querer, y no contesto, cuando minutos después ella vuelve a llamar.
Es ridícula esta rutina nuestra, pienso, dejando escapar una lágrima.
Tumbada en la cama, intento dormir, pero el recuerdo de Cerdeña, el rostro de Stephanie, se empeñan en hacerse presentes.

§§§

Stephanie tenía una ligereza, una forma de estar en la vida, donde solo el momento presente importaba. Al contrario que yo, disfrutaba cada instante como si fuera el único, el último y al mismo tiempo el primero. Después de haber cenado juntas en el hotel, el día en que ella me dio conversación, me invitó a dar un paseo por la playa. La luz de la luna sobre el mar, la brisa ligera que cortaba el calor intenso, parecían enviadas a propósito para nosotras.
Como si fuera la cosa más simple, y al mismo tiempo, la más normal del mundo, me besó. No me preguntó nada, no me dijo nada, simplemente me besó. Caminamos de la mano, hasta sentarnos en el rincón formado por las rocas, al abrigo de miradas de cualquiera que pudiera pasar.
Sentí sus manos deslizarse sobre mi cuerpo, y sin desnudarme encontrar un paso directo para tocarme la piel. Me estremecí con la suavidad del toque, agarré con fuerza y la atraje hacia un abrazo, sentí su boca en mi cuello, el aroma del perfume mezclado con la brisa marina, el calor de la respiración acelerada. Me empujó hacia atrás, dejándome tumbada sobre la arena, con el movimiento la falda de mi vestido subió, y ella deslizó los dedos hacia el interior de mis muslos. Inclinó el cuerpo, pegando los labios en los míos, al mismo tiempo que intensificaba el movimiento. Incapaz de resistir, fui presa de un placer que no sabía que podía existir, y en pocos

minutos me entregué en aquellas manos como nunca me había entregado a nadie.

§§§

La excitación se apodera de mí, aquí y ahora, sola, tumbada en la cama. Coloco la mano entre las piernas y vuelvo a cerrar los ojos, respiro profundamente y siento el olor de su perfume, el olor de aquella noche.

Capítulo 13
La vida juega con nosotras

Lunes, 30 de septiembre [08:00]

Margot

"Gracias, Dolores", le agradezco cuando me entrega la taza de café con leche. Recuerdo lo que pasó, pero decido no decir nada, no sé si Astrid habrá comentado algo.

"Stephanie llegó muy temprano, y quedé en ver contigo cuándo puedes recibirla, dice que tiene información que necesita compartir contigo. Tienes la reunión de dirección ahora a las nueve, y la del equipo de desarrollo, a las once. He programado la revisión de tu coche para pasado mañana", declara sin pausas, añadiendo aún: "Y no te olvides que durante el día va a llamar el jefe del equipo de Boston."

"Calma, puedes ir más despacio, ya me he olvidado de la primera parte", digo riendo, tomando algunas notas en el cuaderno. Impresionante la eficiencia de esta mujer, ¿cómo voy a sobrevivir sin ella?

"Una cosa más, que sé que no te va a gustar."

Frunzo el ceño y la miro, sin anticipar lo que viene.

"Voy a salir dentro de poco, y dejo a Astrid en mi lugar el resto del día. Por favor, intenta ser más amable con ella."

Sin darme tiempo para asimilar la información, Dolores esboza una leve sonrisa y se va.

¡Vaya! Tengo tantas cosas que hacer hoy, espero que Astrid al menos no la líe.

La reunión de dirección es tan monótona como todas las semanas, y me pierdo en divagaciones sobre el fin de semana. No he vuelto a hablar con Eliza desde nuestra cena en su casa. Este fin de semana Martin no tuvo partido porque hay partidos de las selecciones, tal vez algún día sea convocado, sería fantástico, medito, al mismo tiempo que visualizo el empujón y la tarjeta roja.

La reunión termina ya pasada la hora. Permanezco sentada y dejo que las personas del equipo de desarrollo entren, mientras las que estuvieron en esta reunión salen. La ventaja de que las reuniones sean todas en esta sala es que ni siquiera tengo que moverme.

Ya pasa de la una de la tarde cuando vuelvo al despacho, cansada y muerta de hambre. Voy a pedirle a Dolores que vaya abajo a buscarme el almuerzo y comeré aquí mismo, pienso mientras camino por el pasillo.

¡Astrid! Vaya, me había olvidado de que Dolores no está. A regañadientes, le pido que vaya a buscar el almuerzo, describiendo con un detalle exagerado lo que quiero.

Esta vez parece haber surtido efecto, y el pedido llega sin errores.

"Margot, disculpa, sé que debes tener hambre, pero quería decir solo una cosa..."

Abro la caja de la sopa, y saco la servilleta de dentro del paquete, poniéndola en el regazo.

"Hace poco, cuando estabas en la reunión llamaron..., no quise interrumpir."

"¡No lo puedo creer! ¡¿No me vas a decir que llamaron de Boston y no pasaste la llamada?!"

"No quise molestar, disculpa."

La incomodidad expresada en el rostro de Astrid es más que evidente, pero no me disuade de seguir gritando. Hay algo en ella que me irrita. "¡Tienes que pasar las llamadas! ¡¿Me has oído?! Era esencial... Van a pensar que no les doy la importancia que merecen, ¡¿y todo por qué?! Porque mi asistente decidió no pasar la llamada."

"Disculpa, disculpa de verdad, pensé que no querías ser interrumpida."

"No tienes que pensar nada, solo tienes que hacer lo que te dicen. ¡Yo sí que empiezo a pensar, o incluso a tener la certeza de que no tienes madera para este puesto!"

"Ellos van a volver a llamar hoy a las seis."

"A ver si me pasas la llamada", digo de forma sarcástica, empezando a comer, mostrándole que

la conversación ha terminado. Sin una palabra ella se dirige hacia la puerta. Preferiría que hubiese dicho algo, al menos así yo podría seguir soltando mi rabia.
La tarde pasa en un abrir y cerrar de ojos, entre emails y llamadas telefónicas. Ya pasan de las cinco cuando Stephanie toca a la puerta, se me había olvidado por completo...
"Quería hablar contigo", dice, no mostrando gran preocupación por el hecho de que yo aún no haya dado respuesta a su pedido de esta mañana.
"Ha sido un día de locos", respondo sacando una tableta de chocolate del cajón. "¿Quieres?" pregunto, extendiéndola en su dirección.
Se mete un pedazo en la boca, pero no se sienta, "Vamos hasta la cafetería del parque, estoy aquí desde temprano, necesito tomar aire, y de paso te pongo al tanto de los últimos datos que analicé."
Aunque su voz es suave y en su rostro se esboza una sonrisa, el tono es lo suficientemente asertivo para hacerme aceptar la invitación, al final a mí también me va a sentar bien salir de aquí.
Mirar a Stephanie me hace pensar en Eliza, se enojó conmigo. Sé que no será por mucho tiempo, pero detesto estar enojada con ella.

*

Lunes, 30 de septiembre [18:45]

Vuelvo al despacho casi a las siete, impresionante cómo vuela el tiempo. Sentada en el lugar de Dolores, Astrid permanece impasible, brindándome un "Buenas tardes", cuando entro.
Minutos después, entra en mi oficina: "Margot, llamaron de Boston..."
¡Mierda! ¡¿Cómo me pude olvidar?!
"Intenté transferir la llamada a tu móvil, pero no pude..."
Claro que no pudo, yo vi su llamada y colgué, pienso, sin decir nada.
"No te preocupes, yo expliqué que tuviste que salir para una reunión urgente que no estaba planeada. En realidad ellos hoy solo querían confirmar que habías leído el material que te enviaron y que estabas disponible para una videoconferencia con el equipo de estudios clínicos, el próximo miércoles a las nueve. Yo dije que tú ya me habías puesto al tanto y que estaba confirmado."
"Gracias", digo secamente, dándome cuenta de que ella resolvió la situación de forma notable.
"Una cosa más, para la semana, el viernes, viene aquí una amiga mía, necesito que reserves mesa para dos personas para cenar, en *Moments*, es una persona especial."
Astrid toma nota en su bloc. No sé por qué, pero tengo la sensación de ver una expresión de desaliento atravesar su rostro, cuando menciono que voy a cenar con una amiga. No debe ser nada.

*

Lunes, 30 de septiembre [20:10]

Entro en casa exhausta, nada que unos lametazos no ayuden a mejorar. *Peanuts*, corre a mi alrededor, no escondiendo lo feliz que está por verme. Me siento en el sofá y dejo que salte a mi regazo, acariciándole las orejas entre las manos.

El sonido del teléfono suena, viniendo de algún lugar que no logro identificar. Aparto a *Peanuts* a un lado y corro hacia el bolso que quedó en el recibidor. Tres llamadas perdidas, ¿será que ha

pasado algo? Marco el número que acabó de llamar: la madre de Eliza.
"¿Cómo estás?"
"De maravilla", respondo automáticamente, anticipando que ella no está llamando para saber de mis problemas.
"Esta tarde hablé con Eliza, estoy preocupada. ¿Estuviste con ella?", la voz es ansiosa y las palabras temblorosas, sin darme tiempo a decir nada sigue hablando, "Martin está aquí en casa. Dice que no habla con Caroline hace dos días. Él no se queja, pero yo veo en sus ojos, el chaval tampoco está bien."
"Es mucho a la vez. Fue la marcha de Caroline, el inicio de la escuela, el nuevo equipo, es mucho, incluso para alguien equilibrado como Martin", digo pausadamente, intentando hacer de las palabras un bálsamo que la ayude. "No estuve con Eliza este fin de semana", no sé qué decir a continuación. No es normal que yo no haya hablado con ella, pero al mismo tiempo no quiero decirle que estamos enojadas, solo se va a preocupar más. "Estuve trabajando", miento.
"No la dejes sola, parece tan frágil. Por favor, querida, quédate cerca."
Al percibir que la madre de Eliza está llorando, intento como puedo cambiar el rumbo de la conversación. "No sabes qué coincidencia, tengo aquí a una médica italiana que vino a trabajar en un proyecto, y la semana pasada descubrí que ella y Eliza se conocen. Es increíble lo pequeño que es el mundo, ¿no?"
"¿Médica italiana? ¿Cómo que médica italiana? Por favor, no me digas que es la chica que Eliza conoció en Cerdeña."
¿Cómo es posible? ¿La madre de Eliza conoce a Stephanie? ¿Qué pasó que yo no sé?
"Stephanie Bianchi", respondo casi en un murmullo, sin saber qué anticipar.
"¡No puedo creerlo! ¡No es posible, que se crucen otra vez! La vida juega con nosotras..."
"¿De qué estás hablando? No estoy entendiendo nada", admito, apartando a Peanuts que se empeña en subir a mi regazo.
"Pregúntale a Eliza. Lo único que te puedo decir es que le hizo mucho daño en aquel entonces y le va a volver a hacer daño, si ellas se reencuentran."

Capítulo 14

"¿Vale la pena?"

Miércoles, 2 de octubre [22:15]

Eliza

"Escucha Martin, sé que no es fácil. Sé que echas de menos a mamá C., tanto como yo, pero el tiempo pasará volando, y antes de que te des cuenta, ella volverá a estar animándote a gritos en tus partidos."
"Yo no voy a volver a jugar nunca", declara escondiendo el rostro entre las manos, al mismo tiempo que sube los pies al sofá.
"¿Qué tontería es esa ahora?", pregunto sorprendida, sin recriminarle su postura.
"El entrenador no confía en mí. Yo entreno, marco, lo doy todo y más, pero él no me va a poner a jugar, lo sé."
"¿Sabes que yo jugué durante muchos años, verdad?"
"Claro...", interrumpe impaciente.
"No siempre estuve bien. Es más, cuando empecé a jugar estaba realmente fatal."
"¿Qué quieres decir con eso?", pregunta, irguiéndose y mirándome.
"Fue hace mucho tiempo. Tenía más o menos tu edad. No sé cómo ni por qué, pero caí en una depresión. Me fui poniendo triste, con ganas de estar siempre sola, de no hacer nada, ni hablar con nadie. Creo que durante muchos meses no me di cuenta de que me estaba pasando algo raro, y la abuela tampoco. Yo iba al instituto, sacaba buenas notas, volvía a casa y me tumbaba en la cama. Me quedaba allí el resto del día, leyendo, durmiendo o simplemente sin hacer nada."
"¡¿En serio?! No lo sabía", dice acercándose para darme un beso.
Le acaricio el pelo antes de continuar, "Fue a peor, hasta el punto de que ya no quería ir al instituto, no podía leer, concentrarme en nada..., fue complicado. Dejé de ir unos meses, perdí un año, y conseguí volver a empezar. Hice los exámenes y entré en medicina."
"¿No te dieron medicamentos?" Creo que por primera vez, en sus 16 años, Martin es consciente de que no soy tan fuerte, tan invencible, como él imaginaba. No sé si eso me agrada o no, pero ahora no hay marcha atrás.
"Claro que sí. Probé muchas pastillas, muchas terapias. Algunas ayudaron, pero la situación estaba ahí y se resistía a desaparecer. Cuando empecé la carrera, conocí a tía Margot. Ella no estaba bien, y yo tampoco. Acabamos haciéndonos amigas y una ayudó a la otra. Ella era portera de balonmano y me convenció para empezar a jugar. Yo no quería ir..., pero cuando lo probé, me encantó. Todo esto te lo cuento para que sepas que hubo muchas veces en las que no jugué no por no ser buena, o por no estar en forma, sino porque mi cabeza no estaba centrada, estaba perdida en otras cosas, en otros problemas. Pero el balonmano fue la mejor terapia, me ayudó a enfocarme, a vivir cada momento, a disputar cada balón. Creo que si te dejas, puede ayudarte en este momento, pero tienes que dejar todo lo demás fuera del campo."
Martin ha cambiado completamente la cara, incluso su voz tiene un timbre diferente. De repente, empieza a hablar y me cuenta varios episodios del instituto, hasta el punto de hacerme pensar que puede estar enamorado de una nueva compañera. Ese brillo en la mirada cuando habla de ella. Son más de la una de la madrugada cuando finalmente consigo convencerlo de que ambos tenemos que dormir.
Por raro que parezca, o tal vez no tanto, Caroline no llamó.

*

Jueves, 3 de octubre [14:45]

"Tenemos que pasar a cirugía abierta, no se ve nada." Afirmo, intentando controlar la voz y no

gritar.
¿Acaso no es consciente de lo que está haciendo? Sé que él es el jefe, y que es el cirujano principal en esta intervención, pero últimamente no parece la misma persona. No sé si es la presión de haber abierto el nuevo bloque quirúrgico, y que todos quieran resultados.
"Diego, por favor, ¡para!"
Finalmente consigo que desvíe los ojos de la consola y me mire. "Cállate Eliza, si no estás cómoda, sal, pero déjanos trabajar. Vamos a hacer la cirugía así y va a ser un éxito."
"No puedes llegar al tumor sin dañar el vaso, están pegados. ¡Mira! ¡Mira la pantalla! ¡Lo tienes delante tuya!", grito, señalando con el dedo las imágenes. "Ella ya ha perdido mucha más sangre de la que debería. Los vasos están friables, si vuelve a sangrar, a lo mejor no puedes suturar."
"¡Sal de quirófano! Venga, sal. Si estás aquí para discutir, es mejor que no estés. Hace mucha falta que vuelva Caroline", concluye entre dientes, pero lo suficientemente alto para ser oído.
"¿Qué has dicho? Repítelo si te atreves."
"Calmaos, por favor. La tensión arterial está inestable, el pulso acelerado. No olvidéis que la paciente estaba tomando anticoagulantes." El compañero de anestesia es la persona más tranquila que conozco.
En un instante todo cambia, y su voz se hace oír en un grito: "¡La tensión está por los suelos! Va a entrar en parada. ¿Qué ha pasado?"
Miro los monitores, que parpadean y pitan. En las pantallas una mancha roja inunda la imagen.
"No he tocado nada, no he movido los mandos", dice Diego, también a gritos.
Muy rápidamente todos nos colocamos para abrir el abdomen. Yo tomo el mando y hacemos una incisión amplia, intentando llegar al origen de la sangre que ni las muchas compresas y esponjas consiguen cortar. La paciente se mantiene viva, pero la situación es crítica.
"Pinza, Vicryl 0-4. Succión. Separadores."
Muevo los dedos tan rápido como puedo. La hemorragia se ha detenido, al menos por ahora.
"Frecuencia cardíaca recuperándose. Tensión 8-4. Deberíamos cerrar, al menos por ahora."
Sin alternativas viables acepto la sugerencia. Llevamos a la paciente a cuidados intensivos, y la traeremos de vuelta a quirófano cuando esté un poco más estable.
"Tenemos que hablar", dice Diego, sujetándome del brazo cuando atravesamos las puertas de la unidad quirúrgica.
"Ahora no", respondo soltándome de un tirón.
"No puedes faltarme al respeto. No delante de todo el mundo, no con una paciente siendo operada."
"No puedes anteponer tus resultados a la vida de las personas. Esto no es un concurso que tengas que ganar, es un hospital donde intentamos salvar vidas, de la mejor manera posible, que no siempre es la más sofisticada, la más ...", al ver que se acerca el compañero de anestesia, interrumpo lo que estoy diciendo, mirándolo. No hacen falta palabras para saber lo que nos viene a decir.
"Ha muerto. La señora acaba de morir. Intentamos reanimarla, aún lo conseguimos una vez, pero volvió a parar. Ha muerto."
Le doy la espalda, y casi corriendo atravieso el pasillo, bajo las escaleras y, sin ver nada ni a nadie, salgo por la puerta que da al parking. El frío aire de la calle me hace aminorar el paso, hasta detenerme, apoyada en un banco de cemento.
"¿Va todo bien?", pregunta un enfermero que está sentado fumando un cigarrillo.
"No mucho. ¿Me das uno?"
"No sabía que fumabas", dice tendiéndome el paquete, y luego el mechero.

"No fumo", respondo, alejándome.

*

Jueves, 3 de octubre [18:35]

Había quedado en tomar un café antes de cenar con mi hermano Lucas y no tengo valor para cancelar. De los tres es con el que siempre he sido más cercana, tal vez porque los otros dos, mayores que yo, siempre fueron súper protectores, y algo castradores, tal vez porque Lucas siempre ha vivido de acuerdo con sus propias reglas, sin miedo a las críticas, sin detenerse ante lo desconocido.
Sentados en la misma terraza en la que siempre nos encontramos, y después de casi una hora en la que le describo en detalle lo que pasó esta mañana, la conversación se centra en Martin.
"Hiciste bien en contarle todo eso", concluye cuando le relato la noche de ayer.
"¿Por qué? ¿Para que sepa que su madre tiene una enfermedad crónica?"
"¿Y? ¿No tenemos todos algo? Las enfermedades crónicas no son lo peor que nos puede pasar. Hay otras cosas 'crónicas' que son mucho peores", ironiza, como es su estilo.
"¿De qué estás hablando? ¿De ella?"
"¡No!", declara vehementemente, sacudiendo la cabeza, y apurando el vaso de cerveza que tiene delante.
"¡Sí!", conozco demasiado bien esa mirada. "¿Has hablado con ella? ¿Cuándo?"
"Todos los días, durante el último mes."
"¡No me lo creo! ¿Dónde está ella?"
Lucas nunca se ha involucrado emocionalmente con nadie. Ha tenido novias y novios, ha provocado pasiones arrebatadoras, pero nunca ha querido comprometerse, al menos hasta que conoció a esta mujer, de quien nunca supe el nombre, porque según él 'no valía la pena'. La conoció hace unos años, cuando estuvo trabajando en Nueva York. Todo lo que sé es que es periodista de investigación y viaja por todo el mundo.
"Está aquí."
"¿Aquí, dónde? ¿Aquí en Barcelona?"
"¡Exactamente! No me hagas preguntas, no voy a poder responder", asevera, con un brillo más intenso en sus ojos marrones, pidiendo otras dos cervezas.
"¿Vale la pena?"
"Claro, si no ya habríamos dejado de vernos. Solo mantenemos aquello que vale la pena. La cuestión es si queremos saber por qué vale la pena."
"¿Puedo contarte algo?", le cuestiono armándome de todo el valor que necesito para tocar este asunto. "¿Tienes un cigarrillo?"
"¿Has vuelto a fumar?"
"No", respondo cogiendo el cigarrillo que me tiende.
Lucas me conoce demasiado bien para hacer más preguntas y permanece callado, soltando volutas de humo al aire.
"Stephanie está aquí."
"¡Vaya! ¡Eso sí que es raro!"
"Nos encontramos..."
"¿Así? ¿Por casualidad?", indaga atónito, apagando el cigarrillo. "¡No deberías fumar!"
"Peor aún, está trabajando en un proyecto en la empresa de Margot, nos encontramos en el edificio de BioXN."
"¿Has hablado con ella?" Lucas no parece capaz de hacer otra cosa que no sea preguntar.

"Poco. Pero Margot le dio mi número y ella me envió un mensaje. Quiere verme."
"¿Y tú? ¿Quieres verla?"
Sin dejarme decir nada, me tapa la boca con la mano: "No vayas a decir que no tan rápido, piensa en mi pregunta: ¿tú quieres verla?"

*

Miércoles, 2 de octubre [23:45]

Me doy vueltas de un lado a otro, pero no consigo dormirme. En un impulso me levanto y enciendo la luz de la mesita de noche. Cojo el móvil y vuelvo a leer el mensaje que escribí: '¿Cena el sábado? Elige tú el sitio.'
Vuelvo a dejar el cuarto a oscuras y cierro los ojos.
Stephanie fue de lo mejor y de lo peor que me ha pasado. Sin poder evitarlo pienso en sus manos, en su boca. Nada era imposible, y cada momento era exactamente eso, un momento que tenía que ser vivido con la mayor plenitud posible. Eso le daba el don de ser la amante más excepcional, pero al mismo tiempo la más volátil, la que podría desaparecer en cualquier instante, porque había algo más urgente, más emocionante para ser vivido.
Me siento en la cama, buscando el vaso que dejé aquí al lado, y bebo un poco de agua, intentando quitármela de la cabeza. Estoy casada, casada y feliz desde hace casi veinte años, Stephanie pertenece al pasado y es allí donde tiene que quedarse.
Miro el móvil para ver la hora. ¡Mentira! Miro el móvil con la esperanza de que me haya respondido, y ahí está: 'En el Citrus, a las nueve'.
Tiro el móvil lejos, como si eso borrara los hechos. No puedo ir a verla. Busco el móvil entre el edredón, y le envío un mensaje a Caroline, ya debe estar trabajando.
Vuelvo a apagar la luz, y me acurruco entre las almohadas. Inmediatamente, como si se burlara de mi voluntad, mi cerebro me transporta a Cerdeña.

§§§

"¿Qué estás haciendo?", pregunto mirándola.
"Desnudándome, ¿no se nota?", responde riendo, ya sin camiseta ni sujetador, que parece ser algo que nunca usa. "Voy a darme un chapuzón, ¿no te animas?"
"¿A esta hora?"
"Hace calor. Además, vamos a tener la piscina para nosotras solas, menudo lujo."
Miro a mi alrededor. Estamos en una de las pequeñas piscinas repartidas a lo largo del jardín, en uno de los extremos más alejados del edificio principal. No se ve ni se oye nada, más allá del ruido del mar traído por una brisa cálida.
Vuelvo a mirar a Stephanie, que se desliza desnuda en el agua transparente.
Nunca en mi vida he hecho nada parecido y, sin embargo, aquí estoy, tentada a bañarme desnuda con una casi desconocida.
Entro al agua con las bragas y el sujetador puestos, y me sumerjo hasta tocar el fondo con las manos, sintiendo un inmenso placer que invade mi cuerpo, la sensación de libertad es total.
Ella no pierde tiempo, me abraza y camina conmigo en brazos hasta que quedamos tumbadas en los escalones junto al borde. Pega su boca a la mía y me besa profundamente, deslizando la lengua entre mis labios, jugando con las gotas de agua, al mismo tiempo que con un gesto desabrocha mi sujetador, tocando primero un pezón y luego el otro, para después colocar los labios donde antes estaban los dedos. No intento resistirme, porque no tengo fuerza ni voluntad para hacerlo, me acomodo mejor y cierro los ojos, al mismo tiempo que inclino la cabeza para besarle el cuello. Siento sus manos recorrer mi cuerpo debajo del agua. Con la rodilla separa

mis piernas y coloca los dedos entre ellas, apartando la delgada tela de las bragas que aún llevo puestas. No hace falta mucho para que en un gesto rápido se deshaga de ellas y consiga exactamente lo que pretende, tenerme completamente desnuda a su merced.
No tiene prisa, es más, su placer parece aumentar con la lentitud de los movimientos, me toca casi llevándome al límite, para luego desviarse y hacer una caricia delicada alrededor del ombligo. Sus manos se mezclan con el movimiento del agua en una cadencia que me excita, haciéndome soltar un gemido ronco.
"Aún no es el momento, calma", oigo su voz, para luego sentir mi cuerpo vibrar en espasmos que no soy capaz de contener.
"¡Te lo advertí!", susurra, y antes de que me dé cuenta exactamente de lo que quiere decir, me da la vuelta poniéndome de espaldas, presionándome contra la pared de la piscina con su cuerpo. "Tendrías que haber esperado", intento mirarla, pero su mano en mi nuca no me lo permite. Siento su cadera contra la mía, sus dedos otra vez entre mis piernas, esta vez con más fuerza, profundamente dentro de mí. Dejo de poder pensar, dejo de poder oírla, aunque ella no deja de hablar junto a mi oído. Un torbellino de sensaciones me invade justo antes de sentir un placer tan intenso que no puedo contener un grito, aunque clavo los dientes en mi propia mano en un intento vano de ahogar el sonido.

Capítulo 15

Hoy hace 34 años

Viernes, 4 de octubre [08:10]

Margot

Me voy acostumbrando a ver la cara de Astrid, sentada en la silla de Dolores todas las mañanas. Cuando se da la vuelta hacia la puerta, no puedo evitar seguirla con la mirada. Tiene una confianza, un saber estar, que me impresionan.

Bebo un sorbo de café con leche y me peino los rizos con la mano en un gesto inútil.

Me esfuerzo por concentrarme, pero es difícil. Miro el reloj, casi mediodía, tal vez lo mejor sea salir un poco, ver gente, tomar aire y dar el día por perdido, pienso, apagando el ordenador y quitándome las gafas.

Hace precisamente hoy treinta y cuatro años que ocurrió el accidente, y al igual que hoy, el día estaba gris y la lluvia mojaba la carretera casi sin notarse. ¿Por qué decidieron viajar? ¿Por qué tenían que ir precisamente por esa carretera? Nadie tuvo la culpa, lo sé, pero es mucho más fácil crucificar al conductor del camión. Si al menos él hubiera logrado frenar, tal vez la colisión hubiera sido menos violenta. Pobre hombre, también a él se le desmoronó la vida, pero al menos tiene una vida. Si no me hubiera inventado que necesitaba un año sabático, si no me hubiera ido a Lisboa, yo estaría dentro del coche, o al menos, estaría allí. ¡Pero no estaba! Nunca me voy a perdonar, nunca voy a aceptar no haber desayunado con ellos, no haber dicho "hasta luego".

Con las lágrimas corriendo libremente, camino sin rumbo por el parque de Montjuïc.

La lluvia arrecia y corriendo me refugio en la Fundación Miró. Minutos después, decido entrar. ¿Cuánto hace que no veo la exposición? Paso de sala en sala contemplando cada obra como si la viera por primera vez, dejándome llevar por la aparente infantilidad de cada imagen, por los colores fuertes y el trazo grueso.

Un mensaje de la madre de Eliza, claro, nunca se olvida. Respondo con un emoji, huyendo de las palabras y las emociones.

La tarde pasa rápido, pero sé que tendré que volver a la oficina. Lo dejé todo allí y tengo que responder al equipo de Boston. Al menos el reloj juega a mi favor y allí todavía es por la mañana. Pensar en las diferencias horarias me trae la imagen de Caroline. No he vuelto a hablar con ella. De hecho, ni con ella ni con Eliza. ¿Se va a quedar enojada conmigo mucho más tiempo? ¿Cómo podía yo adivinar que ella no quería hablar con Stephanie si ni siquiera yo sabía que se conocían?

*

Viernes, 4 de octubre [19:40]

Esta hora es casi tan tranquila como a primera hora del día. La mayoría de la gente ya se ha ido, así que reina la calma. Me sorprendo al ver que Astrid sigue sentada en su silla, casi en la misma posición en que la vi esta mañana. Espero que no se haya pasado así todo el día, pienso, sin poder reprimir una sonrisa.

"¿Va todo bien, Margot? ¿Necesitas algo?", pregunta.

"¿Hay mensajes?", cuestiono, sin responder a sus preguntas.

"Nada que no pueda esperar a mañana", responde de forma tan asertiva que no agrego nada más, dirigiéndome hacia mi oficina.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando oigo a alguien tocar a la puerta.

"¿Astrid? ¿Todavía estás aquí?"

Ella entra y pone sobre la mesa una bolsa que por el logotipo deduzco que es de un restaurante. Sin preguntarme nada, coloca las servilletas y las cajas de cartón, arrastrando una de las sillas

hacia atrás en un gesto que me obliga a levantarme y sentarme junto a ella.
"Tienes que comer. Espero que te guste el sushi, a mí me chifla."
Abro un armario en la esquina de la oficina, que esconde una nevera y saco dos cervezas. "Si vamos a cenar, entonces tenemos que beber algo", afirmo, pasándole una botella.
La comida está riquísima, o quizás es que tengo mucha hambre. Al fin y al cabo, casi no he comido nada en todo el día. Poco a poco me voy sintiendo mejor. Astrid demuestra ser una buena compañía, mostrando una capacidad poco común para hablar de trivialidades, al mismo tiempo que aquí y allá salpica la conversación con pensamientos profundos o hechos que no pensé que pudiera dominar.
"¿Por qué dejaste la práctica clínica?", interroga, esta vez girando la cabeza hacia mí, dejando de comer.
Fijo la mirada en sus ojos, de un verde poco común. No necesitaría maquillaje para ser atractiva y, sin embargo, se viste de un modo inusualmente formal para una persona de su edad.
"Es una pregunta que me hago muchas veces", declaro. "Cuando entré a estudiar medicina tenía la certeza de que pasaría la vida dentro de un hospital. Hice la residencia de medicina interna..."
"¿No te gustó?", me interrumpe.
"Me encantó."
"Entonces no lo entiendo. Siempre hay puestos para médicos de medicina interna. ¿Por qué pasarte a la industria farmacéutica? Fue una elección, ¿verdad?"
"Fue una invitación. Una invitación a una vida diferente". ¿De verdad le voy a contar esta historia?, pienso antes de continuar, terminándome la cerveza y abriendo una nueva. Creo que si ella hubiera dicho algo yo habría aprovechado para cambiar de tema, pero su silencio tiene el poder de hacerme proseguir: "Cuando terminé la residencia me fui un año a París, para un proyecto de investigación. Durante ese tiempo conocí a una persona que me hizo creer que yo podía hacer la diferencia, podía ser la primera mujer negra en llegar a la dirección médica de esta empresa y quién sabe, a la presidencia".
Pienso en Francesca, en un París de hace más de veinte años y en todo lo que pasó. La echo de menos.
Sintiendo una necesidad imperiosa de cambiar de conversación, suelto: "¿Y tú? ¿Naciste en Alemania?", al mismo tiempo que me levanto para ir a buscar otra cerveza, nuevamente solo para mí, ya que ella no se ha bebido ni la mitad de la suya.
"Sí, en Berlín".
La respuesta es corta y seca, nada que ver con su conversación durante toda la noche, suave y repleta de detalles. Tal vez no debería insistir, pero tengo curiosidad: "¿Viniste aquí de pequeña? No tienes acento, si no lo supiera, no diría que eres alemana".
"Vinimos cuando yo tenía cinco años, mi madre y yo".
Una vez más las palabras se miden con cuidado. A pesar de eso, esta vez ella prosigue sin que yo diga nada.
"Mis padres se divorciaron y nos vinimos para acá. Mi madre es de aquí, se fue a estudiar a Alemania y acabó quedándose allí, pero creo que en realidad siempre quiso volver", respira hondo antes de continuar. "Yo no me llevo particularmente bien con mi padre", concluye, sin apartar la mirada. "¿Y tú?"
"Yo no tengo padre", afirmo sin pensarlo. "Ni madre".
"Disculpa", dice, pareciendo haberse quedado incómoda. "No me refería a eso. Te estaba preguntando si eras de aquí".
Demasiado tarde, las lágrimas vuelven a rodar por mi rostro, esta vez con una intensidad que me

hace sollozar. Es el llanto contenido durante todo el día, es el llanto compartido, aunque sea con una casi desconocida. En silencio, Astrid toma mi mano, apoyada sobre la mesa, permitiéndome llorar. A veces es todo lo que se necesita en un momento como este.
"Mis padres murieron en un accidente de coche", declaro finalmente cuando me calmo, aprovechando para terminarme la cerveza. "Hace hoy treinta y cuatro años".
"No lo sabía".
"Claro que no, ¿cómo ibas a saberlo?"
"¿Eras una niña? ¿Qué edad tenías?"
"Dieciocho. De un momento a otro mi realidad cambió de forma tan drástica que se volvió irreconocible".
"¿No tienes hermanos?"
"No. En aquel momento me fui a vivir con mi abuela, que también ya ha fallecido. Cuando al año siguiente entré en la universidad conocí a Eliza. Se convirtió en una hermana, hice de su familia mi familia y sobreviví. No sé por qué te estoy contando esto, disculpa. No suelo hablar de este asunto". Me levanto para ir a buscar otra cerveza, me paso la mano por el pelo y respiro hondo. "Seguro que tienes cosas mucho más interesantes que hacer un viernes por la noche que estar aquí escuchándome. No forma parte de tus funciones", termino irónicamente. "¿No tienes un novio esperándote? Debes tener un montón de pretendientes".
Mis palabras son vulgares, tal vez incluso indelicadas. Sé que ella no merece mi ironía, pero es la armadura que siempre he usado y en este momento me siento la más frágil de las criaturas.
Astrid se levanta y metódicamente empieza a recoger los restos de nuestra cena improvisada. "Yo te llevo a casa, no puedes conducir", afirma.
"Ni hablar, llámame un taxi", suelto bruscamente, sabiendo que tiene razón, he bebido demasiada cerveza.
"¿Estás segura? Será un placer llevarte y asegurarme de que llegues sana y salva a casa. Acepta, no conduzco tan mal. Al fin y al cabo, los alemanes no bromeamos en el trabajo y yo me saqué el carné de conducir en Berlín", dice con una carcajada.
Nunca la había oído reír. Tiene una risa cautivadora, de alguna forma contagiosa. Dejándome llevar por el momento, acepto su sugerencia.
"Ya que has venido hasta aquí, ahora tienes que subir y tomarte una copa conmigo", declaro cuando ella aparca casi en la puerta de mi edificio.
"Deberías ir a descansar".
"Vamos, Astrid, tengo edad como para ser tu madre..."
A pesar de que mi argumento no es muy convincente, ella parece haber cambiado de idea y sale del coche.
Sentadas en el sofá del salón, con Peanuts histérico por la compañía inesperada, bebemos vodka. O mejor dicho, yo bebo, ella apenas se moja los labios con el vaso, fingiendo apreciar el sabor.
La conversación se centra en la empresa, en Henri, en Dolores y su crucero. Terminamos riéndonos a carcajadas imaginándola en bikini en una piscina repleta de turistas y animadores, haciendo clases de yoga en la cubierta o bailando rumba después de una cena social. Pobre Dolores, siempre con su inmaculado traje gris, con el pelo recogido en un peinado inmutable a lo largo de todos estos años.
Aún entre risas, Astrid deja el vaso y se levanta: "Tengo que irme, se ha hecho tarde", afirma.
Sin rechistar la acompaño a la puerta. Ella se acerca y percibo la fragancia de su perfume. En un gesto, como mínimo irreflexivo, cuando le doy un beso de despedida dejo que mis labios rocen levemente los suyos.

Capítulo 16
Hay cosas que no cambian

Sábado, 5 de octubre [20:42]

Eliza

Llego al Citrus, más de quince minutos antes de la hora acordada. Afortunadamente nuestra mesa está disponible, y me siento a mirar por la ventana, a las personas que, allá abajo, cruzan el Paseo de Gracia.

Intento anticipar la conversación, ¿cómo estará ella? ¿Qué habrá hecho en todos estos años? La verdad es que yo nunca más quise saber. Me juré a mí misma que Stephanie pertenecía al pasado, y que nunca más podría ser parte de mi vida. Fue una media verdad, no la volví a ver, a hablar con ella, ni a tener noticias suyas, pero dejé que estuviera presente en mis sueños, en mis fantasías. Nunca le conté nuestra historia a nadie excepto a Lucas. En aquel entonces, era demasiado duro, y después..., después no me pareció relevante compartirlo, ni siquiera con Margot.

Me acuerdo de Margot, y caigo en la cuenta de que ayer fue 4, y yo no la llamé. ¡Joder! ¡Cómo pude olvidarme! Sin alternativa en este momento, le escribo un mensaje.

"¡Eliza!"

La misma voz. ¿Cómo es posible que no haya cambiado, después de más de veinte años?, medito, mientras le devuelvo los dos besos con los que ella me saluda.

Sentada frente a mí, inevitablemente vestida de negro, con el pelo recogido en una coleta, sus facciones se han modificado ligeramente, pero el magnetismo, ese parece peligrosamente intacto. Como si el tiempo no hubiera pasado, Stephanie, se hace cargo de la conversación y habla animadamente sobre su proyecto con Margot. A juzgar por sus palabras se podría pensar que se conocen desde siempre. Solo después de haber hecho el pedido y de que nos sirvan un delicioso vino blanco, llega la inevitable pregunta: "¿Cómo estás? Cuéntame qué has estado haciendo durante los últimos qué..., ¿veinte años?", culmina con una carcajada, que hace que mi corazón lata con más fuerza.

"Nada especial, me casé, tuve un hijo, trabajo en el mismo hospital. Sabes que soy una persona monótona", no puedo evitar añadir mordazmente.

"¿Estás casada?"

"Lo estoy, ¿no lo sabías? ¿Margot no te lo dijo?"

"Me conoces mejor que eso. Jamás hablaría de ti con Margot." Bebe un sorbo de vino, y luego la mitad de su vaso de agua.

"Ya veo que hay más cosas que no han cambiado."

"El vino está bien, pero nada comparable a un agua bien fresca", afirma levantando el vaso de agua hacia mí.

Le correspondo el brindis, alzando la copa de vino y haciéndola chocar contra la suya, con un ligero tintineo.

"Caroline y yo nos conocimos en Italia, fíjate lo que es la vida... Llevamos juntas veinte años."

"¿Ella no quiso venir a cenar con nosotras? ¿O no la invitaste?", los hoyuelos que casi había olvidado, aparecen en el rostro de Stephanie cuando sonríe.

"Caroline se fue unos meses a Sídney."

"¡Vaya! ¡Y yo que pensaba que viajaba mucho!", ironiza, "¿Y tu hijo? ¿También se fue?"

"No", respondo secamente, negándome a entrar en su juego, que sé cuál es. "Háblame de ti, ¿qué has estado haciendo? ¿Cuántas misiones? ¿Cómo está tu mujer?", es mi turno de ser sarcástica. No sé si Stephanie se casó, o si todavía vive con la mujer con la que estaba cuando nos conocimos. En realidad no sé nada, pero no puedo resistirme a la provocación.

"Muchas cosas. En veinte años uno hace, inevitablemente muchas cosas. Cuando nos vimos por última vez..."
"Me dejaste sola en una habitación de hotel. Supe después que habías decidido irte con ella a Sudán", la interrumpo, sin darle oportunidad de hablar, exponiéndome completamente. El tiempo no hizo que desapareciera toda mi angustia, todos mis celos.
"Ella fue enfermera jefa en esa misión, y en otras que siguieron. En medio de todo eso, conseguí acabar la residencia..."
"Es verdad, Margot me lo comentó, ahora eres una infectóloga famosa, la doctora Stephanie Bianchi." No puedo evitar la necesidad de interrumpirla, es más fuerte que yo.
Afortunadamente, nuestros pedidos llegan en este momento, y nos vemos forzadas a suspender la conversación. Pero, en cuanto la camarera se aleja, Stephanie prosigue desde donde lo dejó: "Estuvimos juntas en muchas misiones, en otras fui sola. Tú sabes, ella vive en Inglaterra, yo tengo mi apartamento en Milán, eso no cambió. O mejor dicho yo cambié de casa, y ella se mudó a casa de su madre, pero no cambiamos de ciudad. Hubo una época en que incluso pensamos en eso, ella pasó un año conmigo en Italia, y yo estuve varias veces varios meses en Londres."
"¿Por qué se mudó a casa de su madre?", de todo lo que Stephanie me está contando, es en este detalle en el que me fijo. "¿La señora está enferma?"
"¿Quién, su madre? No. Tiene ochenta y cinco años y una salud de hierro."
"¿Entonces?", cuestiono, como si esto fuera relevante para nuestra conversación, sin poder anticipar que en realidad sí lo es.
Recuerdo a la mujer por la que ella me dejó, y de quien escuché la voz por teléfono, las veces en que Stephanie contestó en altavoz, pero cuyo rostro solo conozco por fotografía. Mucho mayor que ella, con un marcado acento de quien siempre ha vivido en Londres, y una autoconfianza difícil de superar.
"Es ella la que está enferma. Hace cinco años fuimos de misión a Angola, ella enfermó, no se entendía qué era, hasta que cuando llegamos a Londres la ingresaron: tuberculosis renal. Le había afectado ambos riñones, estaba mal. Hubo muchos momentos en los que pensé que no iba a sobrevivir, pero lo hizo. Pero perdió ambos riñones, y acabó haciendo hemodiálisis. Tú sabes, no es candidata a trasplante. Ella encajó muy mal toda la situación, se sintió disminuida, dependiente, no sé."
Voy comiendo despacio, al mismo tiempo que miro discretamente a Stephanie, su rostro está pálido, no recuerdo haberla oído hablar en este tono muchas veces. Ella es una persona alegre, que jamás se deja abatir por cualquier contratiempo de la vida, esa es su carta de presentación, ese es su poder de seducción, y ese poder no encaja con la persona sentada ahora frente a mí.
"Yo intenté convencerla de venir a Milán, o de dejarme vivir en Londres, pero ella siempre fue inventando excusas, aplazando la situación. Hace dos años me fui de misión otra vez a Angola, en un proyecto precisamente de lucha contra la tuberculosis. Ella se lo tomó como una excusa para montar una bronca enorme. Nos separamos. Poco después ella se fue a vivir a casa de su madre y, desde entonces, no ha vuelto a querer hablar conmigo."
"No sé qué decirte", digo finalmente.
"No digas nada. Las cosas son así, y no hay nada que se pueda hacer para cambiar los hechos. Podría haber sido diferente, yo podría haber visto que era tuberculosis, pero no lo vi. Si se hubiera diagnosticado antes, tal vez el desenlace habría sido diferente."
Tengo la sensación de ver una lágrima, pero de inmediato Stephanie se lleva la servilleta a la boca, y cambia la expresión del rostro, obsequiándome con una sonrisa.
"Basta de hablar de mí. Quiero saber de ti, de tu hijo, de tu madre..., quiero saberlo todo. Bueno,

creo que no quiero saber mucho sobre tu mujer", concluye, mostrando que ha vuelto a su perfil habitual.
De forma sucinta le hago un resumen de los últimos años. Omito los períodos difíciles, la depresión durante los últimos meses del embarazo de Caroline y en los meses después del nacimiento, las veces en que bebí demasiado, en que fumé demasiado, y le doy un retrato feliz de lo que ha sido mi vida.
"Me alegra saber que estás bien." Es lo único que dice, después de que yo hablara durante horas, sin interrupción.

Capítulo 17
Una fiesta en París

Domingo, 6 de octubre [17:00]

Margot

Decidí ir al partido de Martin, hable o no hable Eliza conmigo. Estoy harta de este enfado sin razón de ser, parecemos adolescentes y, de hecho, no lo somos, pienso mientras avanzo a paso rápido hacia el sitio donde nos sentamos la última vez.
El pabellón no está lleno, pero aun así tiene más público del que esperaba. Los equipos están alineados en la pista y antes de que me dé tiempo a localizar a Eliza, empieza el partido. Martin mira alrededor cuando se dirige al banquillo y saluda, creo que en mi dirección. Le devuelvo el saludo. Su gesto hace que Eliza mire hacia atrás. También le saludo.
Me levanto y ocupo el espacio junto a ella en los incómodos asientos del pabellón, pero pasamos la primera parte del partido sin decir nada. Cuando el árbitro pita para el descanso, el silencio se vuelve demasiado incómodo: "Ayer hizo treinta y cuatro años", digo de la nada y sin añadir ningún contexto.
"Lo siento".
"Te eché de menos", respondo sin apartar la vista del suelo.
"Deberías haber venido a casa, no deberías haberte quedado sola." Eliza pone cariñosamente la mano en mi brazo, obligándome a mirarla. Sé que habla en serio cuando se disculpa.
"No estuve sola", murmuro, recordando el rostro de Astrid.
Creo que no me oye porque casi simultáneamente dice: "Cené con ella".
"¿Con quién?", pregunto, desconcertada con el comentario.
"¿Cómo que con quién? Con ella", hace una pausa, pero afortunadamente continúa, "Con Stephanie".
"Siempre te llamó", afirmo, más para mí misma que para Eliza, que entretanto se distrae de nuestra conversación y se pone de pie, aplaudiendo la entrada de Martin en la pista.
"No deberías haberle dado mi número".
"No podía imaginarlo", respondo encogiéndome de hombros.
"Ven a cenar a casa. No es una conversación para tener aquí." Dice unos minutos después.

*

Domingo, 6 de octubre [21:00]

Martin está eufórico, no se cansa de describir jugadas, goles y los abrazos que siguieron. Hacía mucho tiempo que no veía a este chico tan feliz, pienso masticando pausadamente. Durante la cena es imposible hablar de cualquier otra cosa que no incluya una pelota, dos porterías y un montón de chicos corriendo de un lado a otro.
Estamos terminando cuando suena el móvil de Martin.
"Termina de comer, no se contesta al teléfono en la mesa", dice Eliza en un tono que me hace entender que ésta debe ser una frase pronunciada muchas, muchas veces.
"Es mamá", responde él levantándose de inmediato.
Ella mira el reloj y yo hago lo mismo.
"Aún no son las seis de la mañana allí".
"Se acordó del partido", respondo quitándole importancia.
"Tal vez".
"¿No has hablado con ella?"
"¿Hablar quiere decir intercambiar palabras?"
"Sí, si quieres decirlo así, ¿han intercambiado palabras con sentido?", respondo manteniendo la

ironía y dirigiéndole una sonrisa.
"Ella llama casi todas las noches, en su caso, todas las mañanas. Por lo que entiendo le está encantando y, más que eso, ellos la adoran".
"Deja de decir tonterías, ¿qué quiere decir eso? ¿Estás celosa?", añado.
"¿Tú crees? Sólo quisiera que..."
Eliza no termina la frase porque Martin vuelve a entrar en la sala y le extiende el teléfono: "Mamá quiere hablar contigo".
La conversación entre ellas es tan breve como lacónica. Cuando cuelga le devuelve el móvil a Martin que rápidamente se mete en su habitación. Eliza me mira y repite las mismas palabras que pronunció horas antes en el pabellón: "Cené con ella".
"¿Y?" No sé qué decir, es raro pensar que no sé nada sobre un asunto tan importante en la vida de mi mejor amiga. "¡Joder, Eliza! ¿Qué pasó entre vosotras?", disparo sin poder contenerme.
"Los mejores orgasmos de mi vida".
Podía esperar cualquier respuesta menos ésta. Me recuesto en la silla y apoyo el codo en la mesa, sujetándome la cabeza con la mano. No voy a preguntar nada porque estoy segura de que no será necesario.
"Deberías probarlo."
"¿Qué? ¿Cenar con Stephanie?"
"No, los buenos orgasmos, te vendría bien. ¿Cuánto hace que no estás con alguien?"
"De vez en cuando", respondo riendo. "No te desvíes del tema", le pido, aprovechando para escabullirme yo misma de lo que ella está insinuando.
"Nos conocimos en Cerdeña. Pero eso ya lo sabes. Estábamos solas y las cosas fueron sucediendo."
Eliza se deja transportar a una realidad distante y va hablando pausadamente, a veces interrumpiendo lo que está diciendo con momentos de pausa, que dan rienda suelta a la imaginación.
"Nunca me lo contaste."
"Tú estabas en París. Duró poco y no terminó bien. Entre quedarse conmigo, tal vez incluso venir a Barcelona, o volver a África, ella no tuvo dudas. De un día para otro decidió marcharse. Creo que, en realidad, ella siempre supo que iba a pasar, pero yo, yo me dejé ilusionar, creí que lo que teníamos era más fuerte."
"¿Y ahora fuiste a cenar con ella?", es una pregunta retórica, pero no sé qué decir.
"No nos vamos a volver a ver", responde sin que el tono de voz transmita la convicción que intenta poner en las palabras.
Martin vuelve a entrar en el salón dando saltos, con el móvil extendido hacia nosotras. En la pantalla aparecen imágenes del partido y muchos elogios para el equipo. Incluso hay un mensaje con un vídeo de uno de los goles que él marcó. Cuando él vuelve a salir, ya no hay forma de retomar la conversación, y Eliza aprovecha para cambiar de tema.

*

Domingo, 6 de octubre [23:40]

En el corto trayecto a casa, pienso en Stephanie, la mujer que conozco desde hace pocas semanas, siempre discreta, vestida de negro, con el pelo recogido en una coleta. La mujer que ha ganado premios y que muchos consideran la mayor especialista en tuberculosis de Europa. Jamás la imaginaría como una seductora que destroza corazones, pero eso no está escrito en el currículum..., menos mal, concluyo para mí misma.

Estoy a punto de meterme en la cama cuando oigo a lo lejos el teléfono. ¿Quién podrá ser a esta hora? Corro hasta el salón y después de hurgar en varios bolsillos consigo encontrarlo: 'Francesca'.
"¡Estaba pensando en ti!", dice simplemente, como si fuera más que razón suficiente para llamarme a medianoche.
"¿Puedo preguntar en qué, exactamente?", le sigo el juego, sin vacilar.
"Depende de si estás sola."
"Tumbada en mi cama", declaro, metiéndome en la cama y acurrucándome en las almohadas.
"Pensé en ti hace un rato", afirmo, recordando las palabras de Eliza sobre Stephanie.

§§§

La conocí cuando viví en París. Estaba allí sola, me convertí en una habitual de la ópera, y no tardé en fijarme en una mujer mayor, a veces sola, otras tantas acompañada por otras mujeres. Bebía champán en el descanso y tenía una magia difícil de explicar. Una noche, en que la música intensa me había hecho llorar, mientras bajaba las escaleras sentí una mano en mi hombro. Sin presentaciones o conversación circunstancial, simplemente me invitó a cenar.
Cenamos en un restaurante que sólo parecía simple, del cual ella era claramente una clienta habitual. Comimos tartar y bebimos champán. Me enteré de que se llamaba Francesca, era italiana y trabajaba en una empresa de tecnología. Esa noche, no me di cuenta de lo que eso significaba. Para mí, era una mujer de unos cincuenta años, mi edad actual, simpática, inteligente y sumamente fascinante.
Después de ese día, nos encontramos algunas veces más en la ópera, y en algunas de ellas salimos a cenar. Poco a poco, me vi hablando de mi vida, de mis sentimientos. Francesca nunca dejaba de tener una historia que contar, no había tema que no dominara, pero tenía un arma mucho más peligrosa que sus inagotables conocimientos, sabía escuchar.
Le conté sobre la muerte de mis padres, mi paso por la facultad de medicina y mi breve matrimonio. Caí en la cuenta de que había venido a París, no tanto por la práctica en el hospital, sino buscando algo.
Un día me invitó a una fiesta. Acepté, sin grandes consideraciones o preguntas, y me encontré en un hotel de lujo en el centro de París, rodeada de mujeres tan eclécticas como enigmáticas. Tuve la sensación de haber aterrizado en otra realidad, en un mundo nuevo, completamente desconocido, pero al mismo tiempo tan acogedor que me sentía en casa.
Las conversaciones se alargaron durante toda la noche y, tan pronto en un grupo como en otro, fui participando en ellas. Era de madrugada cuando salí al jardín. Recuerdo encender un cigarrillo, saborear la primera calada y sentirme libre, una libertad que no conocía. Caminé sola en la oscuridad, sin rumbo, entre los setos perfectamente recortados. Me senté en un banco y miré alrededor, las luces tenues apenas dejaban ver el camino, pero a mi derecha, una de las ventanas del edificio estaba totalmente iluminada, las cortinas abiertas permitían una visión completa del interior de la habitación. Adentro reconocí a dos de las mujeres con las que había estado conversando. Una llevaba el vestido negro con el que había estado en la fiesta, la otra estaba desnuda. Clavé la mirada y ya no fui capaz de desviarla. Las caricias se intensificaron, las manos recorrían el cuerpo desnudo, las bocas se fundieron en besos, se dejaron caer sobre la cama, una sobre la otra, haciéndome adivinar dónde estarían sus manos, al mismo tiempo que yo cruzaba con fuerza una pierna sobre la otra e intentaba controlar la respiración acelerada.
Dando un respingo, Francesca, que se acercó sin que me diera cuenta, se sentó a mi lado y posó la mano en mi muslo.
"Es Analise", afirmó como si yo hubiera hecho alguna pregunta.

Aparté la mirada de la ventana y me fijé en su rostro. Me miró de forma penetrante, tocó mis labios con el dedo, dibujando su contorno, y pegó su boca en un beso tan suave que casi no se sentía, pero tan lleno de deseo que, en un impulso, la tomé en mis brazos y fui yo quien deslizó la lengua dentro de su boca, a través de sus labios entreabiertos. Sentí sus manos en mis piernas, en la cintura, en los hombros y después en una caricia a lo largo de la espalda, atrayéndome más cerca y pegando nuestros cuerpos.
En la habitación, Analise estaba ahora también completamente desnuda. Incluso a lo lejos, incluso sin oír nada más que la brisa del viento y la respiración de Francesca junto a mi oído, no tuve dudas de que ella disfrutaba de un placer intenso. Cerré los ojos y me dejé llevar por el momento.

§§§

"Va a haber una fiesta de 'Sphere' y me gustaría que vinieras", dice finalmente Francesca, después de haber conseguido sus propósitos y haberme seducido con cálidas palabras durante largos minutos.
Frente a mí, una vez más, la imagen de hace veinte años de aquella ventana, de aquel jardín. Por increíble que parezca, sólo ese día comprendí por qué nunca había sentido verdadero placer con Simon.
"¿Cuándo?"
"El sábado."
"¿El próximo sábado? ¿En París?", pregunto, aunque ya sé la respuesta.
"Sí, ¿por qué? ¿No tienes con quién dejar a *Peanuts*?"

*

Lunes, 7 de octubre [07:45]

Cuando Dolores entra y me da la taza de café con leche, me doy cuenta de que esperaba que fuera Astrid.
En cuanto ella sale, llaman a la puerta y sin esperar mi respuesta, es Stephanie quien entra: "¿Tienes un minuto?"
"Claro", respondo respirando hondo. No es posible mirarla y no pensar en lo que Eliza me contó.
"¿Estás bien?"
"De maravilla. ¿Tienes nuevos resultados? Henri está presionando, sabes cómo es", afirmo con un tono de lo más profesional.
En breves palabras ella me describe los resultados que obtuvo.
"¿Crees que puedo convocar una reunión para que los presentes?", le pregunto cuando posa el bolígrafo sobre las hojas donde está dibujando un esquema tras otro.
"Puedes. Si crees que es suficiente, puedes", responde poco convencida. "Voy a seguir trabajando, hay datos que no tienen sentido, los resultados deberían ser más contundentes."
"Ellos no saben eso y por ahora se las tendrán que arreglar. Vamos a París, a la reunión del viernes."
"¿Perdona? ¿Que vamos a París el viernes?"
"Todos los viernes hay reunión del consejo, voy a llamar a Henri y decirle que iremos a la próxima, él se va a poner contentísimo, estoy segura."
"Tú sabrás..."

Capítulo 18
Necesito dormir

Lunes, 7 de octubre [22:30]

Eliza

Voy a buscar a Martin a casa de mis padres, antes de ir a la nuestra. Con la excusa de que es tarde y estoy cansada, me quedo en el coche y espero a que él venga. Claro que mi madre lo acompaña.
"¿Estás bien?", pregunta, antes siquiera de darme un beso.
"Claro, ¿por qué no iba a estarlo? Estoy cansada", digo saliendo del coche, al mismo tiempo que Martin se acomoda y aprovecha para cambiar la música que yo estaba escuchando.
"¿Con quién fuiste a cenar el sábado?", indaga mi madre.
"Vamos mamá, ¿de verdad vamos a tener esta conversación? ¿A estas alturas te preocupa con quién voy a cenar?", pregunto riendo, esquivando la respuesta.
"Yo sé que ella está aquí."
"¿Ella quién?"
"Stephanie. La mujer que te dejó, sin explicaciones, ¿te has olvidado? ¡Yo no!"
"Para ya. Es verdad, fui a cenar con Stephanie. Nos encontramos por casualidad, y quisimos ponernos al día, nada más."
"Puedes engañar a quien quieras, incluso a ti misma, pero a mí..., a mí no, soy tu madre."
A pesar del frío que hace, ella no parece tener ganas de dar por terminada la conversación y volver a casa. Le agarro el brazo en un gesto conciliador: "Deja de montarte películas. Fui a cenar con alguien que conocí hace más de veinte años y ya está. No nos vamos a volver a ver. Yo estoy casada y soy feliz, y tú deberías saberlo."
"¿Cómo está Caroline? Martin está enfadado con ella."
"Se volvió a olvidar del partido."
"Deberíais tener una conversación seria."
"¿Quiénes? ¿Caroline y yo? ¡¿Crees que ella no sabe lo que está haciendo?!", salto.
"No lo creo, estoy segura. Ella no sabe..."
"No me gusta ese tono de insinuación, si tienes algo que decir, suéltalo. O mejor no digas nada. Hace frío, estoy cansada, mañana hablamos."
Hago el trayecto a casa con la última frase de mi madre resonando en mi cabeza: 'ella no sabe...'
No tengo ni idea de cómo está. No tengo ni idea, porque en los últimos días apenas hemos intercambiado dos o tres palabras y aun así para hablar de cirugías o de Martin.
El teléfono se ilumina, señalando la llegada de un mensaje. Martin sigue absorto en sus pensamientos, con la mirada fija en la ventana. 'Me encantó volver a verte. Hay cosas que no cambian, solo mejoran con el tiempo.'

*

Martes, 8 de octubre [09:30]

"Diego, creo que no has oído lo que acabo de decir, ¡yo no voy a operar contigo!"
La reunión de servicio empezó hace unos veinte minutos, pero mi irritación es tal que parece que llevo aquí horas. No había vuelto a hablar con él desde la semana pasada, por una razón u otra no coincidimos, o él hizo que así fuera.
"La paciente murió..."
"¡Venga ya! Pareces una niña histérica que acaba de perder a su primer paciente. Murió, porque las personas mueren, no podemos salvarlos a todos, ¿nunca te lo han dicho?" Diego se pone de pie mientras habla, apuntándome con un dedo.

Nunca me ha caído bien, pero con los años parece cada vez más irascible, más centrado en todo lo que no debería.
"Mientras yo sea el jefe de este equipo, vosotros cumplís mis indicaciones."
"Órdenes, querrás decir", afirmo, levantándome también.
"Órdenes, si así lo prefieres. Llámalo como quieras, siempre que las cumplas. Estás nerviosa porque Caroline está fuera, yo no tengo nada que ver con eso. No solo en Australia se hace cirugía puntera, nosotros tenemos todas las condiciones, lástima que muchas veces no tengamos a las personas adecuadas."
Acabo de entender el porqué de todo esto, los celos que le tiene a Caroline. Fueron compañeros de facultad y Diego nunca la soportó. Según Caroline, cuando se conocieron, él decía que estaba enamorado de ella, y la persiguió durante meses, incluso después de que ella le dijera que era lesbiana y que tenía novia.
"Deja a Caroline fuera de esto, ella no tiene nada que ver con lo nuestro."
"Tiene, desgraciadamente tiene, porque tú te quedas ahí deprimida, ansiosa, llorando por las esquinas, y el servicio lo acaba pagando. La paciente murió porque tú no reaccionaste lo suficientemente rápido, empezaste con dudas, pusiste a todo el mundo nervioso. ¡¿Y después, tienes el valor de culparme a mí?! ¡¿Si yo no te hubiera aceptado en este servicio, no sé dónde estarías operando?!"
Hace mucho que se sobrepasaron los límites de lo razonable, la discusión se volvió personal, y yo no sé hasta dónde voy a ser capaz de resistir. Siento la cabeza vacía, y la vista nublada. Me siento, apoyo los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos. Oigo las voces a lo lejos, alguien le pide a Diego que se calme, pero él sigue vociferando. Una puerta se cierra de golpe y una silla chirría al arrastrarse por el suelo. Me quedo inmóvil, esperando que algo suceda, sin que yo tenga que decir o hacer nada más.
"Eliza. ¡Eliza!" Quien me llama es el enfermero jefe de quirófano. Levanto la cabeza y lo miro, dándome cuenta en ese instante de que solo quedamos nosotros dos en la sala.
"¿Te encuentras bien?", pregunta, agarrando mi mano.
"No", declaro, siendo completamente sincera.
"Vete a casa. Descansa."
"Diego, la cirugía..."
"Ellos ya se fueron. Diego pidió que te informara que no estás en el equipo quirúrgico esta semana."

*

Martes, 8 de octubre [12:00]

Llego a casa antes incluso de la hora de comer. Me tumbo sobre la cama, y me tomo una pastilla, necesito dormir. Necesito urgentemente dormir.
Me despierto sobresaltada con el sonido del teléfono que suena a mi lado. 'Caroline'. Antes de contestar, miro el reloj, casi medianoche en Sídney, ¿habrá pasado algo?
"¿Estás bien?"
"¡Genial! Disculpa que te llame a estas horas, debes estar trabajando, pero no he podido resistirme. Acabamos de terminar una cirugía fantástica, si me hubieran dicho que era posible, nunca lo habría creído. No tiene que ver solo con la destreza quirúrgica, o con el control de la tecnología, la gente es inteligente, piensan en estrategias que nunca se nos ocurrirían, verdaderamente genial. ¿Sabes cuáles eran las probabilidades de éxito en este caso? Menos del 5%, y sin embargo, ¡lo conseguimos! La chica va a estar estupenda, en poco tiempo podrá volver

a su vida normal. Te dije que íbamos a operar a una atleta de élite, era esta. Cuando todo pase y vuelva al fútbol, porque va a volver, te digo quién es."
Caroline no necesita que yo hable, está tan entusiasmada que su discurso es más que suficiente para alimentar la conversación. No le digo que estoy en casa, porque ella no me lo pregunta. Tengo sueño, mucho sueño, es todo lo que se me viene a la cabeza. Espero que Martin vaya directo del colegio al entrenamiento, necesito poder volver a dormir.
Me despierto otra vez con el sonido del teléfono. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Las siete y media. Es Martin preguntando si puede quedarse en casa de un compañero del equipo.
Me levanto para ir al baño y tengo que agarrarme a la pared, estoy mareada. Me siento en la cama, esperando que todo a mi alrededor deje de dar vueltas.
Estoy en la cocina bebiendo un vaso de agua cuando el teléfono vuelve a sonar, ¡malditos móviles!
Dejo que suene hasta que el sonido se extingue. Enseguida un mensaje: 'Necesito verte otra vez.'
Me acurruco en el sofá, tapándome con la manta que Martin ha dejado aquí, huele a él. Ni de coña voy a salir con ella. Cierro los ojos y recuerdo el día en que ella se fue.

§§§

Yo había hecho mil planes, ella venía a hacer unas prácticas en el Hospital del Mar, yo había alquilado un apartamento, ya era hora de irme de casa de mi madre.
Volví de Cerdeña enamorada, todo parecía diferente. Ella pasó tres semanas aquí, y se volvió a Italia. Iba a encargarse de la burocracia, y volvería en octubre. Yo le creí, creí en todo lo que Stephanie dijo, simplemente porque ella era así, alguien en quien se puede confiar. Volvió a finales de septiembre, dos semanas antes de lo acordado. No avisó, simplemente apareció. Había reservado un hotel en Sitges, hasta hoy recuerdo que hacía calor, un calor poco común en esa época del año. Fuimos a la playa, e hicimos el amor, hicimos el amor como siempre sucedía cuando estábamos juntas, yo me entregaba a ella de una forma que nunca pensé que fuera posible, si te soy sincera, de una forma en que nunca más me entregué a nadie.
Cuando su teléfono sonó, acabábamos de cenar en el balcón de nuestra suite frente al mar, con una vista que se perdía en el horizonte, un cielo azul y rosa, que poco a poco se iba volviendo negro. Ella se levantó y se alejó. Con eso me bastó para saber con certeza quién estaba al otro lado de la línea. Volvió después de largos minutos.
"¿Está bien?", pregunté irritada. Las conversaciones con la ex novia eran diarias, y ni siquiera allí dejaban de existir.
"Ya te dije que se va a una nueva misión, ¿no?"
"No. Ni tenías que decirlo, a mí no me importa."
"¿Por qué ese tono?"
"¿No te parece rara esa necesidad de hablar todos los días? ¿Estás segura de que quieres estar aquí? ¿De que quieres estar conmigo?" Las palabras se escapaban a mi control, era una mezcla de celos, miedo y frustración. "No aguanto tus cosas. No te entiendo, ¿estás segura de que de verdad vienes a hacer las prácticas aquí, o es otro de tus planes, de esos que nunca vas a cumplir? Yo no necesito esto, tengo derecho a tener paz", concluí a gritos, lanzándome sobre la cama, y agarrando con fuerza la almohada sobre la cabeza.
"Tienes razón, basta. Tú no necesitas esto, y yo tampoco." Fueron las únicas palabras que dijo aquella noche. Recogió las cosas en su pequeña bolsa de viaje, y salió sin hacer ruido, sin dar un portazo.

§§§

He debido quedarme dormida otra vez sin darme cuenta, y una vez más, me despierta el sonido

del teléfono. Un día desconecto para siempre este trasto, pienso, sin poder evitar mirar la pantalla. Son más de las doce de la noche, dos llamadas perdidas de Caroline y un mensaje diciendo que me ama, que me echa de menos, y que intentará llamar durante el día.

Capítulo 19
Perspectivas

Jueves, 10 de octubre [20:45]

Margot

El día transcurrió como un suspiro, cenamos apresuradamente en el aeropuerto, sólo para constatar, poco después, que el avión saldrá con dos horas de retraso, lo que en un vuelo de poco más de una hora y media significa que deberíamos haber llegado antes de estar saliendo. Me encantan los aviones y detesto los aeropuertos. Me siento junto a Astrid, y Stephanie ocupa el asiento delante de nosotras, por primera vez en muchos años, no tengo a Dolores a mi lado.

El ruido de los motores se intensifica, el personal de cabina hace las últimas comprobaciones, las ruedas aceleran en la pista, y allá vamos. Me encanta la sensación de despegar, de dejar los problemas en tierra, y tener algunos momentos de profunda paz. Echo un vistazo a Stephanie, que con la cabeza apoyada en la ventana, y la boca ligeramente abierta, duerme profundamente. Probablemente se durmió antes de despegar, pienso con una sonrisa, girando la cabeza hacia un lado y sorprendiéndome al encontrar los ojos de Astrid fijos en mí.

"¿No te gusta volar?", le pregunto notando la tensión en su expresión.

"Me gusta", responde, sin decir nada más, obligándome a continuar.

"¿Estás bien? ¿Estás enferma?"

"Nerviosa".

Una vez más, una sola palabra. "¿Por qué? ¿Puedo ayudarte?"

"Creo que no. Se me pasará. Debe ser porque es la primera vez que viajo así".

"¿Así cómo?", indago, sin entender lo que quiere decir.

"Por trabajo".

Sigo sin entender, pero opto por dejar que la conversación se agote, es obvio que ella no quiere hablar. Me pongo los auriculares y cierro los ojos, pensando en la presentación que tenemos por delante mañana. Me centro en Stephanie, ¿qué dirá? Estoy segura de que va a brillar, es de esas personas que transmiten seguridad, diga lo que diga, esté donde esté. ¿Y Astrid? ¿Qué le pasa a ella? Sé tan poco sobre su vida.

Sin abrir los ojos reviso en mi cabeza su rostro simétrico, los ojos marrones ligeramente separados, el cabello corto, el contorno de los labios bien definidos... En un movimiento súbito, abro los ojos y me enderezo en el asiento. Saco el libro que estoy leyendo del bolso y, después de abrirlo, miro de reojo hacia un lado, Astrid está girada hacia la ventana, no puedo distinguir si tiene los ojos abiertos o cerrados, hasta que se vuelve. Tengo la sensación de ver una lágrima, pero debe haber sido sólo una impresión mía.

"¿Me dejas pasar? Necesito ir al baño", afirma poniéndose de pie, en el estrecho espacio entre los asientos.

"Claro", afirmo abriendo el cinturón y apartándome lo mejor posible, lo que equivale a casi nada. Inevitablemente nuestros cuerpos se tocan al pasar, siento el aroma del perfume, el mismo que usó cuando fue a mi casa.

"¿Estás bien?", vuelvo a preguntar, cuando ella regresa, esta vez levantándome y apartándome hacia el pasillo, para que pueda pasar con comodidad.

Llegamos al hotel a medianoche. Stephanie parece lista para empezar el día, debe ser fruto de la siesta que echó en el avión, en cambio Astrid está pálida y con ojeras, a pesar del maquillaje.

Dejo que sea ella quien se encargue del check-in y me alejo hacia los sofás. El simpático chico que está en recepción parece tener la situación bajo control y lo veo extender una tarjeta a Stephanie, que se despide y se aleja hacia los ascensores, asegurando que aún va a terminar la presentación para mañana.

Astrid sigue junto al mostrador y va dialogando. A esta distancia no consigo oír lo que dicen, pero por sus gestos me doy cuenta de que algo pasa.
Dejo la maleta donde está y me acerco: "¿Necesitas algo?"
"Parece que hay una confusión. Tú te quedas hasta el domingo, y nosotras sólo hasta mañana".
"Cierto", afirmo, pensando en la invitación de Francesca.
"Hubo una confusión. Quedaron registradas dos habitaciones para esta noche, la mía y la de Stephanie, pero la tuya sólo está reservada para mañana por la noche".
Niego con la cabeza irritada, si fuera Dolores nada de esto pasaría, pienso sin decir nada. "¿Nos puede conseguir otra habitación para hoy?", pregunto, mirando al chico que permanece callado tecleando en el ordenador.
"Es lo que estaba intentando", responde. "Pero no tenemos ninguna habitación disponible. Nada, ni siquiera las suites. El hotel está completo. Lo que puedo hacer es llamar al hotel que está justo aquí al lado y ver si ellos tienen una habitación para esta noche. Está a cincuenta metros de aquí", concluye como si eso resolviera todo el problema.
"Nada de eso", afirma tajantemente Astrid, extendiéndome la tarjeta que tiene en la mano. "Quédate con mi habitación, yo resuelvo la situación".
"¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas tú al hotel de al lado?"
"Si es la solución, ¿por qué no? Mañana estaré aquí a primera hora, ni notarás mi ausencia".
El problema es que sí la notaré. No sé por qué, pero no quiero que Astrid vaya a otro hotel. "¿La habitación que tenemos reservada es doble?", pregunto mirando al chico.
"Sí. Es una de las mejores, pero desafortunadamente la única disponible".
Sin pensar en lo que voy a decir, las palabras salen de mi boca: "Compartiremos esa habitación esta noche, es la solución más simple".
Después de guardar el poco equipaje que traje, opto por ir hasta el bar, dejándola sola en la habitación. Sólo voy a volver cuando ya esté dormida. Bebo un vodka, envío un mensaje a Eliza, que debe estar durmiendo y reviso la presentación que Stephanie me envió hace pocos minutos. Al final Eliza aún está despierta, pienso, cuando el teléfono vibra.
Nada de eso: es Francesca. Por supuesto que es Francesca, si no, no sería la mujer que siempre lo sabe todo de todo.
"¿Ya te has instalado? ¿Lista?", pregunta cuando contesto.
"¡Lista para ti, ¡nunca!", respondo riendo. "Instalada, depende de lo que entiendas por eso", prosigo contándole lo que acaba de pasar con las habitaciones.
"Estás muy tranquila", declara. "Hubiera esperado que estuvieras gritando, blasfemando contra esa Astrid, y lamentando la ausencia de Dolores. ¿Qué pasa que yo no sé?"
"Son cosas de la edad, ya no grito como antes".
"Tú lo llamas edad, yo creo que tiene otro nombre. ¿Cómo es Astrid, alguien que deba conocer?"
Doy una carcajada que se transforma en un ataque de tos, cuando me ahogo, doy un sorbo al vodka, que no siendo el mejor de los remedios, acaba por funcionar. "Sólo piensas en eso. Es una cría y me imagino que tiene un guapo novio esperando".
"¡¿Cría?! Ahora creo que tienes razón, es la edad la que habla".

**

Viernes, 11 de octubre [08:00]

Despierto con el sonido estridente del despertador y un enorme dolor de cabeza. Antes de levantarme, miro hacia la cama de al lado, está vacía. Supongo que Astrid se habrá levantado más temprano, para poder salir antes de que yo despertara, mejor así.

Me lavo los dientes frente al espejo, fijándome en las arrugas que empiezan a aparecer en las comisuras de la boca, llevo los dedos junto a las orejas y estiro la piel, tensándola, mejor así, considero, en una posición ridícula, con el cepillo sujeto entre los dientes y una sonrisa plástica.
Ayer cuando entré ella dormía, o por lo menos eso parecía. Tuvo el detalle de dejar una de las luces de la mesita de noche encendida, facilitándome la vida. Me desnudé, con el mayor silencio posible, en el baño, y me metí en la cama, cubriéndome hasta el cuello. Por más que quisiese evitarlo, no conseguí dejar de contemplarla. Tal vez podríamos habernos encontrado en otras circunstancias, en otro momento.

*

Viernes, 11 de octubre [15:00]

Henri está maravillado con la presentación de Stephanie, yo estoy simplemente impresionada. Vi en detalle los análisis que ella realizó, y sé tan bien como ella, que los resultados no son buenos. El OT523 debería ser mucho mejor, debería ser óptimo, y no lo es. Y, no obstante, ella está aquí delante de los más importantes directores de la compañía, mostrando un conjunto de números, tablas y gráficos, todos hechos con rigor, y que parecen demostrar que este es el mejor fármaco de todos los tiempos. Cuando termina los aplausos son intensos, y las sonrisas están presentes en todos los rostros, incluso en el mío.
Después de responder a las diversas preguntas, Stephanie viene finalmente hasta donde estoy. Acepta una copa de champán que le ofrecen y brinda con la mía.
"¿Por qué estamos brindando?", pregunto, sabiendo que ella va a percibir la ironía.
"Por el tiempo que acabamos de ganar", responde llevando la copa a la boca y bebiendo todo su contenido de un trago.
Antes de que yo pueda responder, Henri se aproxima, felicitándola de forma efusiva.
"Felicitaciones, Margot", dice mirándome. "Vamos a iniciar el proceso de autorización, la información que tenemos es suficiente. Estoy seguro de que a principios de año haremos el lanzamiento".
"¿Cómo así, a principios de año?", pregunto sorprendida de que esté previendo un plazo tan corto para las necesarias aprobaciones.
"Los resultados son tan buenos, que vamos a pedir una evaluación rápida, creo que tenemos material para eso".
"Fantástico, Henri me alegra que hayáis acogido mi sugerencia", declara Stephanie ya con otra copa de champán en la mano.
"¿Me puedes decir qué pasa? ¿A qué viene todo esto?", pregunto, entre la sorpresa y la irritación.
"Tú sabes que los resultados en el mejor de los casos son razonables, no son fantásticos".
"¿Te acuerdas cuando te dije que los números son números, y que esa es su belleza, no cambian con las circunstancias?"
Asiento con la cabeza, recordando esa conversación nuestra.
"Pues bien, no podía estar más equivocada", concluye Stephanie, volviendo a vaciar el vaso. "Espero poder explicarte mejor dentro de algunos días, por hoy, vamos a celebrar esta pequeña victoria".
Es fácil entender lo que Eliza vio en esta mujer, pero cada vez comprendo mejor las preocupaciones de su madre, un reencuentro no puede traer nada bueno. Stephanie tiene el poder de encantar y, al mismo tiempo, de manipular lo que está a su alrededor.

Capítulo 20
Recuerdos

Sábado, 12 de octubre [19:50]

Eliza

Tengo que mantenerme ocupada, Martin pasará la noche en casa de un compañero de balonmano, y mañana irá con él directamente al partido. Por centésima vez entro en la cocina, enderezo el azucarero, alineo la cafetera, y doblo el paño, que por cierto ya estaba impecablemente doblado. Mi corazón late a un ritmo irregular, en diez minutos ella tocará a la puerta, y estará aquí. Me invade un mar de dudas, ¿qué se me habrá pasado por la cabeza para pensar que esta cena era una buena idea?

Sobresaltada por el sonido del timbre, miro otra vez el reloj, las ocho menos cinco. ¿Quién llega más temprano a una cena como esta?

"¡Stephanie!", exclamo cuando abro la puerta.

"¿Esperabas a otra persona?", cuestiona, dando un paso hacia mí para saludarme.

"No, claro que no. Entra. Quítate el abrigo, ponte cómoda. ¿Fue difícil estacionar? ¿Quieres beber algo?"

Ella ríe, y el sonido de su risa me hace retroceder más de veinte años.

"Estoy genial, Eliza", afirma, como si fuera la respuesta a lo que acabo de preguntar. "Huele bien..."

"¡Socorro! ¡Nuestra cena!", sin más explicaciones corro hacia la cocina. El pescado que está en el horno, no se quemó por los pelos. Con la ayuda de un paño saco la bandeja, posándola sobre la encimera. De hecho, huele bien, y su aspecto no se queda atrás.

Cuando consigo volver a respirar normalmente, me acuerdo de Stephanie en el salón. Cierro la puerta del horno, miro otra vez el pescado, cuando levanto la cabeza me encuentro cara a cara con ella, que, apoyada en el marco de la puerta, sigue mis movimientos.

"Disculpa, me distraje y casi se quema", me justifico.

"¡No sabía que tenías estas dotes!"

Y tantos otros, pienso sin ser capaz de contener el pensamiento.

"Acepto tu propuesta."

"¿Cómo dices?", alzo las cejas, ¿de qué está hablando?

"Una bebida. Me ofreciste una bebida, acepto."

¡Claro, una bebida! Abro la botella de vino blanco que estaba en la nevera y lleno dos copas.

"¿Brindamos por qué?", indaga, alzando su copa.

"Por los reencuentros", afirmo espontáneamente, sin sopesar el impacto de mis palabras.

"¡Por los reencuentros!", repite, llevando la copa a la boca.

Durante la primera parte de la cena la conversación se centra en temas banales, hasta que nos detenemos en BioXN y los estudios que está haciendo.

"Si me lo hubieran dicho, en aquella época, nunca lo habría creído", comento, entre dos bocados.

"¿Por qué? ¿No creías que tuviera capacidad?"

"¿Capacidad? No, nada de eso", declaro, enfrentando sus ojos, que están fijos en mí. "Nunca dudé de tus capacidades, pero no pensé que tuvieras ganas. No podría imaginar que la misionera, aquella que iba a salvar el mundo, se convirtiera en empleada de una multinacional."

"El mundo se salva de muchas maneras."

"Es verdad. Pero, tienes que estar de acuerdo, la industria farmacéutica, no siempre lucha por eso."

"La edad nos va quitando muchas cosas, pero nos da algunas a cambio, una de las que más he apreciado es la capacidad de poner los problemas en perspectiva y encontrar soluciones

alternativas."
"Podrías ser política", comento irónicamente, recordando a una Stephanie mucho más joven, con shorts y top, dejando a la vista un bonito cuerpo bronceado. En aquel entonces los ideales eran parecidos, pero la perspectiva era, sin duda, muy diferente.
"La industria farmacéutica tiene los medios..."
La interrumpo: "El dinero, quieres decir."
"También."
"Pero lo usa para hacerse cada vez más rica."
"No lo discuto, hace mucho tiempo que dejé de discutir el capitalismo y adopté, para mí misma, el lema de que si no lo puedes vencer..."
"¿Te unes a él?!", concluyo con el más sarcástico de los tonos, al mismo tiempo que aprovecho el momento para levantarme y retirar los platos.
Stephanie, encoge ligeramente los hombros, de forma discreta, pero que no me pasa desapercibida.
Vuelvo a sentarme trayendo en la mano una tarrina de helado y dos cuencos. "No es italiano", declaro sonriendo.
"No soy quisquillosa en lo que a helados se refiere", hace una pausa, y murmura bajito, "Tú lo sabes."
Minutos después es ella quien retoma la conversación en el punto exacto donde la habíamos interrumpido: "Lo que iba a decir no era que me unía a él, sino que si no lo puedes vencer, úsalo."
"No entiendo."
"La industria farmacéutica quiere ganar dinero, para eso desarrolla nuevos fármacos, el principio es loable, nuevas soluciones, más vidas salvadas."
"Vidas de quien puede pagar."
"Si no hay innovación, no salvas vidas ni de quien puede, ni de quien no puede pagar", responde, volviendo a encararme, esta vez con un semblante serio y enfocado, que no reconozco.
"¿No vas a volver a hacer misiones?", cuestiono cortando abruptamente nuestra discusión.
Stephanie, no responde y me extiende la copa para que se la vuelva a llenar. Vacío el contenido de la botella, "¿Abro otra?"
"Creo que sí", responde, brindándome con una sonrisa, esta sí, mi vieja conocida.
Nos acomodamos en el sofá, llevando en la mano las copas.
"¿No vas a volver a hacer misiones?", repito, no dejándola escapar de una respuesta.
"No sé. Hay una posibilidad, pero sinceramente, no sé. ¿Y tú?"
"¿Yo qué? Yo no voy a partir en una misión..."
"¿Ni siquiera a Australia?", interrumpe.
"¡¿Misión matrimonio?!"
"¡Misión felicidad!"
Impresionante, como siempre nos entendemos en conversaciones que a otros les parecerían completamente sin sentido.
"Cada vez sé menos si mi felicidad pasa por ahí", contrapongo, visualizando en secuencia la imagen de Caroline, del centro quirúrgico, y de nuestra última video llamada.
"¿Por Australia?"
"¡Por el matrimonio!"
"Y yo que te iba a felicitar. Durante estos últimos días hasta sentí algo de envidia."
"¿De mí?" Sin darme cuenta me bebí todo el vino. Voy hasta la mesa y vuelvo a llenar las copas.

"De lograr mantener una relación de veinte años, de tener un hijo. Me gustaría conocerlo."
"Si te quedas por aquí el tiempo suficiente, vas a tener oportunidad de conocer a Martin", declaro. En el fondo me gustaría que ella lo conociera, es una parte de mí que no existía cuando estuvimos juntas. Inmediatamente, pienso en la locura que estoy diciendo, nada de esto tiene sentido.
"¿Y Caroline? ¿Cómo es ella?"
"¿Quieres hablar de Caroline?"
"¿Por qué no? Es una cirujana brillante, eso es fácil de saber, basta leer las noticias. Pero me gustaría saber quién es la persona que conquistó tu vida."
No sé exactamente cómo es que acabamos así, pero Stephanie está sentada muy cerca de mí, demasiado cerca. Podría jurar que cuando nos sentamos, estábamos mucho más separadas.
Me detengo un momento a pensar cómo voy a responder, o siquiera si voy a responder, e, inesperadamente siento su mano tocar mi rodilla. A pesar de la sorpresa no reacciono.
"Ella no conquistó mi vida, creamos una vida juntas", acabo por proferir. "Ella está disfrutando estar en Sydney, no tengo dudas de que hace un trabajo espectacular."
"¿Eres feliz?"
"Esa es una pregunta imposible, y tú lo sabes, o yo no te conocería...", bromeo.
"En serio, ¿eres feliz?"
"Claro", respondo, sabiendo que mi respuesta es demasiado superficial frente a la pregunta. "Y tú, ¿eres feliz?"
"En parte", declara lacónicamente, sin apartar ni la mano, ni la mirada.
El tiempo no modificó la intensidad de la mirada, ni la atracción de la sonrisa.
"¿Se puede ser feliz por partes?", cuestiono más por no saber qué decir que para obtener una respuesta.
"Soy feliz trabajando, soy feliz cuando viajo, cuando como un buen helado, cuando..."
Ella no termina, pero intensifica la presión de la mano, ahora en mi muslo. Siento el cuerpo estremecer y la respiración acelerar, pero no me resisto a proseguir: "¿Cuándo?"
"Cuando estoy aquí." Deja la copa en el suelo, y acerca el rostro al mío, colocando los brazos a mi alrededor.
Sin esperar que sea ella quien tome la iniciativa, elimino el espacio entre nosotras y la beso. Un beso dulce, un juntar de labios, un sabor conocido, un deseo que se reaviva en un momento.
Ella se deja besar, envolviéndome en un abrazo que hace que nuestros cuerpos se peguen, dejándome sentir su calor, su aroma intenso.
"¡No podemos!", exclamo abruptamente, separándome.
"¿No podemos exactamente qué?", pregunta en un tono que conozco bien.
"No podemos nada. Estoy casada y amo a Caroline."
"No te estoy proponiendo que te cases conmigo."
"¡Para! Para con eso. Fue hace mucho tiempo, se acabó. La vida siguió, nuestra historia quedó atrás. Además, si te acuerdas, fuiste tú quien me dejó. Mal, por cierto."
Recuerdo su ausencia, las lágrimas, la añoranza. Fue tan inesperado, tan duro. ¿Cómo es que puedo querer besarla, después de todo lo que pasé?
"Nunca conseguí sentir el placer que tuve contigo", afirma pausadamente, como si fuera una declaración perfectamente inocua y esperable, entre dos personas que se encuentran veinte años después.
"Es mejor que te vayas.", digo, levantándome.
"No te voy a tocar, lo prometo. Solo quiero que te acuerdes. Quiero que cierres los ojos y te

concentres en las estrellas, en la arena de la playa, en el balcón de la habitación del hotel. Piensa en nuestra música, en mi boca en la tuya, en mis manos en tu cuerpo, el toque de mi lengua..."
Cierro los ojos, siento el corazón contra el pecho, y los labios secos. Mi cabeza vuela siguiendo sus palabras, el tono es suficiente para cortarme la respiración, ella lo sabe, y no dudará en usarlo. No es difícil recordar, de hecho, lo difícil ha sido intentar olvidar durante todos estos años.

Capítulo 21
La primera vez

Sábado, 12 de octubre [20:45]

Margot

Cuando llaman a la puerta de la habitación ya sé de qué se trata. Un joven sonriente entra y deposita sobre la cama un paquete blanco con una cinta dorada alrededor, marchándose enseguida.
Me sirvo un gin y lo completo con una lata de agua tónica. Me siento al borde de la cama y retiro cuidadosamente la cinta. Dentro de la caja hay un traje negro, pantalones anchos y chaqueta cruzada, un top blanco y un pañuelo de seda anaranjado que completan el conjunto.
No estoy sorprendida, porque es igual desde la primera vez que acepté la invitación a una fiesta de 'Sphere'. Cojo el teléfono y marco su número.
"Faltan los zapatos", digo manteniendo el tono lo más serio que puedo, sin siquiera saludarla.
"Hace mucho que dejé de intentarlo, sabes que nunca acierto."
Suelto una carcajada, recordando otras fiestas y otras tantas cajas con cintas doradas.
"Es verdad, pero no importa, vine prevenida", afirmo.
"Faltan más piezas de vestuario, pero esas las dejé a merced de tu imaginación." Francesca nunca pierde una oportunidad.
"Tendrás que esperar hasta más tarde y tal vez puedas verlo con tus propios ojos, o tal vez no, depende."
"¿De qué?"
"De lo que me tienes propuesto."
"¡Todo, siempre!"
Cuelgo el teléfono y me dejo perder en recuerdos. Nuestra relación se construyó a partir de este juego de seducción, desde el día en que nos sentamos en el jardín y nos perdimos en fantasías, mirando a Analise y a su pareja a través de la ventana. Aparto la caja y me tumbo sobre la cama.
Esa noche Francesca me invitó a su habitación. El pretexto era una última copa de champán, pero ni siquiera yo era tan ingenua.

§§§

Miro a la mujer que me ofrece una copa de champán, ya he bebido demasiado, debería parar. Debe de ser unos quince años mayor que yo. Con pose altiva, se sienta en el sofá y yo me acomodo a su lado.
"Analise siempre es así, deberías conocerla", afirma como si fuera una continuación de una conversación que nunca tuvimos.
"No sé por qué me quedé mirando, creo que me sorprendió."
"Creo que la explicación no es exactamente esa."
"¿Qué quieres decir con eso?", bebo un sorbo de champán, pero eso no evita que sienta los labios secos.
"Te gustó lo que estabas viendo", dice en el mismo tono, como si hablara de algo trivial.
"¿Es una pregunta o una afirmación?", indago, sin entender a dónde nos llevará la conversación.
"Era una afirmación, pero si prefieres puedo transformarla en una pregunta: ¿te gustó lo que estabas viendo?", enfatiza con una sonrisa, pasando un dedo sobre el contorno de mis labios.
Contra todas las expectativas, la conversación no me pone nerviosa, al contrario, me siento relajada y me recuesto en los cojines.
"Nunca lo había visto."
"¿Cómo que nunca lo habías visto?"

Por primera vez Francesca parece sorprendida.
"Nunca había visto a dos mujeres haciendo el amor, al menos no así." Su mirada tiene algo inquisitivo que me hace continuar hablando. "Yo estuve casada. Estuve casada con un hombre durante dos años. No fue bueno ni malo, éramos amigos y el sexo formaba parte de una rutina conocida. Nunca me cuestioné si podía ser mejor, si podía ser diferente."
"¿Cuántos años hace que te separaste?"
"Los suficientes."
"¿Y?"
"¿Y qué?" Mi pregunta es retórica y prosigo antes de que ella pueda decir algo más: "Fantaseé sola, hasta donde me atreví."
Francesca se levanta, me quita el vaso que aún tengo en la mano, se quita la chaqueta, apaga la luz del techo y se acomoda a mi lado. Con un solo dedo traza el contorno de mi rostro, los ojos, las cejas, el lóbulo de las orejas, el borde de la nariz y, una vez más, el contorno de los labios. Esta vez reacciono y los entrecierro ligeramente, lo suficiente para que el dedo se deslice dentro de mi boca. Agarro su mano con las mías y deslizo la lengua sobre el dedo, sintiendo mi cuerpo volverse más liviano, como si ya no me perteneciera.
Sus manos se deslizan sobre mi pecho, se detienen en el relieve de las clavículas, recorren cada una de las costillas. Desabrocho los botones de la camisa, la dejo caer al suelo y me doy la vuelta hasta quedar boca abajo. Sus dedos ejercen presión, recorriendo el camino desde el cuello hasta el límite impuesto por la pretina de los pantalones. Cuando ella desabrocha el cierre de mi sostén, me estremezco, como si de repente fuera consciente de lo que está sucediendo.
Francesca se aparta y yo levanto la cabeza. Junto a la cama se desnuda, depositando cada prenda delicadamente sobre la silla, hasta quedar completamente desnuda. Siento que me falta el aire y que el corazón se me acelera. Lo que más deseo en este momento es tocar su cuerpo, pero ella claramente tiene otras intenciones.
Me acerco a ella con movimientos ágiles, de quien sabe exactamente lo que hace. Desabrocha la cremallera de mis pantalones y los baja, arrastrando las bragas en el proceso.
"Es suave", murmuro, besándola.
"Es mágico", responde, atrayéndome hacia la cama, para luego agarrar con fuerza mi cadera y deslizar su cuerpo hacia abajo, pasando la lengua sobre mi piel en un camino tortuoso. Me besa el cuello, el ombligo, vuelve atrás y se concentra en mi pecho. Saborea cada pezón con tal intensidad que siento que no podré contener un orgasmo. Me aferro a sus hombros con fuerza, seguramente la lastimo con las uñas, pero eso no la disuade y continúa los mismos movimientos circulares con la lengua.
"No voy a poder...", susurro, mordiéndome el labio con los dientes, sin poder evitar un gemido.
"¿Poder qué?"
"Aguantar."
"No lo hagas."
No entiendo lo que quiere decir con estas palabras, pero no parece preocupada por dar más explicaciones. Me cubre de besos y con las manos separa mis muslos, dejándome a su merced. Estoy rendida, rendida a ella, pero sobre todo rendida al deseo que se apodera de mí sin pedir permiso.

§§§

Entro en la fiesta luciendo el traje negro que contrasta con el anaranjado del pañuelo y dejo que las miradas me sigan, hasta el fondo de la sala, donde Francesca está sentada.

Adoro las fiestas de 'Sphere'. Rápidamente comprendí los códigos, el propósito y la fascinación de estas reuniones, de forma que pude disfrutar plenamente.
Me aproximo y le doy un beso en los labios, saludando, entre piropos y bromas, a las otras mujeres que están sentadas a su lado.
"Analise, cuánto tiempo sin verte", afirmo cogiendo un vaso y mirando de forma provocadora a Francesca, que no puede contener una carcajada.
"¿De qué os reís? ¿Tengo algo fuera de lugar? ¿Una mancha?", cuestiona Analise, mirando a su alrededor, lo que nos hace reír aún más.
"Me acordé de la primera fiesta a la que fui con vosotras", afirmo, después de serenarme.
"Dejaste una ventana abierta", dice Francesca.
"¿Pillaste un resfriado?", pregunta Analise, con una sonrisa, que muestra que ya ha comprendido lo que está pasando.
"Francesca se ocupó de mí", replico, manteniendo el tono.
"Y ahí está una cosa sobre la cual no tengo dudas." Analise sigue riendo y se levanta para ir a la pista de baile.
"¿Vamos también?", me invita Francesca, extendiéndome la mano.
"Esta tarde, cuando llegó la caja y la miré, me perdí en recuerdos sobre aquella noche", comento, siguiendo el ritmo de la música en sus brazos.
En la pista, las canciones se suceden, cambio de pareja, doy vueltas con Analise, con Emma y con dos o tres mujeres más, hasta volver a los brazos de Francesca.
"Estabas bailando con la nueva secretaria de estado de economía."
"No puede ser. ¿Del gobierno francés?", pregunto, incrédula. "Era encantadora, habló mucho de arte y espectáculos, pero nada de economía, ¿estás segura?"
"Absolutamente, me reuní con ella ayer", afirma Francesca con una sonrisa, apoyando la cabeza en mi hombro, dejando que las manos se deslicen hasta el final de mi espalda, presionando su cuerpo contra el mío, lo que me hace soltar un suspiro involuntario.
"¿Nos vamos de aquí?"
No son necesarias palabras cuando entramos en la habitación, me tumbo sobre la cama, permitiendo que ella me observe mientras se quita su propia ropa.
"Has venido preparada", afirma pasando los dedos sobre la fina tela del sostén, al mismo tiempo que se inclina sobre mí para besarme.
"Sabía lo que quería", la interrumpo, aprovechando el momento para respirar antes de volver a besarla.
Francesca está tumbada a mi lado, con el cuerpo totalmente expuesto, acentuando el contraste entre el castaño de mi piel y la suya, completamente blanca. Me incorporo hasta quedar recostada sobre ella y la envuelvo en un mar de caricias, tocando sin pudor. Deslizo los dedos por sus muslos, la oigo murmurar mi nombre y acelero el movimiento. Al mismo tiempo, siento sus dedos en mí. Por un instante, somos una sola.
"¡Margot!"
Nos quedamos lado a lado, sin movernos, el tiempo suficiente para recuperar el ritmo de la respiración.
"¿Cómo fue la reunión de ayer?", pregunta, sentándose en la cama, aún desnuda.
"Muy bien. Stephanie es brillante... Lo más asombroso es que Eliza la conozca."
"¿Eliza?"
"Se conocieron hace veinte años en Cerdeña, por lo que tengo entendido tuvieron una historia. No sé mucho más, pero a Eliza no le fue muy bien y ahora se reencontraron por pura casualidad,

en el vestíbulo de mi oficina." En pocas palabras resumo lo que pasó, respondiendo a las preguntas que Francesca, curiosa, me va haciendo. En medio de la conversación me informa que es amiga de la actual jefa de Caroline en Australia.
"Tienes razón cuando dices que es una mujer inteligente", analiza, dando por concluido el tema e iniciando otro. "Estabas hablando y mencionaste a tu nueva asistente, Astrid, ¿no? ¿Cómo van las cosas? Creo que la pobre Dolores tiene derecho a irse en paz a su soñado crucero, ¿no crees?"
Francesca conoce bien a Dolores y lo mucho que dependo de ella, pero en este momento creo que sus mil preguntas buscan indagar más a fondo. ¿Acaso di a entender algo?
"No pongas esa cara, ¿sabes desde hace cuánto nos conocemos? ¿Sabes a cuántas mujeres te he visto seducir?", mientras habla, Francesca se levanta y vuelve a la cama, poniéndose una de las batas del hotel. "Puedes decir que te irrita, que no sabe hacer nada, pero el tono, el brillo que pasó por tu mirada hace unos minutos, ese no dice exactamente lo mismo."
"Ella es mi asistente. Me saca más de veinte años."
"¿Y si no lo fuera?"
"¿Qué? ¿Más joven?"
"No, tu asistente."

Capítulo 22
La primera vez

Domingo, 13 de octubre [20:10]

Eliza

Margot no fue al partido, pero nos invitó a cenar. No sé si ya se arrepintió de haberlo hecho, el avión se retrasó y acabamos por llegar a su apartamento casi al mismo tiempo que ella.
"Martin, no te tires así en el sofá, ¿al menos te duchaste allá?", le reprendo, viendo a Margot asomarse por la puerta de la cocina y hacerle una mueca. "Los dos están bien hechos el uno para el otro. Él se tira en tu sofá con las zapatillas puestas, tú dejas el bolso aquí en medio del salón..., por cierto, ¿por qué te trajiste este bolso? Es enorme."
"Tuve una cena ayer."
"Claro, tenía que ser. ¡Francesca contraataca!", bromeo. "¿Está bien ella?"
"¡De maravilla! Preguntó por ti."
"¿Cómo así, por mí?", solo vi a Francesca una vez, pero no dejé de quedar impresionada.
"Ella conoce a la jefa de Caroline."
"En Australia."
"Sí, ¿dónde más?"
Camino hasta la cocina, donde Margot equilibra varias pizzas en las bandejas del horno, intentando improvisar una cena.
"Afortunadamente no es Francesca quien es jefa de Caroline", comento dando una sonora carcajada.
"¿Todo bien con mamá C.?", pregunta Martin que debe haber oído algunas palabras de nuestra conversación.
"Todo de maravilla, ¿no te llamó antes del partido?"
"Llamó", responde elevando la voz para hacerse oír, "Me pareció agotada."
"Claro que está agotada", digo, esta vez de forma que solo Margot me pueda oír. "Por lo que entiendo, casi no pisa casa, está siempre en el hospital, o al menos cuando habla conmigo está allá", respiro hondo, me muero de ganas por un cigarrillo, pero no puedo reconocerlo aquí. Intento pensar en otra cosa y me sirvo una Coca-Cola. "En cambio, tú pareces rejuvenecida, son los aires de París, o es el efecto 'Francesca'."
"Francesca tiene sus efectos, pero también ayudó haber venido durmiendo en el avión", responde con una sonrisa que indica que algo quedó sin decir.
"¿La reunión salió bien?"
"¿Estás preguntando por Stephanie?"
"En realidad no, quería saber sobre los resultados del estudio."
No volví a hablar con Stephanie desde que salió de casa. La verdad creo que es mejor que no volvamos a hablar, no hay nada más que decir. Tuvimos nuestro momento, pasó, seguimos con nuestras vidas, no hay ninguna ventaja en estar juntas. Sé que creo en estas frases que repito para mí misma, solo no entiendo por qué al mismo tiempo siento una opresión en el pecho, como si estuviera tomando la decisión de la que ya me estoy arrepintiendo.
"Los resultados son buenos, no son de maravilla, pero son buenos, al menos esa fue la historia que Stephanie le contó a todos."
"¿Estás insinuando que está mintiendo?", pregunto asombrada.
"No, claro que no. Pero hay algo en los resultados que no cuadra, solo no sé qué."
Margot no parece con ganas de entrar en mayores detalles y el horno viene en su auxilio, cuando suena indicando que las pizzas están listas.
Durante la media hora siguiente conversamos los tres animadamente sobre el partido y el nuevo

equipo de Martin. La ansiedad pasó, y él ya está completamente integrado como si nunca hubiera jugado en otro sitio.
"¿Y el colegio? Solo te oigo hablar de goles y pases."
Sonrío, sin decir nada. La pregunta de Margot es adecuada, pero ella no se imagina en lo que se está metiendo.
"El colegio está de maravilla."
"De maravilla, ¿no, Martin? Afortunadamente los exámenes son dentro de muchos meses", no me resisto a provocarlo.
"¿Qué me estás escondiendo?", pregunta Margot inclinándose para hacerle cosquillas. Él se ríe a carcajadas como cuando era solo un niño, y con el movimiento, derrama el vaso sobre el plato dejando lo que queda de la pizza flotando en un mar de Coca-Cola.
Cuando finalmente nos limpiamos las lágrimas que nos corren por la cara de tanto reír, me doy cuenta del sonido de un teléfono que suena a lo lejos: "¡Margot, tu móvil!"
"Ahora no. Ahora quiero oír lo que este chico tiene que decirme."
"Nada especial, mi mamá siempre lo exagera todo", afirma ruborizándose.
"Puedes hablar, o vuelvo a hacerte cosquillas, sabes que no voy a desistir hasta que lo confieses todo." Margot vuelve a inclinarse hacia él, que da un salto lejos de su alcance.
"Una chica del cole me pidió ser su novio."
"¡Wow! Eso es mucho más que 'nada especial', eso es especialísimo", declara Margot, alejándose para que él se pueda volver a sentar.
No se necesita más para que Martin se pierda en un largo monólogo sobre los encantos de su novia.
El móvil de Margot vuelve a sonar, y esta vez ella se levanta y lo coge: "¿Ahora?", "¿Quieres venir aquí? ¿No puedes esperar para decirme eso mañana?", "Está bien, si crees que sí." Las frases de Margot se suceden, respondiendo lacónicamente a alguien que por lo visto insiste lo suficiente para convencerla.
"Stephanie viene para acá", declara cuando cuelga y vuelve a sentarse a la mesa, ya sin la presencia de Martin que, mientras tanto, volvió a tumbarse en el sofá.
"¿Cómo así, Stephanie viene aquí? ¿Aquí a tu casa?", pregunto, incrédula.
"Viene. Dice que descubrió algo que tiene que decirme ya. No conseguí convencerla de lo contrario. Solo nos queda aprovechar hasta que llegue."
"¡Me voy!", declaro, levantándome.
Margot me agarra por el brazo, haciéndome volver a sentar. "De eso nada, quiero saber de Martin, ¿está bien?"
"Más o menos.", digo encogiéndome de hombros y suspirando antes de proseguir, "Está genial con su novia, primer amor, ¿aún te acuerdas?", por la expresión que pasa por el rostro de Margot deduzco que los recuerdos son buenos. "Pero..."
"¿Caroline?"
"Sí. Ella le llama siempre con prisas, entre una cosa y otra, no entiende que él necesita tiempo, tiempo para hablar, aunque no diga nada relevante. ¿Qué fue lo que pasó? Él está furioso, intenta no coger el teléfono, despacha las conversaciones y ella me echa la culpa por eso. Como si los problemas fueran míos, ¡por lo menos entiende que existen problemas, algo es algo!"
Margot intenta argumentar, pero mi exasperación no me permite aceptar ningún atenuante. Lo que Caroline está haciendo no se hace.
"Tal vez ella se echó a alguien por allá", se me escapa cuando estoy intentando contrariar otro de sus razonamientos.

"¿Tú crees? ¿Caroline?"
Claramente Margot nunca había pensado en esta posibilidad. "Por qué no, ¿crees que no sería capaz?"
"Claro que sería capaz, todos lo somos. Solo creo que te adora, a ti y a Martin."
"Diría que este asunto no incluye a Martin, y a mí..., tal vez me adore, pero la distancia es implacable. No hablamos como Dios manda desde hace ni sé cuánto tiempo. Ella está allá sola..."
"Trabajando día y noche."
"Tal vez..."
Se oye el timbre y Martin abre, sin darnos tiempo de reaccionar.
"Tú debes de ser Martin", oigo la voz de Stephanie.
"Ellas están en la cocina", responde Martin, aparentemente volviendo al sofá.
"Disculpen que interrumpa su cena, pero creo que esto realmente no puede esperar hasta mañana.", afirma saludándonos a ambas con dos besos, como si nuestro encuentro nunca hubiera sucedido. "¿Qué tal fue el viaje de regreso?", pregunta fijando la mirada en Margot, que asiente con la cabeza. Debe ser mi imaginación, pero la expresión en el rostro de Stephanie cuando hace la pregunta me parece todo menos ingenua.
"Siéntate, respira, tómate una cerveza, pareces estar necesitándola." Margot va a buscar la botella a la nevera y le extiende un vaso.
"Descubrí por qué los resultados no tenían sentido."
"No tienen sentido en absoluto. Tú defendiste que sí, mostraste unos gráficos muy impresionantes, pero sabes tan bien como yo que nuestros resultados son diferentes a los de estudios anteriores. Diferentes y peores." Margot se inclina en la silla y pasa la mano sobre los rizos, ya muy alborotados, después de un largo día, yo mantengo los ojos en Stephanie, con la esperanza de que eso me ayude a entender lo que está diciendo.
"Es eso mismo. Los fármacos son los mismos, la enfermedad es la misma, la única cosa que puede estar haciendo variar tanto los resultados entre los varios estudios son las personas que fueron incluidas."
"Pero en los estudios clínicos la población está controlada, no debería haber diferencias...", intervengo.
Sin dejarme terminar el razonamiento, Stephanie suelta: "¿Sabes cuáles son los resultados si analizas solo mujeres? 40% mejores frente al control."
"¿Supongo que también analizaste solo hombres?"
"10% de diferencia con respecto al control. He ahí la respuesta para la cuestión que me incomodaba."
"¿Me estás diciendo que nuestro medicamento es útil para las mujeres, pero no tanto para los hombres?", indaga incrédula Margot.
"Más que eso, nuestro medicamento es mucho mejor que lo que ya existe para las mujeres y aún mejor si se usa en mujeres de ascendencia africana o afroamericana. En cambio, para los grupos de hombres blancos los resultados no son más que mediocres. Puede ser por cuestiones genéticas, dianas moleculares, o de metabolización, pero los números no dejan dudas."
La expresión de Margot se alteró profundamente, haciendo aparecer una arruga entre las cejas. "Tienes que dejarme reflexionar, eso puede poner todo patas arriba. Por favor, no comentes con nadie, con nadie en absoluto.
"Claro que no, ¿con quién iba a hablar?", responde con ligereza Stephanie, que obviamente ya tuvo más tiempo para reflexionar sobre la situación. "Ya me voy", afirma poniéndose de pie. Por primera vez desde que entró, la miro con atención. Tiene el pelo recogido en una trenza, y lleva

un suéter ajustado y unos pantalones anchos con bolsillos laterales, lo que la hace parecer muchísimo más joven.
"Yo también tengo que irme, mañana Martin tiene cole."
"¿No operas?", me cuestiona Margot sorprendida.
"No. Estoy castigada. Después de la discusión con Diego me sacaron de la lista. Un pulso, vamos a ver hasta cuándo. Pero, de cualquier forma, tengo que estar allá. Hay consultas y los pacientes de la planta." Encojo los hombros en un gesto que expresa mi descontento, me echo el pelo hacia atrás con las manos, para luego este volver a caerme sobre la cara cuando lo suelto. "Martin, vámonos. Date prisa."
"¿Vamos andando?", se hace oír desde el salón.
"Son quince minutos, ¿a qué viene eso ahora?"
"Estoy cansado."
"Cansado de estar ahí tumbado..."
"Yo los llevo, vine en coche", interviene Stephanie, provocando un aplauso de Martin.

*

Domingo, 13 de octubre [23:50]

Por más que lo intento, no consigo dormir. Me levanto, entro al cuarto de Martin para apagar la luz que quedó encendida. Él duerme profundamente, y sonrío. Qué bueno es tener 16 años, pienso sonriendo también. Tal vez un vaso de leche me pueda ayudar, pienso, entrando en la cocina.
Me siento en uno de los taburetes con el vaso en una mano y el móvil en la otra. Podría llamarle a Caroline, pero no me apetece, en realidad debe estar operando, y no me iba a coger de cualquier forma, me digo para mis adentros. El móvil vibra asustándome, al menos por la coincidencia de estar pensando en llamarle.
'Tu hijo es fantástico. Me hizo recordar tu sonrisa de hace veinte años. Necesito verte, ¿cenamos?'

Capítulo 23
Meret Oppenheim

Martes, 5 de noviembre [20:45]

Margot

Las últimas dos semanas pasaron casi sin que me diera cuenta, a pesar de haber pasado horas y horas hablando con Stephanie, estoy lejos de saber qué hacer con la información que me dio. Si revelamos la verdad corremos el riesgo de que nuestro medicamento no llegue a ver la luz del día. Cuántos fármacos fueron aprobados sin haber sido nunca probados en poblaciones minoritarias, cuántos no fueron probados igualmente en hombres y mujeres, y eso nunca fue un problema, claro que no, los grupos que interesaban estaban representados, los otros... Suelto el lápiz y cierro con fuerza el cuaderno, por más vueltas que le dé, por más planes que haga, no vislumbro otra solución que no sea mentir.

Un golpe seco interrumpe mis divagaciones, y casi inmediatamente, la cabeza de Astrid se asoma por la puerta entreabierta.

"¿Necesitas algo? Ya es tarde."

Poco a poco, Dolores ha estado cada vez menos presente. Miro a Astrid, que entró en la sala y se detuvo de pie frente a mí. Como siempre, viste un traje de falda y chaqueta de corte ajustado, pero hoy la falda, más larga de lo habitual, tiene una abertura que deja ver claramente la pierna cuando camina.

"Tienes razón, es tarde", confirmo, mirando el reloj. "Puedes irte, dentro de poco yo también me iré a casa", concluyo, esbozando una sonrisa y levantándome de la silla donde llevo sentada varias horas.

"¿Estás segura? Puedo quedarme, si lo necesitas."

Levanto la cabeza y clavo mis ojos en los suyos, por un momento me parece ver algo más, un brillo diferente, un gesto desconocido, pero inmediatamente, Astrid vuelve a su semblante sereno y profesional.

"No es necesario", me apresuro a decir, guardando el cuaderno y el ordenador en el maletín.

Sin decir nada más, ella se gira lentamente, y sin prisa camina hacia la puerta, pasando la mano por el cabello, en un gesto informal.

"¿Quieres cenar conmigo?" pregunto por impulso.

Ella se inmoviliza, pero no se da la vuelta.

"Disculpa, seguro que tienes otros planes. Hasta mañana", añado rápidamente.

"La verdad es que estoy muerta de hambre. Vamos a por esa cena, a menos que te hayas arrepentido de la invitación."

Astrid abre la puerta, y me mira de lado, sonriendo al mismo tiempo que hace un gesto con la mano para que yo salga delante de ella.

Bajamos hasta el garaje y nos metemos en mi coche, siendo inundadas por el sonido de Mozart que suena a todo volumen en los altavoces.

"No esperaba compañía", afirmo apagando el sonido.

"No, por favor no lo apagues, me encanta."

Astrid apoya la cabeza en el respaldo y cierra los ojos, por lo que recorremos el camino hasta el restaurante en silencio.

Elegimos la comida y pedimos un vino. Durante la cena, la conversación gira en torno a la oficina, a Dolores y a sus planes. Astrid se quitó la chaqueta, se remangó la camisa, y desabrochó algunos botones, dejando ver más de lo habitual.

Ella divaga sobre el crucero que va a hacer Dolores, bromeando, riendo y haciéndome reír. Para mí nunca es fácil estar conversando con personas que conozco poco, excepto, claro, si la

conversación es sobre trabajo, ahí siempre fluye, pero las conversaciones personales, esas son simplemente aterradoras. Me acuerdo de mi última noche con Francesca y de sus palabras: '¿Y si no lo fuera?' ¿Y si Astrid no fuera mi asistente, si no me sacara veinte años?
"¿Estás bien, Margot?"
Sorprendida por la pregunta, me doy cuenta de que me he abstraído de la conversación, "Claro, disculpa, me acordé de una amiga de París."
"¿Una amiga especial?", cuestiona, posando su mano sobre la mía.
Siento el corazón latir con fuerza, afortunadamente ella no puede oírlo, y en un gesto suave retiro la mano, llevando la copa de vino a la boca. Ante mi movimiento, ella simplemente sonríe.
"Una amiga de muchos años", respondo evasivamente. "¿Y tú?"
"¿Yo qué? ¿Quieres saber si yo también tengo amigas en París?", bromea.
"Quiero saber de ti, al fin y al cabo trabajamos juntas."
Astrid suelta una carcajada, y yo me río también, apreciando aquel rostro al que me doy cuenta de que nunca me permití mirar de verdad.
"¿Qué quieres saber?"
"¿Por qué solicitaste este trabajo?"
"Porque lo necesitaba."
"¿El qué?", vuelvo a inquirir, llenando las copas que tenemos delante.
"Cambiar de aires, de conversaciones, de personas. Necesitaba reencontrarme, y tal vez..." Astrid deja la frase inacabada y da unos cuantos sorbos al vino, no pareciendo interesada en concluir el razonamiento.
"Me acuerdo de las palabras de Dolores cuando me habló de ti por primera vez, 'tiene la personalidad adecuada', fue su comentario."
"Bendita Dolores", responde, alzando la copa en el aire. "Mujer sabia, me habría gustado conocerla mejor", añade.
"Yo trabajo con ella desde hace tantos años, y no sé casi nada sobre ella", profiero casi en un murmullo, más para mí misma que para Astrid. "¡Un brindis por Dolores!"
"No te vas a escapar de la pregunta, no voy a cometer el mismo error dos veces, tal vez sea tarde para conocer mejor a Dolores, pero, si vas a ser mi asistente, quiero saber más sobre ti." Las palabras suenan un tanto fuera de lugar, en este momento ella no es mi asistente y yo no soy su jefa, o no tendría sentido que estemos aquí cenando y compartiendo una botella de vino como esta. "¿La historia del arte es tan poco interesante que te hizo querer ser asistente de alguien como yo?", ironizo, intentando aliviar el ambiente.
"Muy bien, si quieres que hable sobre mí, vas a tener que ofrecerme algo más fuerte."
"Ya conoces mi casa. Estamos a cinco minutos, podemos ir hasta allí, te ofrezco una copa de vodka y unos lametazos de *Peanuts*, a él le gustará verte."

*

Esta vez es ella quien retoma la conversación, sin que sea necesario insistir. Sentada en el sofá con *Peanuts* acomodado a su lado y la copa en la mano, ya medio vacía, parece que por fin se ha relajado.
"Mi padre insistió en que estudiara la carrera en Berlín. No fue fácil, fui a vivir con mi abuela. Era una mujer austera, de una familia conservadora. Nada en mí le agradaba, yo no era lo suficientemente alemana, lo suficientemente inteligente, lo suficientemente guapa, y sobre todo lo suficientemente discreta."
"¿A qué te refieres?"
"Yo era diferente", responde riendo, desviando los ojos hacia sí misma.

Inevitablemente no me queda más remedio que seguir su movimiento y mirar también. La falda ahora claramente abierta deja ver la pierna casi hasta el muslo, si no fuera por la presencia de *Peanuts* que la cubre parcialmente. Los botones desabrochados de la camisa, no son suficientes para ver nada, pero mi imaginación me obliga a respirar hondo.
"Tendrías que haberme conocido en esa época, trenzas, vaqueros, tops cortos, y ombligo al aire. Es verdad, era una cría. Era una cría convencida de que podemos ser quienes somos, y aun así, no ser tomadas menos en serio. A mi abuela le horrorizaba, mi padre le daba la razón, y mi madre estaba lejos, distraída con su propia vida. Han pasado menos de diez años, y parece haber sido en otra vida. Acabé sacando la carrera, y especializándome en la obra de Meret Oppenheim. Una mujer en un mundo de hombres, el reconocimiento en vida de una obra surrealista. Ella personificaba la capacidad de exponerse, de asumirse tal como era, la vida como una utopía."
"Nunca he oído hablar de ella", murmuro entre dientes avergonzada.
"Claro que no, era una mujer. Ahora está en el MoMA de Nueva York, tal vez algún día veas su obra y te acuerdes de mí."
Como si fuera necesario para acordarme de ella, medito, sin decir nada.
"En fin, acabé la carrera, hice el máster, y me enamoré. Conocí Berlín, sus misterios y contradicciones..., ¡y vaya si es una ciudad de contradicciones!"
"¿Te enamoraste?", intervengo, obligándola a volver atrás.
"Varias veces. La vida no tiene sentido sin pasión, ¿no crees?"
No sé si está esperando que le responda o si es simplemente una pregunta retórica. Visualizo a Francesca, y pienso en mi vida amorosa, tan contradictoria como Berlín.
Vuelvo a llenar las copas, y espero que ella prosiga, lo que ocurre al cabo de unos instantes: "Me enrollé con una de mis profesoras, ella estaba casada..."
"¿Con un hombre?", cuestiono, como si eso fuera relevante.
"No, con una mujer. En fin, acabó como tenía que acabar, ella siguió con su vida y yo dejé la Universidad. Volví aquí..."
Vuelvo a interrumpir su discurso: "Y no encontraste trabajo en tu campo."
"Sí lo encontré. Vine para un proyecto en Bellas Artes. Me recibieron con los brazos abiertos, me invitaron a impartir un curso avanzado, y en poco tiempo mi vida estaba igual, igual a lo que había sido en Berlín. Estoy siendo injusta", afirma riendo, "Mi vida estaba mejor, mi abuela no estaba cerca, y aquí hay sol y mar." Se interrumpe para terminarse el líquido que aún le queda en la copa, "Pero en lo esencial todo seguía igual, volví a enamorarme y volví a quedarme sola. Un día decidí que tenía que cambiar algo, si no quería que todo continuara exactamente igual. Dejé el proyecto, cambié radicalmente de look, y empecé a buscar trabajo."
Me recuesto en el sofá, y dejo que el silencio se instale. No es un silencio pesado, es simplemente compartir un momento en el que no son necesarias palabras.
"Me habría gustado conocerte en esa época", afirmo, acariciando las orejas de *Peanuts* que se ha acercado.
"No te habría gustado. No me habrías mirado dos veces."
"¿Por qué?"
"Porque las apariencias importan", declara solemnemente.

Capítulo 24

Dejamos que las lágrimas y las risas se mezclaran

Jueves, 7 de noviembre [21:30]

Eliza

"No sé por qué acepté cenar contigo. No hay nada más que decir. El pasado es pasado, y debe quedarse donde está." Sentada frente a mí, con un suéter de cuello alto negro y el pelo recogido en una coleta, Stephanie transmite una simplicidad que está lejos de ser real. Es impresionante cómo ella consigue, siempre consiguió, tener el más simple de los aspectos y transmitir la mayor de las sofisticaciones.

Retrasé responder al mensaje todo lo que pude, encontré todas las razones para decir que no, y apenas una para estar aquí: hoy, como hace veinte años, ella me conmueve de una forma que la razón no logra explicar.

Respiro hondo, bebo un sorbo de vino, y la miro, mientras ella permanece en silencio. "La misma agua no pasa dos veces por debajo del mismo puente, tú lo sabes y yo también. Es inútil intentar fingir que el tiempo no pasó, que podemos recuperar lo que tuvimos. ¡No lo vamos a conseguir!", concluyo elevando la voz, y callándome enseguida, avergonzada por cómo se acerca el camarero que coloca en la mesa nuestros platos.

"Yo estoy casada...", recomienzo, al mismo tiempo que ella posa la mano sobre la mía, impidiéndome que agarre el tenedor, y que continúe mi discurso tantas y tantas veces repetido dentro de mi cabeza ayer por la noche y hoy durante todo el día.

"¡Buen provecho!", dice sonriendo, soltando mi mano, para poder ella misma agarrar los cubiertos.

"¡Buen provecho!", me veo obligada a repetir.

Es impresionante cómo ella tiene el don de deshacer momentos difíciles, pienso mientras saboreo el curry de camarones y la oigo explayarse sobre los resultados del estudio de Margot. No sé si no oyó nada de lo que dije, o si decidió simplemente ignorarlo, pero Stephanie parece más interesada en hablar sobre la importancia de lo que descubrió, que de cualquier asunto relativo al pasado.

"Estoy segura de que Margot va a querer obligarme a presentar los datos bajo un prisma que no es exactamente el más directo, si es que me entiendes."

"Conozco a Margot desde hace años, ella es una persona recta y honesta."

"No digo que no, pero a veces hay cosas más importantes que nuestra honestidad."

"No estoy de acuerdo."

"En este caso el precio a pagar por la honestidad puede ser privar a las mujeres de un fármaco que sería extraordinariamente útil para ellas, ¿y todo por qué?, porque para ser honestas tenemos que asumir que, por alguna razón que desconocemos, nuestro fármaco no fue fantástico para los hombres, sobre todo para los hombres de piel blanca. Y si asumimos esto, muy probablemente el fármaco no será lanzado. El precio de la honestidad puede ser no evitar la muerte de miles de mujeres negras. ¿Realmente crees que la honestidad se antepone a todo?"

A pesar de la solemnidad de las palabras, Stephanie no deja de saborear lentamente el mousse de chocolate que tiene delante, metiéndome una cucharada en la boca. Podría ser un gesto banal de amigas que comparten un postre, pero está lejos de serlo, yo lo sé y ella también.

"¿Qué vas a hacer?", pregunto limpiándome la boca con la servilleta.

"Asegurarme de que el fármaco llega a quienes se benefician de él."

"¿Y si lo descubren?"

"¿El qué?"

"Que no dijiste todo."

"Dije lo que quise decir."
"Siempre lo resuelves todo así, ¿no? Dices lo que quieres, haces lo que quieres..."
"¿Todavía estás hablando del OT523, o cambiaste de tema y te olvidaste de avisarme?"
"Como si necesitaras aviso." Si, por un lado su calma me irrita, por otro, mi cuerpo se relaja, como si hubiera una memoria muscular que me obliga a relajarme cuando todo a mi alrededor indica lo contrario.
"Me dejaste sin una explicación", suelto, sin previo aviso, tomándola por sorpresa. Su rostro cambia de expresión, y por un instante parece triste.
"Yo tenía que irme", declara, como si fuera justificación suficiente.
"Tú quisiste irte."
"Es lo que dije", responde.
"¡¿Te estás burlando de mí?!"
Stephanie aparta la silla, acercándola a la mía y coloca la mano sobre mi rodilla. "Tener y querer son sinónimos."
No digo nada, agarro la copa y la vacío, haciéndole una señal al camarero para que nos traiga más vino. Me quedo masticando las últimas palabras, tener y querer, ¡cuántas veces yo tuve que hacer exactamente aquello que no quería!
"¿Te acuerdas de cuando nos conocimos?"
"¿Es una pregunta?", replico.
"No, solo quería que visualizaras el azul del mar, el tacto de la arena caliente..."
"Ya lo veo", afirmo, sin poder evitar una sonrisa.
"En aquel entonces te conté que volvía de una misión, pero nunca te hablé de una de las personas más importantes de mi vida, Carol."
"¿Quién es Carol?", pregunto, sin entender adónde quiere llegar.
"Era una de las médicas responsables de la misión, yo era de las más jóvenes y ella de las mayores, aunque era más joven que nosotras ahora. Carol era australiana, y vivía según la convicción de que tenemos que hacer aquello que nos hace felices, que podemos tenerlo todo, y a veces, si tenemos suerte, incluso podemos tener todo al mismo tiempo, quizás no podemos tenerlo todo al mismo tiempo, durante mucho tiempo."
"Me gustaría conocer a Carol."
"Volvió a Sídney. Yo tenía miedo, durante la noche era peor, no siempre había luz. Una noche estábamos conversando, ella puso música, y me invitó a bailar. Bailamos juntas, y poco a poco me olvidé de dónde estaba, el miedo desapareció, me dejé llevar por el calor de su abrazo. Junto a mi oído murmuraba palabras sueltas, sus manos, primero apoyadas en mi cintura, bajaron. Recuerdo sentirme incómoda, no porque no quisiera, yo lo quería mucho, pero era extraño, incorrecto, inesperado. No fueron necesarias palabras, Carol seguía bailando, y bailaba bien, rozó con los labios mi oreja, y durante largos y deliciosos minutos la recorrió con la lengua, después apartó el cuerpo ligeramente, lo suficiente para que pudiéramos mirarnos a los ojos, y me dijo "Te deseo." Poco sabíamos de la vida la una de la otra, poco habíamos conversado sobre cualquier cosa que no fuera el trabajo, pero aquella noche nada de eso parecía tener importancia. Ella me deseaba en la exacta medida en que yo la deseaba a ella."
Stephanie deja de hablar, pero yo no me atrevo ni a respirar. Me quedo quieta y espero a que ella beba un sorbo de vino, sabiendo que va a continuar, sé que esta historia tiene un objetivo, pero aún no he conseguido entender exactamente cuál.
"Al día siguiente nos despertamos temprano, fuimos al hospital de campaña y no paramos ni un segundo hasta que anocheció. Vimos vidas perderse en nuestras manos impotentes para hacer lo

que fuera, sabiendo que aquellas personas en otro contexto podrían haber tenido una oportunidad. Escuchamos el primer llanto de un bebé, cuando la madre llegó junto a nosotras ya al final del parto, y dejamos que las lágrimas y las risas se mezclaran. Tumbadas en su cama, recuerdo que ya estaba amaneciendo cuando le pregunté '¿por qué?' y recuerdo su respuesta como si la hubiera oído ayer: 'Sabes Steph, yo crecí en una familia católica, conservadora, intenté ser lo que ellos querían que yo fuera, intenté vivir como creía que debía ser, hasta ver morir a un niño en la mesa de operaciones, un niño que no debía haber muerto. Le di la noticia a la madre, la vi deshacerse frente a mí, sin poder hacer nada, y en ese momento decidí que tenía un único deber en la vida, ser feliz. Yo iba a ser feliz, independientemente de que ese fuera el plan para mí, iba a tomar mis decisiones porque era lo que yo quería hacer y no porque alguien me dijera que eran las correctas. Dejé Australia, me uní a misiones por todo el mundo. Asumí públicamente que soy lesbiana, siempre lo fui y siempre lo seré, sin miedo a lo que eso pudiera significar. Perdí amigos, gané otros, pero lo más importante es que me gané a mí misma. Conocí mujeres maravillosas, me enamoré y fui feliz. Aprendí que dar y recibir placer, ya sea una única vez o toda una vida, puede ser lo más importante que se da y que se recibe de alguien. Por eso, cuando ayer te miré y te deseé, lo único que se interponía entre eso y un orgasmo, era saber si tú me deseabas de la misma manera'.'" Trago saliva, creo que entendí la moraleja de esta historia. Mi corazón late a mil, y me cuesta respirar. Echo la silla hacia atrás, me levanto, y camino en dirección al baño, sin mirar atrás en ningún momento.
Cuando escucho el chasquido de la puerta al abrirse, no tengo dudas de que es ella. Stephanie entra y echa el pestillo. Me toma en sus brazos y no dice nada. Invadida por un sentimiento de urgencia que ya ni recordaba, recorro su cuerpo con mis manos, hasta lograr abrir la cremallera de sus pantalones, hasta conseguir soltar su camisa lo suficiente para que mis manos puedan tocar sus senos, como esperaba, sin sujetador. Siento sus dedos en mi rostro y sus labios en los míos. Inconfundible el sabor de su boca. Meto la lengua entre sus labios entreabiertos y toco el interior de su boca, reconociendo un camino que un día ya fue mío.
Stephanie se deja besar, me sube la falda, y aparta mi blusa, tocándome. Antes de que tenga tiempo de hacer aquello que planeaba, ella da una vuelta en el pequeño espacio donde nos encontramos, dejándome apoyada en el lavabo. Me agarro con ambas manos a la fría encimera, y separo las piernas, quedándome a su merced. La quiero dentro de mí, quiero el placer que perdura en mi memoria. Tengo que hacer esto, pienso segundos antes de sentir el calor de su respiración, el suave toque de sus labios entre mis muslos. Anticipando mi grito, ella estira el brazo y me tapa la boca con la mano.
Apoyo los pies en el suelo y me arreglo la falda, frente a mí Stephanie, de espaldas con las manos en la pared, sabe exactamente lo que espera. Sin contemplaciones pego mi cuerpo al suyo, besándola en el cuello, al mismo tiempo que paso el brazo entre nuestros cuerpos, introduciendo los dedos dentro de sus pantalones hasta alcanzar lo que pretendo.

Volvemos a la mesa, una a la vez, manteniendo la compostura, pero sin poder esconder la sonrisa. Tengo la sensación de que, si alguien nos mirara con suficiente atención, sabría lo que pasó.
"¿Tomamos un café?", pregunta cuando se acaba el vino que aún le quedaba en el fondo de la copa.
"Mejor, si no no vamos a ser capaces de llegar a casa", bromeo, haciéndole una señal al camarero para pedir los cafés.
"El pasado quedó en el pasado, pero podemos vivir el presente."
"Estoy casada", repito, sabiendo que ya dije esta frase muchas más veces de las que debería.

"No te estoy pidiendo que te cases conmigo", responde, agarrando mi mano y llevándola hasta su boca, depositando un beso que me pone la piel de gallina.
"No quiero mentirle a Caroline, me gusta lo que tenemos juntas."
"El otro día, me dijiste que la amabas, ¿qué cambió? ¿Por qué esa transformación en 'me gusta lo de ella'?"
Nada se le pasa por alto, quizás hay cosas que el tiempo no modifica, reflexiono antes de responder. "No me parece correcto declararle amor a otra mujer justo después de este reencuentro", afirmo con honestidad.
"¿Por qué? ¿Es mentira?"
La crudeza de la pregunta me deja desarmada, la verdad es que no sé la respuesta.

Capítulo 25
Vale la pena el riesgo de herir tu ego

Viernes, 8 de noviembre [23:10]

Margot

"Sabes, realmente tenemos que decidir qué vamos a hacer. Henri está presionando, no sé si ya se ha dado cuenta de que hay algo raro o si siempre es así". Tumbada en el sofá, cubierta por mi manta favorita, hablo por teléfono con Francesca. Hay momentos en los que solo ella logra entenderme. Afortunadamente, nos las arreglamos bien con la distancia y nos hemos acostumbrado a tener estas conversaciones, cada una en su casa con una copa de champán en la mano.

"Stephanie estaba allí, sentada frente a mí en el despacho, mirando alternativamente el desorden de papeles esparcidos sobre la mesa, la pantalla del computador y a mí. No puedo decir que esté de acuerdo con ella, pero no tengo alternativa", concluyo.

"Generaliza", declara Francesca, como si esa simple palabra resolviera todos los problemas.

"¿Cómo que 'generaliza'?", pregunto sin entender adónde quiere llegar.

"¿Cuántos estudios se han basado en resultados obtenidos solo en hombres, solo en europeos o estadounidenses? ¿Y qué pasó? ¿Ves cajas de pastillas que digan 'dosis probada en hombres menores de 30 años'? No, ¿verdad? Las mujeres de 80 años las toman, ¿no? Entonces haz lo mismo, generaliza".

"No puedo, me recuerdas a Stephanie. Ni siquiera parece una propuesta tuya, la mujer de los números, la dama de la tecnología", respondo frunciendo el ceño con tanta fuerza que me duele la frente.

"Los fines..."

"Justifican los medios", completo.

"No era eso lo que iba a decir, pero eso también es cierto, al menos en algunas situaciones. Iba a decirte que los fines se alcanzarán de la misma manera. No vas a perjudicar a nadie, el fármaco no es malo para los hombres, solo es mejor para las mujeres", dice con una carcajada. "BioXN va a vender una barbaridad, se forrarán un poco más y, por una vez, beneficiamos a quienes suelen salir perjudicados".

"¿Estás segura?"

"Absolutamente. Ahora trata de convencer a Stephanie de que sea ella quien haga ese comunicado, no sé si será tan fácil".

"¿Qué quieres decir con eso? ¿Sabes algo que yo no sepa?"

*

Viernes, 8 de noviembre [14:10]

Recuerdo la llamada telefónica de anoche mientras espero que llegue Stephanie. Habíamos quedado para almorzar en un restaurante aquí en la Barceloneta, pero ya me he arrepentido, llueve a cántaros y el mar parece un largo manto gris.

Ha pasado más de media hora de lo acordado cuando la veo cruzar la puerta, completamente empapada a pesar de la chaqueta acolchada y las botas. Se sienta en la silla frente a mí y, atropelladamente, se disculpa repetidamente mientras se quita el abrigo y pide una cerveza. La escena es tan cómica que no puedo evitar reírme.

Después de la primera cerveza, parece más tranquila, va comiendo las tapas que pedimos y yo cojo valor para entrar en detalles sobre mi propuesta, o mejor dicho, sobre la propuesta de Francesca. Ella escucha atentamente, interrumpiendo de vez en cuando con algunas preguntas.

"¿Qué opinas?", pregunto finalmente, dando también un trago a mi cerveza, si no por sed, para

intentar calmarme.
Ella aparta el cabello de su rostro, saca una goma elástica del bolso que está en el suelo y se lo ata en una cola de caballo antes de responderme. "Podrían acusarnos de..."
"¿De qué?", cuestiono agresivamente.
"De manipular datos".
"No vamos a manipular nada, presentaremos lo que tenemos. Simplemente no presentamos todo. Nadie puede acusarte, probablemente si otra persona hubiera hecho este análisis, esa sería la historia y no habría nada más que decir. Es uno de esos raros momentos en los que me gustaría que la doctora Stephani Bianchi no fuera tan buena en lo que hace", bromeo, tratando de aligerar el tono.
Mi comentario da resultado y ella relaja los músculos de su rostro. "Si lo descubren, no voy a salir bien parada", responde.
"Tal vez, pero es un gran 'si'. Creo que vale la pena el riesgo de herir un poco tu ego a cambio de los beneficios que vamos a proporcionar. Si dices que el OT523 es mucho mejor para las mujeres que para los hombres, Henri no lo lanzará, estoy segura".
"Sé que no", coincide, apoyando la cabeza en las manos y escondiendo el rostro por un instante.
"Tengo una condición", declara cuando vuelve a levantar la cabeza.
¿Cómo que tiene una condición? Niego con la cabeza, pero lo hago con demasiada fuerza y veo todo dar vueltas a mi alrededor.
"¿Estás bien?".
"Un mareo, no es nada. ¿Cuál es tu condición?" No puedo dejar pasar la oportunidad de concluir esta conversación, reflexiono quedándome muy quieta con la esperanza de que todo deje de dar vueltas.
"Quiero que BioXN done el 10% de lo que facture en Europa y Estados Unidos en medicamentos para África durante los próximos 10 años".
"¿Me tomas el pelo?, ¡nunca lo aceptarán!"
"Soy buena en lo que hago, puedo lograr una excelente narrativa para respaldar los números que tenemos y los que no tenemos. Pero si vamos a contar nuestra historia, si me vas a obligar a aceptar el riesgo de un 'si', entonces será mejor que valga la pena".

*

Viernes, 8 de noviembre [17:30]

Cuando salgo del restaurante, camino lentamente hasta casa, aprovechando que ha dejado de llover. Le aviso a Astrid que no volveré a la oficina y voy directamente a casa. Tengo que hablar con Francesca. Tecleo el número y ella me contesta como si estuviera esperando mi llamada.
"Sabía que iba a poner condiciones", concluye después de que le detallo cada detalle de la conversación con Stephanie.
"¿Cómo lo sabías?"
"Digamos que he seguido su trayectoria, pero eso ahora no importa. Acepta sus condiciones, son más que razonables".
"No puedo aceptar, no tengo autoridad para eso. Tendré que proponérselo a Henri, es él quien decide. No sé qué hacer, no tengo ninguna razón que pueda presentarle para justificar la solicitud. No va a aceptar sin más donar el 10% de los ingresos".
"¿Estás segura de que no tienes otros argumentos?", pregunta Francesca serenamente.
"Es difícil hablar contigo. Desde ayer dices cosas extrañas, hablas con preguntas. ¿Puedes ser menos misteriosa y ayudarme?", le pido. La llamé en busca de soluciones, no para jugar a las

adivinanzas. "No puedo decirle a Henri: 'Mira, si quieres lanzar tu fármaco, tendrás que hacer lo que quiere la doctora Stephanie' ".
"Puedes recordarle el estudio de Milán".
La respuesta me sorprende tanto que miro el teléfono como si fuera posible ver su rostro. "¿Lo dices en serio?", es todo lo que logro pronunciar.
"Sí. Henri va a lanzar el OT523 y se jubila, es su último gran logro. Estoy segura de que no querrá manchar una carrera de 40 años con algo que sucedió hace más de 10 años. Ve de frente, dile que tienes los resultados, pero que necesitas que él acepte la donación. Él te dirá que no y tú le recuerdas Milán. Hazme caso, no dudará".
"Dame un minuto, ya te vuelvo a llamar".
Cuelgo el teléfono aprovechando para intentar asimilar la información antes de devolver la llamada a Astrid, que ya ha llamado tres veces.
"Disculpa la insistencia, Margot, pero me preocupé. Saliste a almorzar, enviaste un mensaje diciendo que ya no vuelves, ¿estás bien?" El timbre de su voz es siempre tan suave que por sí solo tiene el don de calmarme.
"Vine a trabajar a casa, tenía unas llamadas que hacer".
"Te has dejado el ordenador aquí, ¿no lo vas a necesitar?"
"Ostras, ¡se me había olvidado por completo!" Lo voy a necesitar, claro, tengo que preparar la presentación para la reunión del lunes. "No te preocupes, mañana paso por ahí", concluyo mirando el reloj.
"Si quieres, te lo llevo a casa".
Rechazo la oferta de inmediato, no tiene sentido que venga hasta aquí a traerme el ordenador, y además, es viernes.
Cuelgo y vuelvo a marcar el número de Francesca.
"Debe ser importante, pareces inquieta", declara riendo.
"Era Astrid".
"Ya veo".
"¿Qué es exactamente lo que ves?", le pregunto molesta.
"El porqué de tu agitación".
"Me he dejado el ordenador en la oficina, se ofreció a traérmelo".
"Qué detalle, necesito una asistente así", la ironía de Francesca me desarma y me hace reír.
"Yo le he dicho que no, pero ella insistió y realmente necesito el ordenador".
"¿Solo el ordenador?"
"Déjalo ya, yo no soy como tú".
"¡Por suerte!", exclama con una carcajada. "Pero podrías haber aprendido algo de mí. ¿A qué esperas? ¿Sabes cuántas veces me has hablado de tu asistente en las últimas semanas?"
"Es una buena asistente", bromeo, siguiéndole el juego.
"Dolores era una excelente asistente y en años y años no recuerdo haberte oído hablar de ella ni la mitad. Creo que Astrid tiene otros encantos, solo que no entiendo por qué dudas tanto".
"Ya te lo dije..."
"Ya sé: es tu asistente. Solución: despídela".
"Me saca más de veinte años."
"Yo te saco muchos más".
Francesca sería capaz de continuar horas con una conversación como esta, pero una cosa es cierta, en menos de dos horas, Astrid estará llamando a mi puerta.

Capítulo 26
Llegaste temprano

Viernes, 8 de noviembre [19:10]

Eliza

Frente al armario intento decidir qué voy a ponerme. Después de la noche en el restaurante no volvimos a estar juntas. Yo tuve que quedarme hasta tarde en el hospital, Stephanie está ocupada intentando convencer a Margot con sus argumentos, y para ser sincera, yo necesitaba tiempo para poner en orden mis pensamientos. No es que lo haya conseguido, pero al menos hice una lista de todo lo bueno y lo malo que este reencuentro puede traer.

Hoy intenté varias veces hablar con Margot, necesito estar con ella. Lo curioso es que en uno de mis intentos fue su asistente quien contestó, simpática y agradable. Creo que al final Dolores no es insustituible, me digo a mí misma sonriendo frente al espejo.

Elijo un vestido que no uso hace años y escojo cuidadosamente ropa interior nueva. Con la ropa en la mano me dirijo al baño y abro el grifo. Me quito el suéter y oigo el timbre de la puerta. Solo puede ser la vecina de enfrente. Esta mañana dijo que ya habían arreglado el aire acondicionado y que me traería la estufa que le presté la semana pasada. A grandes zancadas camino hasta la puerta, descalza, poniéndome rápidamente una camiseta sin sujetador.

"¡Stephanie!", exclamo, sin poder contener el asombro al verla parada en mi puerta.

"La puerta de abajo estaba abierta", dice riendo, dando un paso dentro del piso y cerrando ella misma la puerta, mientras yo sigo paralizada. "Estás preciosa", afirma quitándose el abrigo y besándome en los labios.

"¡El agua!", exclamo interrumpiendo el beso.

"¿Qué agua?"

"El agua de la ducha que iba a darme, he dejado el grifo abierto", explico caminando hacia el baño, sin evitar que ella me siga.

"No lo apagues", dice tomándome de la mano cuando yo ya me dirigía hacia el grifo.

Vuelve a besarme, y en un abrir y cerrar de ojos se desnuda, quedando completamente en cueros frente a mí. Es inevitable que yo haga lo mismo. Con los cuerpos pegados, dejamos que el agua caliente caiga sobre nuestras cabezas. Con los ojos cerrados, y sorda por el ruido del agua, cada toque tiene una intensidad imprevisible. Stephanie extiende una capa de espuma sobre mi piel, escribiendo palabras que inmediatamente se disipan con la fuerza del agua. Me había olvidado de este lado infantil suyo, tan dulce como su sonrisa, tan inocente como su capacidad de entregarse. Esta vez soy yo quien manda, y sin preámbulos me dejo caer de rodillas frente a ella. Siento sus manos en mi pelo y me doy cuenta de que se ha recostado en la pared, rendida, incluso antes de que yo haya empezado. Acerco mis labios y saboreo su perfume, percibo su sabor, y mezclo lágrimas con las gotas de agua que caen del techo. La intensidad de mis gestos aumenta progresivamente, clavo las uñas en la piel de sus muslos, afianzándome para ir cada vez más hondo, cada vez más fuerte. Hay cosas que no olvidamos, el placer que siento con ella es una de ellas. Tal vez el puente no sea el mismo, tal vez el agua del río sea otra, pero la intensidad, esa es seguramente igual.

"¡Liza!", la oigo gritar con todas sus fuerzas, segundos antes de sentir todos sus músculos contraerse y luego relajarse, haciendo que se deje caer en el suelo a mi lado. ¡Hace una eternidad que nadie me llamaba así! La cabina no es muy grande, pero tiene espacio suficiente para que podamos estar sentadas. Tenemos las piernas entrelazadas, los cuerpos unidos, y los labios pegados. Sus dedos recorren mi cuerpo, sabiendo el camino correcto, los puntos de parada y aquellos donde manda la velocidad. Aparto las piernas tanto como el espacio me lo permite, y ella corresponde, penetrándome. Como leyendo mis pensamientos, ella retira los dedos y me da

un momento para recomponerme, volviendo a repetir el movimiento una y otra vez, hasta que ya nada es capaz de detener mi orgasmo.

*

Viernes, 8 de noviembre [21:30]

"Llegaste temprano", digo con ironía cuando más de dos horas después nos sentamos en la cocina a cenar.

Al final desistí del vestido negro, y me puse unos vaqueros y una camiseta. Stephanie volvió a ponerse sus pantalones negros, pero aceptó una de mis camisetas, aunque le va dos tallas grande.

"Venía a ayudarte a preparar la cena. Dijiste que Martin estaba en casa de tus padres, pensé que te vendría bien un poco de apoyo", afirma con el tono más serio.

No puedo evitar pensar que ella premeditó la situación, pero tal vez sean imaginaciones mías. Sacudo la cabeza y no respondo. "¿Has visto a Margot? He intentado hablar con ella durante todo el día y no lo conseguí. Luego me atendió Astrid diciéndome que estaba reunida contigo."

"Astrid...", deja las palabras flotar en el aire y no completa la frase, sacudiendo su pelo mojado.

"¿Qué pasa con Astrid?", pregunto sorprendida por la interjección. Esperaba que me hablara de Margot y no de la asistente.

"Tal vez no seamos las únicas que cenemos esta noche."

"Puedes dejar los acertijos, no entiendo nada. ¿Al final Margot está bien o no? ¿Han decidido qué van a hacer con el estudio? ¿Y qué pasa con Astrid? Me imagino que Margot le debe estar haciendo la vida imposible."

"Depende de lo que entiendas por imposible. Creo que Margot descubrió que cambiar de asistente puede tener sus ventajas."

"¿Estás de coña? ¿¡Margot y Astrid?! Venga ya", respondo, dejando de comer.

"Tal vez debas actualizar tu repertorio de sueños, creo que te estás quedando desfasada."

Durante el resto de la cena, Stephanie me cuenta en detalle su conversación con Margot, las exigencias que hizo y lo que espera que pueda pasar. Sin poder olvidar las insinuaciones sobre Astrid, la bombardeo a preguntas, percibiendo que no me va a contar nada, si es que realmente sabe algo. Mañana tendré que interrogar a Margot, me digo.

Vamos al salón con dos cervezas en la mano y nos sentamos en el suelo, sobre los cojines esparcidos en la alfombra, ambas descalzas, como tantas otras noches.

Suena mi teléfono, interrumpiendo un momento en que nos estamos partiendo de risa por otro comentario sarcástico sobre la pobre Margot. Me levanto y cojo el móvil apoyado en el sofá: 'Caroline'. Miro fijamente a Stephanie, que sigue mis movimientos con la mirada y que por mi expresión debe haber entendido de qué se trata.

"Contesta", susurra, levantándose y saliendo del salón hacia los dormitorios, con su cerveza en la mano, como si estuviera en su casa.

"¿Cómo estás? Por un momento pensé que me habías cambiado por otra", la voz de Caroline suena alegre y la oigo reír mientras pronuncia estas palabras. No consigo responder, se me hace un nudo en la garganta y me tiemblan las manos.

"¿Estás ahí? ¿Me oyes?", insiste.

"Claro. Está todo genial, Martin se quedó en casa de mis padres con la excusa de estudiar, pero ya sabes cómo es, se tirará jugando hasta tarde."

"Mejor así, puedes descansar o podemos conectar las cámaras y, quién sabe..., no descansar."

Me invade un ataque de pánico, siento el corazón latir desacompasado y me sudan las manos. "Estoy cansada", es todo lo que alcanzo a decir, esperando que sea suficiente.

"Qué pena, tenía planes para nosotras. Hoy no es tan tarde, ¿no? Puse el despertador una hora

antes, con la esperanza de poder..."
"¿De poder qué?", interrumpo, irritada. "¿De poder tenerme aquí disponible para tus ganas, para los diez minutos que consigues tener para nosotras en tu ajetreado e importante día?"
Sé perfectamente que no se lo merece, pero eso no me detiene.
"¿Ha pasado algo?"
"Ha pasado que estás al otro lado del mundo, y ha pasado que tienes un hijo."
"Hablé con él ayer."
"¿Hablaste con él? ¿Conversaste con él? ¿Sabes que tiene novia, que lo han convocado para el próximo partido, que tiene un dolor molesto en el tobillo izquierdo? ¿Sabes que no duerme por las noches y se despierta gritando con pesadillas como cuando era pequeño? ¿De qué hablaste con él?" Hago las preguntas a gritos, una tras otra, con la simple intención de herirla.
"¿Tú estás bien?"
"¡De maravilla! No finjas que esta conversación es sobre mí, no le des la vuelta, no soy yo quien tiene problemas, la frágil Eliza que puede deprimirse, yo estoy genial."
La llamada dura unos minutos más hasta que cuelgo abruptamente. Me quedo sentada en el sofá, encojo las rodillas y me las abrazo, escondiendo la cabeza entre ellas.
No sé cuánto tiempo pasa hasta que siento la mano de Stephanie apoyada en mi hombro.
"Anda, vamos a la cama, si Martin va a dormir fuera, yo me quedo."
Típico de ella, ha tomado el control de la situación. Me encojo de hombros y la acompaño, en el fondo quiero que se quede, solo me habría gustado ser yo quien lo propusiera.
"Las cosas no van bien entre vosotras, ¿verdad?", pregunta, tapándonos con el edredón y pasando el brazo sobre mi pecho.
"¿Se nota mucho?", cuestiono con sarcasmo.
"Las relaciones a distancia nunca son fáciles."
"Hablas por experiencia, ¿no?"
"Yo soy el peor ejemplo."

Capítulo 27
Ser mujer es difícil

Viernes, 8 de noviembre [21:00]

Margot

Astrid va comiendo con evidente satisfacción el plato de espaguetis que conseguí improvisar para nuestra cena. No puedo comer, no sé si por las tapas del almuerzo, o por la inquietud que siento y que parece haberme revuelto el estómago. Intentando relajarme, voy bebiendo el vino que elegí cuidadosamente antes de que ella llegara. Por el traje oscuro y los zapatos de tacón alto, supongo que ha venido directamente de la oficina.

"No hacía falta que vinieras, pero te agradezco no tener que ir a la oficina mañana, gracias. Seguramente..."

"No me vas a volver a decir que 'seguramente tienes algo mejor que hacer', o 'alguien esperándote', ¿verdad?", dice con incomodidad, mirándome con una expresión que no conocía, marcando una arruga entre las cejas.

"Disculpa, no era mi intención invadir tu vida privada", afirmo rápidamente, llenando la copa y vaciándola enseguida, sorprendida por la vehemencia de las palabras.

Astrid suelta los cubiertos y pone la mano sobre mi brazo, es la segunda vez que hace este gesto, y la segunda vez que mi corazón se dispara: "Me gusta estar contigo. No hay otro lugar u otra persona con quien quisiera estar más hoy", declara solemnemente, para luego retirar la mano y soltar una carcajada: "¿Y tú? ¿Nadie con quien pasar la noche del viernes? ¿Ni tu amiga de París, ni otra amiga aquí más cerca, tal vez aquella con la que fuiste a cenar el otro día?", me provoca, en una clara alusión al día en que le pedí que hiciera una reserva en el *Moments*.

"¿Qué es lo que quieres saber?", indago, sabiendo que no estoy preparada para decirle nada.

"Lo que quieras contarme."

"Déjame abrir otra botella", declaro, levantándome y yendo a la cocina.

A medida que hablo sobre el hospital de París, sobre la invitación para trabajar en la industria farmacéutica, y cómo eso me hizo cambiar de rumbo, voy bebiendo mucho más de lo que sería prudente. Astrid va interviniendo aquí y allá hasta obligarme a cambiar de tema.

"El otro día dijiste que te habías estado casada y te habías divorciado."

"Hace un millón de años", respondo, recordando en mi cabeza la imagen del joven Simon.

"¿Y después?"

"¿Después, qué?"

"¿No hubo nadie más? ¿No hay nadie más?"

No estoy preparada para poder responder. Por más que me gustaría tener el valor, sólo digo: "Algunas personas, nada importante. Adoro mi trabajo, y ya sabes, no queda mucho tiempo." En realidad, soy muy hipócrita, después de todo lo que ella compartió.

Antes de que ella consiga seguir con su línea de interrogatorio, siento un mareo, y corro al baño de mi habitación. Pongo las manos en el borde del inodoro y vomito violentamente, sintiendo espasmos fuertes en el estómago y el ácido quemándome la garganta. Cada vez que intento ponerme de pie, las náuseas me invaden y vuelvo a vomitar. Astrid debe haber venido detrás de mí, y sin decir nada, me pasa una toalla mojada.

Cuando salimos, ella me lleva hacia la cama, ayudándome a quitarme los zapatos, no sé qué decir, entre el malestar y la vergüenza, sólo quisiera que ella se fuera, que todo a mi alrededor se esfumara.

Respiro hondo y bebo el vaso de agua que ella me alcanza, dejándome caer hacia atrás sobre las almohadas.

"No te imaginas lo que es ser una mujer negra en este mundo." Digo con las lágrimas corriendo,

sin poder contener los sollozos. "Es todo mil veces más difícil. '¿De dónde eres?', '¿Cómo conseguiste llegar hasta aquí?', '¡Es fantástico para alguien como tú!' No te imaginas las veces que he querido tirarles algo a la cabeza, las veces que he querido rendirme."
"Ser mujer es difícil. Ser una mujer diferente a la mayoría, sea en el sentido que sea, es mil veces más difícil. En una cosa tenían razón, eres una mujer fantástica, no por ser negra, sino simplemente por ser tú."

*

Sábado, 9 de noviembre [5:10]

Me despierto sobresaltada, por la ventana veo la oscuridad de la noche y el brillo del reflejo de las luces de la calle. Instintivamente miro el reloj. Sin poder ver con nitidez en la penumbra, estiro el brazo buscando su cuerpo, el lugar a mi lado está vacío.
En un movimiento brusco me incorporo y enciendo la luz. ¡¿Cómo se ha ido sin decir nada?! Esto ha sido un error, un enorme error, reflexiono, mientras camino hasta la cocina. Nunca debí dejar que las cosas llegaran hasta aquí. Bebo un vaso de agua y me tomo una pastilla, me duele la cabeza. Abajo algunos madrugadores salen a correr, dentro de poco va a amanecer. Me acabo el agua y respiro profundamente intentando poner en orden mis pensamientos, tengo que poner fin a todo esto, y todo es todo.
Me tumbo en la cama, pero sé que no voy a poder dormir, me gustaría hablar con Francesca, pero es muy temprano o muy tarde, según cómo se mire, de cualquier manera tendré que esperar. Cojo el móvil, apoyado sobre la mesilla de noche, una señal en la pantalla indica un mensaje: 'Astrid'. Lo dejo a un lado, sin mirar de qué se trata. Nada de lo que pueda estar escrito va a cambiar mi decisión.

*

Lunes, 11 de noviembre [08:50]

Al no poder enfrentarme a ir a la oficina, le avisé a Dolores que no me encontraba bien y que me quedaría por lo menos hoy y mañana trabajando desde casa. Como siempre, ella no hizo preguntas, y aun siendo domingo, me respondió de inmediato, diciendo que le daría la información internamente y que estaba a mi disposición para todo lo que pudiera necesitar.
Ya casi es hora de empezar la reunión por videoconferencia que he programado con recursos humanos, no va a ser fácil pero hay que hacerlo.
"Buenos días, Rachel", la saludo con mi mejor sonrisa, con la esperanza de que eso ayude.
"Tienes mala cara, Dolores me dijo que estás enferma."
No habría sido necesario, pero esta mañana usé un poco de maquillaje para acentuar las ojeras, si voy a mentir, al menos que lo haga con convicción.
"Nada grave, debe ser gripe. Tengo un asunto que no puede esperar. Antes que nada quería pedirte disculpas..."
"Disculpas ¿por qué, exactamente?", cuestiona, manteniendo el semblante serio.
"Me advertiste que debías ser tú quien eligiera a la persona que vendría a sustituir a Dolores, y yo no quise escucharte, mi error."
"¿La nueva chica está dando problemas? Ya me lo imaginaba...", comenta abriendo una sonrisa que delata su satisfacción con el rumbo de la conversación. "Creen que basta con tener una cara bonita y un nombre extranjero. ¿Qué quieres hacer?"
"Cambiarla de departamento. Podemos, ¿no?"

"Podemos despedirla, estamos en el periodo de prueba. ¿Quieres hacerlo ya? ¿Tienes a otra persona para el puesto?"
"No, no la despidas, simplemente transfiérela. Cuanto menos prolonguemos la situación mejor para todos. Habías mencionado algo sobre una transferencia interna..."
De un momento a otro Rachel adopta la postura de mi mejor amiga, se deshace en elogios sobre cuánto le hago falta a la empresa, y cómo Dolores y Henri ya deberían haberse jubilado. Me habla de sus varias opciones para el puesto de asistente, como si el asunto le preocupara tanto como para haberse dedicado a él durante largas horas. Al final de la reunión concluye que la elección acertada es una de las asistentes del propio departamento de recursos humanos, estará a mi servicio cuando regrese.
Cuando cuelgo estoy exhausta y no sería necesaria la ayuda de ningún tipo de maquillaje para que mi cara tenga un aspecto pésimo, reflexiono borrando, sin leer, los más de diez mensajes que Astrid me envió.

Capítulo 28
Eso nunca la detuvo

Lunes, 11 de noviembre [15:45]

Eliza

Toco el timbre y Margot abre la puerta sin preguntar nada. Deduzco que no espera a nadie más a esta hora. Es como mínimo inusual que quedemos para tomar un té en su casa un lunes por la tarde. Subo los escalones despacio, debería haber preguntado algo cuando hablamos ayer, su voz sonaba extraña, pero al mismo tiempo yo estaba tan absorta en mis propias historias que no tuve espacio para nada más.

"Tienes un aspecto horrible", afirmo tajantemente dándole dos besos.

"Gracias. Tú tienes un aspecto radiante", me responde con ironía, apartándose para dejarme pasar. "El equipo de Martin perdió el partido de ayer, hablé con él por teléfono, estaba desolado. Que yo sepa Caroline no ha vuelto de la tierra de los canguros, y, como estás aquí a esta hora deduzco que no has vuelto a operar. Por lo tanto, o te ha tocado la lotería, o..."

"Antes de hablar de mí, vas a decirme qué te pasa. ¿Qué estás haciendo en casa a esta hora, a ti también te han castigado?"

La sonrisa desaparece del rostro de Margot, y casi podría jurar que veo una lágrima.

"¿Te acostaste con ella?", me parece oírla murmurar.

"¿Cómo lo sabes?", respondo sorprendida.

"¿Cómo sé qué?", cuestiona Margot.

No entiendo nada, pienso sacudiendo la cabeza, ¿habré oído mal? "Dije que sí, que me acosté con ella, ¿qué es lo que preguntaste tú?"

Es su turno de sacudir sus rizos, al mismo tiempo que levanta la ceja, en un gesto que le es característico.

La verdad es que siento que voy a explotar si no se lo cuento a alguien.

"No sé qué decirte", es todo lo que Margot verbaliza, después de escucharme.

"Dime que lo más importante es que seamos felices", respondo de inmediato.

"No puedo. No puedo porque acabo de tirar por la borda una de las mejores cosas que me han pasado en los últimos años."

"¿Estás hablando de Astrid?"

"Pedí que la transfirieran, o que la despidieran, lo que sea."

"¡No!"

"¡Sí!"

"¿Por qué?"

"Porque no soy capaz de mirarla a la cara, después de lo que pasó."

"¿Qué es lo que pasó?", indago sorprendida, cambiando de posición en el sofá para poder abrazarla.

"No pasó, pero podría haber pasado de todo. Yo quería que pasara, y eso es suficiente", concluye, después de describirme la venida de Astrid al apartamento el viernes.

Durante algún tiempo ninguna de las dos dice nada, hasta que yo rompo el silencio: "¿Y ella?"

"No sé, no volvimos a hablar. Me dejó varios mensajes en el móvil."

"¿Y qué decían?" Margot puede ser exasperante en estas conversaciones, pienso respirando hondo y volviendo a cambiar de posición, esta vez para alejarme de ella.

"No sé, los borré sin leer. Tampoco cogí las llamadas y no voy a cogerlas. Puede ser que cuando Rachel la despida se dé cuenta de que debe desaparecer para siempre de mi vista."

Margot se levanta, se pasa la mano por la cara y por el pelo, y camina hacia la cocina, abriendo la nevera y sacando dos cervezas. "Creo que cambiamos el té por una cerveza, yo lo necesito, y

además ya es una hora decente para que podamos beber, ¿no?"
"En Australia seguramente", respondo agarrando la botella.
"¿Qué vas a hacer?"
"Fumar un cigarrillo", respondo instintivamente.
"Habla en serio."
"Yo también, no hay nada que me apetezca más ahora que un cigarrillo."
"Bebe la cerveza, y cuéntame."
"¿El qué? Ya te lo he contado todo", responde, llevándose la botella a la boca y bebiendo parte de su contenido.
"No quiero saber todo, creo que después tendría dificultad en concentrarme cuando mirase a Stephanie para hablar de estudios y medicamentos", responde con una carcajada que me contagia. Es bueno saber que no ha perdido el sentido del humor. "¿Cómo vas a gestionar esta situación?"
"¿Me estás preguntando por Caroline, es eso?"
"También."
"Imagino que su vida por allá está mucho más excitante de lo que ha sido la mía", hago una pausa por un momento y añado, "Al menos hasta la semana pasada."
Por tercera vez mi teléfono suena, pero el sonido se extingue antes de que logre alcanzarlo. De inmediato otro toque, esta vez es el de Margot. Lo busco entre los cojines del sofá, y escucho los pasos de Margot acercándose, mientras responde a alguien: "Sí, está aquí. Voy a pasársela, después hablamos."
"Quiere hablar contigo", dice extendiéndome su móvil.
"¿Quién?", pregunto extrañada, ¿será mi madre? ¿Habrá pasado algo?
"Stephanie", murmura, antes de que coja la llamada.
Cuelgo pocos segundos después, el mensaje es simple y lleno de urgencia, necesita hablar conmigo, va a ir a mi apartamento dentro de media hora. No son precisas justificaciones para saber que algo grave sucedió, este es uno de esos momentos.

*

Lunes, 11 de noviembre [17:30]

La espero en la calle, caminando de un lado a otro, impaciente, hasta que por fin veo el coche acercarse y aparcar justo a mi lado. Sin capacidad de esperar el tiempo que nos llevaría subir a casa, abro la puerta y me siento a su lado en el coche.
"¿Qué ha pasado?"
Stephanie tiene la cara marcada, no esconde que ha estado llorando. Se desabrocha el cinturón de seguridad, se inclina y me abraza, sollozando convulsivamente. No sé qué decir o qué hacer, más que acurrucarla, apretándola contra mí.
"Ella murió. Anna murió."
Me doy cuenta de que es la primera vez que dice su nombre: 'Anna'. La mujer de la que tuve tantos celos, el rostro que nunca olvidé, se llama Anna y está muerta. Sin poder contenerme dejo que las lágrimas me corran por el rostro.
Poco a poco ella se va calmando, lo suficiente para permitirnos salir del coche y subir a casa. Instintivamente, caminamos hasta el dormitorio y nos tumbamos sobre la cama. Vuelvo a abrazarla, esta vez en un gesto más tranquilo, que busca simplemente decir que estoy aquí para lo que ella necesite. Stephanie respira profundamente, pero no dice nada, como si el silencio formara parte de su dolor. Por más preguntas que tenga, sé que tendré que respetar, llegará el

momento de poder conversar. Poco a poco su respiración se vuelve más pausada, la miro, se quedó dormida.
Me levanto con cuidado para no despertarla y me siento en el salón, sin saber qué pensar. ¡Anna murió! ¿Qué significará eso en mi vida? Creo que la respuesta es tanto más difícil en la medida en que no sé lo que significa tener a Stephanie de vuelta en mi vida.
Ni diez minutos pasan antes de que mis pensamientos se vean interrumpidos por el ruido de una llave girando en la cerradura. Me levanto apresuradamente, agarrando la puerta y asustando a Martin: "¡Disculpa! No hagas ruido", pido, dejándolo con cara de asombro.
"Una amiga mía, Stephanie, ¿te acuerdas? La conociste en casa de Margot, nos llevó en su coche."
"Claro", responde sin cambiar la expresión del rostro.
"Está durmiendo. Está en mi cuarto. Una amiga suya acaba de morir y vino para acá, no estaba bien, y acabó por quedarse dormida", enuncio sabiendo que mi explicación está lejos de ser esclarecedora.
"Está bien. Yo voy a mi cuarto, tengo que estudiar", dice dándome un beso y recogiendo la mochila que había dejado en el suelo. "Ah, mamá C. llamó hoy a la hora del almuerzo. Estaba rara, ¿está todo bien con ella? Empezó a preguntar cosas, si yo tenía alguna novedad que contarle, que estaba muy orgullosa de mí, me pareció extraño. Tienes que hablar con ella", concluye inmediatamente antes de cerrar la puerta del cuarto.
Es verdad, tengo que hablar con Caroline, si al menos supiera qué decirle...
Me quedo por un instante de pie en medio del salón, sorprendiéndome cuando me giro y me encuentro con Stephanie, parada en el pasillo de acceso a los cuartos.
"¿Martin te despertó?"
"No, ya estaba despierta cuando él entró, pero pensé que era mejor que no nos cruzáramos."
"¿Te sientes mejor? Ven, sentémonos en la cocina. Prepararé un té, él va a quedarse en el cuarto durante algún tiempo."
"La madre de Anna me llamó. El corazón le estaba fallando, hace algunas semanas entró en insuficiencia hepática, probablemente tenía otras lesiones no solo en los riñones. Si al menos yo hubiera..."
"¿Hubieras qué? ¿Adivinado?"
"El diagnóstico estaba justo frente a mí y no lo vi. Podría haber empezado el tratamiento antes, y tal vez ese tiempo hubiera hecho la diferencia."
"Por lo poco que sé creo que Anna vivió la vida que quiso vivir, y dejó el mundo mejor por lo que hizo. Es verdad, pagó un precio elevado, demasiado elevado, pero no pienses que podrías haber hecho algo diferente. No podías, no fuiste tú. Las circunstancias eran las que eran, y ella sabía perfectamente los riesgos que corría."
"Eso nunca la detuvo", me interrumpe Stephanie, otra vez con las lágrimas corriendo.
"Ella no quiso compartir la enfermedad contigo, tal vez pensaba que tu misión era otra, era salvar otras vidas, deberías respetar su deseo." Remuevo el té con la cuchara intentando hacer que se enfríe, al mismo tiempo que el gesto mecánico me serena.
"Voy a Londres", declara, llevando su taza a la boca.
"¿Cuándo es el funeral?"
"Pasado mañana."
"¿Quieres que vaya contigo?", pregunto, sin medir las consecuencias.
"¿Y Martin?"
"¿Qué pasa conmigo?", cuestiona él mismo entrando en la cocina a tiempo de oír las últimas

palabras de Stephanie.

Capítulo 29
Vamos a avanzar

Miércoles, 13 de noviembre [7:30]

Margot

Si dependiera de mi voluntad, me habría quedado en casa los próximos meses, pero sé que ese es un lujo que no me puedo permitir. Están pasando muchas cosas y necesito estar aquí, es lo que me repito a mí misma mientras recorro los pasillos aún vacíos.

Me detengo un momento frente al escritorio de Dolores: está vacío. Creo que en el fondo esperaba encontrar a Astrid sentada aquí, sé que es la más profunda de las contradicciones, le pedí a Rachel que la sacara de aquí y ahora..., ahora la echo de menos. Sacudo con fuerza la cabeza y, a paso rápido, camino hasta el despacho cerrando la puerta.

No han pasado ni diez minutos de las nueve cuando me sobresalta una voz que no reconozco, y alguien que abre la puerta.

"Buenos días, soy la nueva asistente. ¿Puedo traerle un café?"

"Buenos días", respondo secamente, levantando apenas los ojos y mirándola por encima de las gafas. Es una mujer de unos 30 años, muy delgada, rubia platinada, igual a tantas y tantas otras con las que me he ido cruzando en esta oficina a lo largo de los años. "No, gracias. Por favor, no me pases llamadas, necesito terminar lo que estoy leyendo".

"Me gustaría presentarme. Rachel..."

"Creo que no has oído lo que acabo de decir, necesito estar sola. Vete, por favor.

"Pero Rachel me pidió...", insiste deliberadamente, manteniendo una sonrisa que me desconcierta.

"¡Fuera!", grito poniéndome de pie.

Vuelvo a sentarme, me quito las gafas, me froto los ojos y paso distraídamente la mano por el pelo que, con voluntad propia, se empeña en no quedarse donde quiero. A duras penas vuelvo a concentrarme en el informe que Stephanie me envió hace ya algunos días y que aún no he podido terminar de leer. Aún no he pasado la página cuando suena el teléfono. Mi primer pensamiento va hacia Astrid, tal vez sea ella, tal vez debería contestar.

"Buenos días", digo, suavizando la voz al constatar que es la madre de Eliza.

"¿Sabías que Eliza se ha ido a Londres?", pregunta sin siquiera saludarme.

"¿A Londres? ¿Cuándo? ¿Así de repente?"

"Ayer. Con Stephanie".

"Con Stephanie. ¡No puede ser! Tengo una reunión con ella, aquí en la oficina, esta tarde".

"Escucha, Eliza se fue con ella a Londres. Por lo que entendí, la ex pareja de Stephanie ha muerto".

"Espera un momento", pido tratando de darle sentido a lo que estoy oyendo. "Me estás diciendo que la ex pareja de Stephanie ha muerto, y que Eliza se fue con ella a Londres. ¿Al funeral?", indago en un tono que mezcla ironía con estupefacción.

"¡Tengo miedo!", la voz se le quiebra.

"Ella está bien", respondo sin saber qué más decir.

"Recuerdo bien lo que pasó cuando Stephanie se fue la otra vez, Eliza no me contó nada, pero me lo contó Lucas. Pensé que nunca más íbamos a ver a esa mujer, y ahora..."

"Eliza no es la misma de hace veinte años. Está centrada, hace terapia, está bien". No sé si mis argumentos son para calmar a su madre o para convencerme a mí misma. Qué extraño que ninguna de las dos me haya dicho nada.

"Margot...", la puerta se abre y la nueva asistente da un paso dentro de la sala.

"Estoy al teléfono. ¡Vete! ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?"

Sin decir nada más, da media vuelta y cierra la puerta con más fuerza de la necesaria. Durante un par de minutos dejo que la madre de Eliza prolongue la conversación, hasta conseguir encontrar el momento de colgar, no sin antes prometerle que voy a hablar con Eliza.
Miro hacia delante y, para mi sorpresa e irritación, la puerta vuelve a abrirse. Esta vez no espero para ver quién entra: "¡Ya te he dicho que no me interrumpas!", vocifero.
"¡Buenos días para ti también, Margot!"
"¡¿Henri?!", exclamo boquiabierta poniéndome de pie.
Detrás de él entra mi nueva asistente, que de forma afectada pide disculpas, explicando con enorme detalle que intentó avisarme no una, sino varias veces.
"He venido más temprano, quiero hablar contigo antes de la presentación de esta tarde", afirma cuando se sienta. "Tu asistente acaba de decirme que la doctora Stephanie Bianchi no está aquí, se fue a Inglaterra. ¿Sabías eso? Es extraño, yo vengo a escuchar la presentación y ella se ausenta".
Tengo diez segundos para pensar en una respuesta inteligente antes de quedar como una imbécil.
"Fue una emergencia familiar, pero ella me pasó toda la información y la reunión se mantiene según lo planeado, no te preocupes, al final somos un equipo", intento esbozar una sonrisa, pero no soy capaz.
"Si es así, podemos hablar ya, no hay razón para esperar. Tú estás aquí, yo también, adelante".
En momentos como este la experiencia sirve de algo, respiro hondo e intento recordar el discurso de Stephanie cuando me presentó los datos. Midiendo cada palabra, le voy explicando lo fantástico que es el OT523. No digo ninguna mentira, pero elijo cuidadosamente la verdad que le transmito. Cuando termino, parece convencido.
"Vamos a avanzar. Puedes iniciar las solicitudes de autorización y dar luz verde para comenzar la promoción de pre lanzamiento. ¿Cuándo tiene Stephanie los artículos listos? Quiero publicar lo antes posible".
"Stephanie nos dio los informes, ese era el acuerdo con ella".
"Quiero que sea ella quien escriba, quiero su nombre en la portada. Sabes lo importante que es".
"Lo sé, y por eso hablé con ella".
"Genial, ¿cuánto quiere?"
"El 15% de las ventas en donación de producto para países africanos, durante 15 años", digo aprovechando para aumentar la propuesta.
"¿Qué coño es eso? ¡Tienes que estar de coña!", vocifera exaltado, levantándose. "Eso es imposible, ¿quién coño se cree que es esa tipa?"
"La doctora Stephanie Bianchi es una de las mayores especialistas en tuberculosis, tú mismo la elegiste, ¿recuerdas?", respondo manteniendo un tono deliberadamente bajo.
"¿Os habéis aliado contra mí? ¿Vas a explicarme qué pasa aquí? Sabes que tengo poco tiempo para resolver este asunto, no es momento para estas gilipolleces".
"No estoy de coña, nunca antes hablé tan en serio. Son miles de vidas que pueden salvarse..."
"Son millones de dólares que se van a perder".
"Henri, hace 10 años me pediste que cambiara la historia, ¿recuerdas?"
"¿De qué estás hablando?" El tono pasó de exaltado a agresivo. "¡No tienes derecho! Ese asunto murió hace mucho tiempo, no vas a resucitarlo ahora. ¿Qué puedes ganar? Si hundes mi carrera, yo hundo la tuya. Bien vistas las cosas, tienes más que perder que yo, ¿no crees? ¡Mírate al espejo!" Está rojo como un tomate y camina de un lado a otro, a punto de explotar de rabia.
"Eres racista, eres misógino, siempre lo fuiste y yo siempre fingí no verlo..."
"Yo te puse donde estás, yo te di la oportunidad, nadie más lo habría hecho, mucho menos en

aquel momento".
"Claro que fuiste tú, pero ¿por qué? ¿Quién te lo ordenó?"
Parece que finalmente encontré una pregunta que lo dejó sin respuesta. Aprovecho el silencio momentáneo para levantarme, necesito una pastilla, tengo la cabeza latiendo como si me la estuvieran martilleando. Abro la puerta del despacho y casi me da un infarto cuando la nueva asistente se cuela dentro de la sala.
Recomponiéndose de la caída, se pone rápidamente de pie, bajándose la falda y colocándose la camisa, que debido al escote, muestra más de lo deseable.
"Disculpa, iba a tocar para preguntar si me necesitaban", declara con la más falsa de las sonrisas.
"Puedes desaparecer y no volver nunca más. Si Rachel te puso aquí para escuchar mis conversaciones, pues bien, esta fue la única que podrás contar, pero si tienes un mínimo de dignidad, tal vez prefieras no hacerlo y decirle simplemente que no somos compatibles y no podemos trabajar juntas".
Sujeto la puerta hasta que se aleja lo suficiente. Vuelvo a fijar los ojos en Henri, que se ha sentado. "Tú también puedes irte. Tómate esto como tu oportunidad de redimirte".
Sin intentar argumentar, hace lo que le pido, pasando por mi lado sin despedirse. Cierro la puerta y me dejo caer sobre la silla, aparto el teclado del ordenador a un lado y apoyo la cabeza entre los brazos, la echo de menos.
Cansada de auto compadecerme, me levanto con una decisión tomada, voy a hablar con Astrid. Me detengo en el baño, me echo agua fría en la cara y me miro al espejo. Si él piensa que va a afectarme con sus comentarios, se equivoca, llegué hasta aquí por mérito propio.
No sé a qué departamento trasladó Rachel a Astrid, y no me apetece hablar con ella en este momento, seguro que sigue escuchando las historias de su aprendiz de espía. De vuelta a mi oficina, marco el número de recepción y pido que me digan en qué departamento está ahora Astrid.
"Ella ya no está en la empresa", me responde alguien cuyo nombre no sé.
"¿Cómo que no está en la empresa?"
"No está, por lo que sé se fue antes de ayer, al menos me pidió que le entregara la tarjeta de identificación".
Cojo el móvil y marco su nombre, da tono de llamada y casi de inmediato contestan: "¿Margot?"
No es la voz de Astrid, pero me suena familiar. Tardo unos segundos en entender lo que está pasando antes de colgar el teléfono. Le dieron el móvil de Astrid a mi nueva asistente, o mejor dicho ex asistente.
Me siento perdida, cómo pude ser tan estúpida, no tengo otro número de ella, siempre hablamos por los teléfonos del trabajo.
Aún tengo el teléfono en la mano cuando este vuelve a sonar: 'Caroline', era lo único que faltaba para hacer este día aún más caótico, pienso. Dejo que suene varias veces, recuerdo la llamada de la madre de Eliza, la ida de Stephanie a Londres, y decido contestar.
Caroline inicia la conversación con cautela, como tanteando lo que sea que pueda estar pasando por aquí.
"¿Sabes si Eliza cambió los turnos en urgencias? Desde ayer intento hablar con ella y no lo consigo. En realidad, hablé con Martin hace poco, pero no quise preguntarle. Me pareció contento, me dijo que estaba en casa de los abuelos y que iba a dormir allí".
No seré yo quien le diga a Caroline que Eliza está en Londres, reflexiono, tratando de encontrar una respuesta plausible. "Yo tampoco he hablado con Eliza en unos días", miento. "Las cosas en el hospital están muy difíciles, sabes que ella no opera desde hace semanas, esta vez se peleó en

serio con Diego".
"Es un capullo, no le gusto y la toma con ella. De hecho, no le gusta nadie, y menos aún las personas que le hacen sombra. No se puede entender cómo personas tan incompetentes como él llegan a la jefatura de un servicio. De hecho, se puede entender..."
"¿Ella no te dijo nada?"
"No. Las cosas entre nosotras no han ido fáciles. Yo siempre estoy corriendo de un lado a otro, los husos horarios no ayudan, empiezo a pensar que tal vez no fue buena idea que yo viniera".
"Era una propuesta irrechazable", respondo con convicción.
"¿Tú crees?"
"Caroline, eres brillante en lo que haces y creo que no necesitas que sea yo quien te lo diga".
"Pero..., me da que viene un 'pero' ", dice antes de que yo pueda concluir.
"Pero tienes que conseguir encontrar espacio para las personas a tu alrededor. No dudo de lo mucho que quieres a Eliza y a Martin, pero eso no es suficiente. Ellos necesitan tu tiempo, tu disponibilidad mental para escucharlos, para compartir el día a día, los problemas y los logros. Si siempre piensas que son cosas menores al lado de los grandes descubrimientos que estás haciendo, y sé que los estás haciendo, cuando mires a tu lado ellos no van a estar ahí, habrán seguido con sus vidas, habrán encontrado a otras personas para hacer el camino".
"No puedo".
"¿No puedes qué?"
"No puedo hacer eso, estar presente. Lo intento, organizo la agenda, pongo despertadores, pero después, no fluye. No sé qué hacer y siento que cada vez están más distantes". Si no conociera tan bien a Caroline, diría que está llorando. "Disculpa, disculpa interrumpir así tu día. Voy a seguir intentando hablar con Eliza, pero al menos sé que está todo bien".
Ella cuelga antes de que yo pueda replicar, es increíble cómo Caroline es tan extraordinaria y al mismo tiempo tan torpe cuando se trata de relaciones con personas, con las personas que quiere. No sabe si Eliza está bien, porque no preguntó. No sabe que mi día está siendo una mierda porque tampoco preguntó.
Vuelvo a pensar en Astrid, la única forma de conseguir su móvil es tal vez a través de Dolores. Ellas hablaron antes de que fuera contratada, Dolores debe haber guardado el número.

Capítulo 30
Queríamos cosas diferentes de la vida

Miércoles, 13 de noviembre [14:00]

Eliza

La ceremonia fue simple y breve, siguiendo escrupulosamente las indicaciones dejadas por Anna. Algunos amigos, colegas de misión, su madre y su hermano. A pesar de haber llegado tarde y quedarnos al fondo de la sala, el encuentro era inevitable. La madre de Anna, a pesar de la edad y sobre todo de las circunstancias, estaba sorprendentemente tranquila.

"Impresionante la fuerza que transmite", murmuro acercándome a Stephanie para poder ser oída.

"Ya ha visto todo lo que podemos imaginar y mucho de lo que ni en sueños nos atrevemos a pensar. La madre de Anna hizo varias misiones, en una época diferente, vivió momentos de tensión, de guerra. La tomaron como rehén cuando ocuparon el hospital donde estaba trabajando. Creo que fue por ella que Anna escogió esta vida. La oí muchas veces decir que estaba preparada para dar la vida por aquello que creía que era su papel en el mundo."

"Tienes razón, Stephanie", la voz de la madre de Anna se hace oír a nuestras espaldas, sobresaltándome. "Estaba preparada para dar la vida, pero no la de mi hija, no la de Anna." Las lágrimas le corren por el rostro pálido, cubierto de arrugas que la edad se encargó de dejar, sin por eso quitarle la belleza.

Stephanie da un paso hacia ella y se abraza a ella llorando. Solloza como una niña, mientras la madre de Anna le pasa la mano por el pelo y la envuelve con sus delgados brazos.

No debería estar aquí, reflexiono. Casi simultáneamente, como si pudiera adivinar mis pensamientos, la madre de Anna pregunta, soltándola del abrazo y poniendo la mano de Stephanie entre las suyas: "¿No me vas a presentar?"

"Eliza."

"¿'La' Eliza?"

Qué pregunta extraña, ¿qué querrá decir con 'la' Eliza? ¿Ha oído hablar de mí? ¿Sabe algo de lo que pasó?

No es momento para poder tener mis respuestas. El hermano de Anna se acerca para venir a buscar a su madre, saluda a Stephanie, alejándose enseguida.

La tarde pasa rápido, las palabras proferidas son emotivas, y aunque nunca haya conocido a Anna me siento como si hubiéramos convivido.

"La madre de Anna nos está invitando a un café en su casa, ¿vamos?"

"¿Estás segura? Puedes ir tú sola, yo te espero en el hotel, o donde creas mejor. No sé si tiene mucho sentido que yo vaya a su casa."

"Por favor, ven conmigo. No sé si soy capaz de hacer esto sin ti." No hubiera sido necesario suplicar para convencerme, al final estoy aquí, es un poco tarde para arrepentimientos.

Aunque hay un grupo de seis o siete personas en la sala, enseguida quedamos sólo las tres. Sentada en el sofá, cruzo la pierna, y apoyo la taza sobre la rodilla, intentando evitar que noten lo mucho que estoy temblando.

"A Anna le habría gustado conocerte."

"¿A mí?", pregunto sorprendida mirando a los ojos marrones de la madre de Anna, que me mira con una sonrisa cándida.

"Sí, a ti. La mujer de la que Stephanie se enamoró, la persona que le robó el corazón en una playa de Cerdeña. Es una isla preciosa, ¿no? Pasé buenos momentos allí."

No sabía qué esperar de este viaje a Londres, e imaginé mil escenarios, pero nunca podría haber anticipado esta conversación. Afortunadamente la madre de Anna no parece estar esperando que responda y prosigue: "Escucha, querida", dice tomando la mano de Stephanie, "Sé que querías

haber estado con ella, que habrías venido aquí sin dudar, dejando todo atrás, pero sabes que ella no era así. Fuiste su amiga, su compañera, su amante, quien hizo que los días, los años fueran más ligeros, más dulces, pero Anna..."
Sin dejarla concluir, Stephanie interviene: "Era una persona solitaria."
"No diría solitaria, creo que le gustaba ser independiente, libre. Libre para estar con quien quería, donde y cuando quería, pero lo bastante inteligente para saber que muchas veces estaría sola. Creo que le gustaba esa soledad, le daba una sensación de control sobre su propia vida, un control al que renunciaba por completo cada vez que partía a una misión, y que rescataba con todas sus fuerzas siempre que volvía. Vio la enfermedad como parte de su trabajo, de su propósito de vida, y creo que sólo lamentó las misiones que sabía que no podría volver a hacer."
Miro a Stephanie que no puede contener las lágrimas, aunque intenta limpiarlas atolondradamente con el dorso de la mano.
"Ella te quiso más que a cualquier otra persona en el mundo, tú lo sabes", declara la madre de Anna serenamente, "Disfrutó de la posibilidad que le diste de aceptar proyectos que posiblemente de otra forma habría rechazado. Creo que ambas pagaron un precio demasiado alto por la vida que escogieron, Anna se enfermó, y tú..."
"Yo tomé las decisiones que tenía que tomar", concluye Stephanie, con la voz quebrada.

*

Miércoles, 13 de noviembre [21:40]

De vuelta al hotel, optamos por ir a pie. A pesar del frío de la noche, la sensación de la brisa en la cara me hace sentir viva, me hace sentir bien. Caminamos de la mano en silencio, contemplando los escaparates de las tiendas cerradas.
"¿Entramos?", pregunta Stephanie deteniéndose frente a un pequeño bar.
"Buena idea."
Dos o tres sorbos de gin son suficientes para relajarnos. El ambiente es acogedor, un saxofonista toca una mezcla de jazz y pop, en las mesas, casi todas ocupadas, las conversaciones fluyen con una intimidad propia de espacios como éste. Me recuesto y me permito cerrar los ojos por un instante, lo suficiente para sentir los labios de Stephanie en los míos, y volverlos a abrir.
"Pensé que tú y Anna eran pareja", comento de forma algo precipitada. Desde que salimos de la casa de la madre de Anna las preguntas burbujean en mi cabeza y, sin embargo, sé que éste no es el momento adecuado para explicaciones.
"Y lo éramos. Yo adoraba a Anna, y creo que puedo decir que era recíproco, nos entendíamos bien en el día a día, queríamos las mismas cosas de la vida, y eso es algo difícil de encontrar."
"La madre de ella dijo...", intervengo, dando vueltas al vaso entre los dedos.
"Dijo que fuiste tú la persona que me robó el corazón. Es verdad. Sé que me fui sin darte una explicación, pero ¿qué podía decir? ¿Que estaba perdidamente enamorada de ti, pero que queríamos cosas diferentes de la vida?"
"Podrías haberme dado la oportunidad de decidir."
"No se trataba de tomar decisiones. Yo podría haberme quedado en Barcelona contigo, podríamos haber ido a Italia, o incluso haber partido a una misión. Si te lo hubiera pedido habrías aceptado, ¿pero y después? Yo quería ir, tú querías quedarte, yo quería aventura, tú querías estabilidad."
"Y decidiste sola."
"Y lloré en los brazos de Anna por esa decisión."
"¿Ella aceptó eso sin más, así? ¿Por qué?" No consigo comprender, ¿qué es lo que no estoy

viendo?
"Porque estábamos bien juntas. Yo la quería y ella a mí, nos complementábamos, nos dábamos fuerza la una a la otra. ¿No crees que son razones suficientes?"
Durante un momento nos quedamos ambas calladas, como si hiciera falta tiempo para pensar la respuesta. Stephanie vuelve a hablar antes de que yo me decida a responder: "¿Por qué tú y Caroline están juntas?"
¡Uau! Respiro profundamente y me llevo el vaso a la boca, atragantándome con el sorbo de gin. No sé si habría alguien o algún momento en que yo estuviera preparada para responder a esta pregunta, pero ciertamente no sería a Stephanie, ni hoy, en una noche fría en el centro de Londres, después de un funeral. O tal vez sea al contrario, tal vez sea el momento exacto y la persona adecuada.
"Tenemos un hijo..."
"Un comienzo digno de cualquier pareja del siglo pasado", comenta con una carcajada. "Puedes argumentarlo mejor."
"Voy a repetir lo que te dije hace unos días, la quiero, me gusta la vida que construimos juntas."
"¡Ahí está! ¿En qué es diferente tu respuesta de la mía?"
Quizás tenga razón, no lo es. "Quería decirte que estamos enamoradas, pero..."
"Pero la pasión es efímera por definición, y veinte años es mucho tiempo. No dudo que la quieras y que ella te quiera, probablemente seáis la una para la otra, pero..."
"Al final no soy la única en dejar frases a medias", bromeo, más por la necesidad de romper la tensión.
"Iba a decir, ... pero, si no está enamorada entonces puede pasar."
"No sé vivir una doble vida."
"Ni yo, pero sé vivir muchas historias en una sola vida. A veces las historias se cruzan y hacen una película, otras veces son historias sueltas, cortas o largas, y son como esas series en las que los episodios no tienen nada en común, salvo la intro."
A pesar de sentirme emocionalmente exhausta, la metáfora me hace soltar una carcajada. "Has bebido demasiado."
"¿Estás afirmando o preguntando? Debería haber bebido más."
Le agarro la mano antes de que tenga tiempo de levantar el vaso. "Basta, vamos a salir de aquí. Te invito a cenar."
"¿Quieres decir a comer una hamburguesa en el primer burger que encontremos?"
"Tal vez no en el primero. Hagamos una cosa, vamos caminando y entramos en el tercero que pasemos."
"Es un buen plan, ponderado y altamente racional", responde irguiéndose, para enseguida volver a sentarse.
"¿Mareada?"
"Nunca." Esta vez se pone de pie y camina en línea recta hasta la puerta.
Seguimos con el frío, cambiamos la hamburguesa por una pizza, y reímos hasta las lágrimas por cada tontería que recordamos. Mi teléfono suena varias veces: 'Caroline'. No puedo cogerlo. Después de ignorarlo unas cuantas veces, acabo por enviar un mensaje: 'Está todo bien, pero no puedo hablar ahora, después te llamo'.

*

Miércoles, 13 de noviembre [23:15]

Cuando finalmente nos acostamos en nuestra habitación de hotel pasan poco más de las once,

pero parecen las tres de la madrugada. Lado a lado a oscuras, nos quedamos en silencio. Siento que me he pasado el día hablando y he agotado mi arsenal de palabras. No sé si Stephanie siente lo mismo, o si se ha dormido. Está tumbada boca arriba, con los brazos a lo largo del cuerpo y los ojos cerrados. Me esfuerzo por hacer lo mismo, me doy la vuelta de un lado a otro, tirando del edredón, unas veces con frío y otras con calor.
"¿No tienes sueño?" La voz de Stephanie rompe la oscuridad de la habitación, pero no me sobresalto, al contrario, es una voz dulce que me provoca un escalofrío.
"No", respondo con sencillez.
"Cierra los ojos. Siente la arena en tu espalda, está caliente, a pesar de ser de noche, no se siente más que una brisa, pero es suficiente para que tu cabello ondee. Siente mi mano agarrándolo firmemente, quieres que te bese, pero aún no lo haré. Lo agarro con más fuerza, recogiéndolo en una cola de caballo. Pasas la lengua sobre tus labios, están secos. No, no te muevas, quédate tumbada boca arriba, la arena es suave. Escucha el mar, está justo ahí al fondo. Más tarde podemos darnos un baño. Siente mi boca en la tuya, los labios, la lengua que te saborea. Siente mis manos en tu cuerpo. El vestido es corto, tan corto. Siente mi mano en tus muslos. Deja de moverte, ya te lo he dicho, quédate quieta."
La voz sigue en el mismo tono, las palabras me resultan conocidas, es fácil visualizar todo lo que describe, estuvimos allí, hicimos el amor en esa playa, tumbadas en la arena, con el temor y la excitación de ser vistas, de ser escuchadas, pero eso también era parte de un placer que desafiaba los límites.
"¡Me deseas! Aún no he empezado y ya estás lista para mí, siente lo que estoy sintiendo, pon tu mano sobre la mía, déjala deslizarse."
Stephanie permanece inmóvil a mi lado, con los brazos extendidos y, por lo que me parece, los ojos cerrados. Pongo mi mano sobre la cintura elástica del pantalón de pijama, pero no me atrevo a avanzar. ¿Cuántos años han pasado desde la última vez?
"Date la vuelta, siente el peso de mi cuerpo sobre el tuyo. Siente la arena debajo de ti. Voy a apartarte el cabello y besarte el cuello, voy a morderte las orejas. No, no hagas ruido, sabes que no puedes."
Mi respiración está agitada, sin darme cuenta he desabotonado la parte de arriba del pijama. Me toco el pecho, el vientre con los dedos, y sin poder evitarlo emito un sonido ronco.
"Voy a descender por tu cuerpo, voy a tocarte con la punta de la lengua, y tú vas a quedarte así, sin moverte, vas a aguantar hasta que no puedas más, vas a aguantar hasta que tengas que gritar mi nombre, aun sabiendo que alguien seguramente te oirá, pero en ese momento eso no te importará lo más mínimo. Déjame saborearte, sentir el sabor del mar. No, no tengas prisa..."
No aguanto más, con la mano entre las piernas acelero el movimiento de los dedos, es un camino sin retorno, no me importa quién mire, quién oiga, es más fuerte que yo, es el placer en su forma más pura, sin vergüenza, porque parte de ese mismo placer es saber que ella está aquí a mi lado disfrutando tanto como yo. "¡Stephanie!"

Capítulo 31

Si ella supiera todos los "no" que ya he escuchado

Viernes, 15 de noviembre [19:10]

Margot

Confirmo la dirección por milésima vez, recordando el sarcasmo en la voz de Dolores cuando me dio la información. No preguntó nada, porque no es una mujer de hacer preguntas, pero tampoco sería necesario, si alguien puede imaginar lo que está pasando, esa es ella.
No tengo ni idea de qué le voy a decir si abre la puerta, pero necesito verla. Pongo la mano en la puerta del coche, pero antes de poder abrirla suena el teléfono: 'Francesca', qué extraño, a esta hora. No es que Francesca tenga un horario para sus llamadas, siempre se ha regido por hacer lo que quiere cuando quiere, asumiendo que el mundo se ajustará.
"No pude resistirme a llamarte", declara.
"¿Nostalgia?", bromeo.
"Cotilleo".
"Igualmente importante." Me recuesto hacia atrás, tal vez la llamada vaya a ser larga. Miro hacia arriba y cuento los pisos: primero, segundo, tercero, es ese, tiene la luz encendida.
"¿Estás ahí? ¿Estás escuchando lo que te estoy diciendo?"
"Sí, disculpa, me distraje pensando en otra cosa."
"¿En otra cosa, o en otra persona?"
"¿Cuál es el cotilleo? Me has picado la curiosidad."
"¿Cómo está tu amiga Eliza?"
Qué pregunta tan extraña, "Bien. Creo que está bien. No la veo desde hace unos días." Por ahora no voy a mencionar el viaje a Londres, al fin y al cabo ni yo misma sé lo que está pasando.
"¿Te acuerdas cuando te dije que conocía a la jefa de su mujer, la doctora Stella Brown?"
"¿De Caroline? ¿La jefa del hospital de Sídney? Venga ya, claro que me acuerdo, recuerdo pensar que, o el mundo es muy pequeño, o tu agenda de contactos es demasiado grande".
"Pues bien, cené con una amiga en común ayer, y una cosa lleva a la otra, acabamos hablando de Stella y, ¿cuál era el tema principal? Tu amiga Caroline. Por lo que parece es un genio en la cirugía, y..."
"¿Y qué? ¿Me has llamado para decirme que Caroline es un genio? Hace veinte años que lo sé", no consigo vislumbrar adónde quiere llegar Francesca.
"Creo que no sólo es maravillosa en el quirófano, por lo que entendí tiene otros atributos."
"¡¿Estás de coña?! ¿Estás diciendo que Caroline se lió con esa tal Stella?"
"¿Por qué te sorprende tanto?"
"Hablé con ella anteayer, me llamó porque Eliza no le estaba contestando al teléfono. Me pilló en un mal día, la puse verde."
"¿Por qué un mal día? ¿Qué es lo que pasó que yo no sé?"
En pocas palabras le describo mi discusión con Henri.
"¿Y estás preocupada por eso?"
"¿Por qué? ¿Por haberlo llamado racista, por haberlo amenazado, o por haberlo echado de mi despacho? No sé por qué crees que debería preocuparme", ironizo.
"Hazme caso, no te preocupes."
No tengo el valor de decirle lo que pasó con Astrid, y menos aún que estoy aquí dentro del coche en la puerta de su edificio.

A pesar de todo, cuando cuelgo el teléfono estoy más tranquila. Abro la puerta y salgo a la calle. Está oscuro, aunque todavía es temprano.
En el momento en que voy a pulsar el botón del timbre, la puerta del edificio se abre dejando

pasar a un Cocker dorado, que salta animadamente a mi alrededor. Me pongo en cuclillas, le acaricio las orejas y dejo que me lama las manos.
"Disculpa", se apresura a decir un chico que lo sigue. "Le encanta jugar."
"No pasa nada, me encantan los perros", respondo, aprovechando para hacerle una caricia más antes de ponerme de pie.
"¿Quieres entrar?", pregunta sujetando la puerta para dejarme pasar.
Subo lentamente hasta el segundo piso, deteniéndome frente a la puerta de madera marrón oscuro del lado izquierdo del rellano. Respiro hondo y esta vez sí que pulso el botón del timbre.
Oigo ruido de pasos, y luego un momento de silencio, hasta que la puerta se entreabre.
"¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí?", pregunta Astrid.
Lleva unos vaqueros y una camisa ancha, es la primera vez que la veo vestida así.
"Tenemos que hablar."
"No. Tal vez tú tengas que hablar, pero yo no tengo nada que decir, ni que escuchar. Creo que deberías buscar un terapeuta, quizás te pueda ayudar."
Percibiendo que va a cerrar la puerta, pongo el pie, impidiendo que lo haga.
"¿Vas a perseguirme? Si descubriste dónde vivo, también debes saber que ya no trabajo para ti, así que vete. ¡Hasta nunca!"
Esta vez Astrid hace un movimiento rápido, y sin que yo tenga tiempo de reaccionar la puerta se cierra.
Golpeo con los nudillos en la madera, una y otra vez, intentando que cambie de opinión. De repente, la puerta del lado derecho se abre, haciendo que dé un salto hacia atrás, vaya susto.
"Buenas tardes", me saluda una señora de pelo totalmente blanco recogido en un moño. "Astrid no está contestando, debe estar en la ducha, esa chica cuando pone música, no oye nada. ¿Es usted amiga suya? Nunca la había visto por aquí antes."
Siento el corazón latiendo a mil y la garganta seca, lo que me faltaba. "Sí, soy amiga suya, bueno, trabajamos juntas."
A pesar de la edad que aparenta, la vecina de Astrid se mueve con destreza y, pasando delante de mí, golpea la puerta con la mano con fuerza, al mismo tiempo que pronuncia bien alto: "¡Astrid, querida, tienes una visita!"
Ni siquiera Astrid con toda su ira consigue resistir y pocos segundos después la puerta vuelve a abrirse.
"Querida, tu amiga estaba llamando a la puerta, pero tú debías estar ahí dentro escuchando música, le estaba diciendo que tiene que golpear con más fuerza." Sin añadir nada más se retira y cierra la puerta de su lado del rellano. Astrid da un paso atrás y me hace una seña para que entre, cerrando también su puerta.
"¿Contenta? Ahora voy a tener que aguantar preguntas sobre ti durante las próximas semanas, no podías simplemente haberte ido. ¿Qué es lo que no entendiste? No quiero hablar contigo. No estás nada acostumbrada a que te digan que no, ¿verdad?"
Si ella supiera todos los "no" que ya he escuchado, y aquellos que me dije a mí misma evitando tener que oírlos.
"Por favor, déjame hablar. Si quieres después me voy y no vuelvo a buscarte, pero, por favor, déjame explicar."
"¡¿Si yo quiero?! Yo quiero que te vayas ahora, sin decir nada, sólo quiero que desaparezcas."
"Tienes que dejarme pedirte disculpas. Tienes que entender, yo..."
"Tú eres igual que muchas otras personas que conocí. Y yo no tengo que hacer nada, no tengo que escuchar tus disculpas, no te debo nada."

"No, claro que no", balbuceo entre dientes.
"¿Cómo tuviste el valor de pedirle a Rachel que hablara conmigo? ¿Sabes lo que ella hace? Es perversa, manipula a las personas que dependen de ella, tal vez algún día alguien tenga el valor de presentar una queja. En realidad todo el mundo lo sabe y nadie hace nada."
No tengo ni idea de qué está hablando Astrid, siempre procuré mantener la mayor distancia posible de Rachel, y siempre lo conseguí, en gran parte gracias a Dolores.
"¿Qué es lo que te falta? ¿Agallas? ¿Siempre vas a pensar que las apariencias son más importantes, aunque eso implique renunciar a tu felicidad? Mira, no te estoy diciendo que podrías ser feliz conmigo, probablemente no, pero así, no vas a ser feliz ni conmigo ni con nadie, tal vez la solución sea pirarte a París, allí estás lo suficientemente lejos, y quién sabe si consigues ser quien eres, si es que todavía sabes quién eres."
Las lágrimas corren por mi rostro, sin que pueda contenerlas. Las palabras de Astrid son merecidas, y probablemente es por eso que me hieren tan profundamente.
"Me gustas."
"No. Te sentiste atraída por mí, como mucho puedes decir que me deseaste, pero ¿gustar? Gustar es otra cosa. Quien le gusta alguien no actúa como tú actuaste, quien le gusta alguien lo protege."
"¡No! Es verdad, me gustas, me gustas de una forma que me asusta. Eres joven, trabajabas para mí, tienes que comprender que es difícil."
"No tengo que comprender nada. Vete, por favor. Ya dijiste lo que tenías que decir, ya pediste disculpas, ahora vete." Astrid se dirige a la puerta y la abre de par en par.
Me gustaría decir algo, pero no puedo. Cuando la puerta se cierra a mis espaldas me dejo caer sentada en el suelo, apoyada en la pared, doblo las rodillas y escondo la cabeza entre las piernas, sollozando.
Sin darme cuenta, la puerta del piso de enfrente se ha abierto y la vecina, parada frente a mí, me extiende una mano delgada, con las venas visibles, ayudándome mientras me levanto.
"Acabo de hacer un té, entra un minuto, te vas a sentir mejor. Las cosas más simples son las más importantes en estos momentos."
En silencio la sigo. Me siento en la cocina, mientras ella vierte el té en dos tazas de porcelana blanca.
"¿Azúcar, Margot?", pregunta.
"Dos cucharadas." ¿Cómo sabe mi nombre? No me presenté.
"No pongas esa cara, no te asustes. Cuando Astrid se mudó al apartamento de enfrente yo estaba con gripe. Un día, vino a llamar a la puerta, se presentó y me pidió disculpas por el ruido. ¡Ya sabes cómo es una mudanza, siempre hay algo de follón! Bueno, lo que importa es que se dio cuenta de que yo estaba enferma, y durante los días siguientes fue más que mi enfermera, hizo comida, se aseguró de que tomara la medicación, y sobre todo, me hizo compañía. Nos hicimos muy cercanas, yo necesitaba una nieta, y creo que a Astrid le gustó tener una nueva abuela. Diría que con la primera las cosas no fueron precisamente bien", sonríe, y me mira con una mirada penetrante.
"Pues, parece que no", profiero, mostrando que conozco la historia.
"Astrid me habló mucho de ti. En las últimas semanas, es 'Margot esto', 'Margot aquello', hasta hace una semana. El domingo pasado me extrañó que no viniera y llamé a la puerta, la encontré en pijama a media tarde con los ojos rojos de tanto llorar. Escuché lo que me contó esa tarde y al día siguiente, después de haberse ido del trabajo. Se sintió humillada."
Vuelvo a tener los ojos húmedos y un nudo en la garganta, no tengo cómo disculparme. "¿Qué hago?", cuestiono.

"Dale tiempo, pero no demasiado tiempo."

PARTE III

Capítulo 32
Es tu vida

Sábado, 30 de noviembre [11:40]

Eliza

El toque de su lengua es demasiado para poder prolongar el momento, y sin contener un gemido, dejo que una ola de placer me recorra.
"Me alegro de que hayas vuelto, te echaba de menos", digo, cuando mi respiración vuelve a su ritmo normal.
"¿De qué, exactamente?" Stephanie apoya el codo en la cama y la cabeza en la mano, mirándome.
"De esta sensación", respondo sin comprometerme.
Llegó anoche y vino directa del aeropuerto, no hice muchas preguntas, pero deduzco que la reunión de BioXN ha ido bien, lo que puede significar cosas muy diferentes en lo que a mí respecta.
Después de una ducha compartida, desayunamos en la mesa de la cocina.
"¿Cómo está Margot?", indago, masticando un trozo demasiado grande de tortita, sin evitar que un hilo de chocolate se escurra por la comisura del labio.
"Tiene cosas que resolver", responde, dándome un beso y pringándose también de chocolate.
"¿Puedes ser más explícita? ¿La reunión fue bien o no?"
"No podría haber sido mejor. Presenté los resultados y la sala aplaudió. ¿Sabes la ventaja de hablar a profanos que se sientan a la mesa presumiendo que son expertos en el tema? Pones un aire superior, cuentas tu historia repleta de números, cálculos y palabras difíciles, y al final, nadie tiene el valor de contradecirte, más aún cuando dices cosas que agradan a quien tiene un nuevo fármaco para lanzar, por lo que sí, fue coser y cantar".
"Entonces, no entiendo, ¿qué tiene que resolver? ¿Henri?"
"No lo vas a creer, pero Henri no estaba en la reunión. Extraño, ¿no?"
Suelto una carcajada: "Margot tiene amigas poderosas".
"¿Qué estás insinuando?" Es el turno de Stephanie de quedarse perpleja.
"¿Quieres café?", pregunto, levantándome.
"Quiero, pero quiero una respuesta, ¿de qué estás hablando?", insiste.
"Solo estoy haciendo suposiciones, Margot debe haberle contado a Francesca la bronca que tuvo con Henri".
"¿Y?" Con la ceja fruncida y la mirada fija en mí, Stephanie muestra que no se va a contentar con esta explicación.
"Digamos que a lo largo de los años fui entendiendo que cuando Francesca quiere, el mundo gira". Bebo mi café y suspiro, "¿Por qué tanto interés?"
"Estuve con Francesca".
"¿En serio?" Extraño, pienso sin decir nada más, Margot siempre se empeñó en mantener las distancias, ni a mí me presentó nunca.
"Prométeme que guardas el secreto".
"¡Vaya! Ahora la conversación se está poniendo interesante. Claro que guardo el secreto, ¿con quién iba a hablar?
"Con Margot, por ejemplo. Francesca me hizo prometer que mantendría total confidencialidad".
"¿Pueden matarme porque me estés contando esta historia?", profiero, riendo a carcajadas.
"No bromees, la conversación fue seria y surrealista. Ayer, después de la reunión de BioXN, Margot se fue a una reunión interna y yo volví al hotel. Estaba en la habitación preparándome para un buen baño, cuando me llaman de recepción para decir que había una persona

esperándome en el bar. La curiosidad fue más fuerte y acabé bajando. Una mujer mayor, sublime en su apariencia, en su porte, estaba sentada sola en una mesa, esperándome: Francesca".
"¿Quieres más café? Voy a beber otro, es demasiado temprano para una cerveza, pero mira que esta historia se lo merecía".
"Ella ya había pedido champán y fue al grano en las presentaciones y en el asunto. En resumen, va a montar un proyecto de lucha contra la tuberculosis a escala mundial. Es exactamente eso lo que estás oyendo", refuerza ante mi incredulidad. "Francesca va a montar un proyecto mundial de combate contra la tuberculosis y estaba, nada más y nada menos, invitándome a encabezar la parte médica".
"¡Vaya, otra vez! Si me hubieras dicho que cualquier otra persona te había hecho esa propuesta, te diría que te lo pensaras bien y sobre todo que tuvieras cuidado, pero si la cara detrás del telón se llama Francesca, entonces solo puedo decirte: ¡felicidades!"
"¿En serio? ¿Estás contenta?", pregunta poniendo la mano en mi brazo.
"Vas a hacer de este mundo un mundo mejor. Ya te dije antes, si alguien tiene el poder de cambiar la forma en que la Tierra gira, ese alguien es Francesca. ¿Margot no lo sabe?"
"No. Francesca quiere una respuesta mía antes de hablar con Margot. No sé cómo, pero ella sabía que yo le había hecho un ultimátum a BioXN para que donaran parte de las ventas, para distribuir medicamentos en países africanos. Me dijo que contaba con eso y con mucho más. Mira, ni sé..., mi incredulidad era tanta que escuché y no hice preguntas".
"¿Le dijiste que le darías una respuesta?", pregunto, sabiendo de antemano la respuesta. Cómo necesitaba un cigarrillo ahora, reflexiono.
"Si digo que sí, tengo que ir a París. El objetivo es formar el equipo y estar en el terreno en seis meses. Es un desafío mucho más allá de cualquier misión en la que haya participado".
"Es una misión para el mundo y un tributo por la vida de Anna", digo desde el fondo del corazón.
"¿Y nosotras?", pregunta en un murmullo, agarrando con fuerza mi mano en las suyas.
Esta era la pregunta que no quería escuchar, pienso.
"Nos reencontraremos en otra curva de la vida, dentro de unos meses o dentro de unos años. Tal vez esta vez podamos ir manteniendo el contacto".
"Nunca tuve con nadie lo que tengo contigo".
"Lo sé".
Stephanie se levanta y me abraza, y en este momento, ella tampoco contiene las lágrimas.
"Estoy casada con Caroline, no sé si nuestro matrimonio resistirá, pero tengo que intentarlo, me gusta ella. Nosotras no seríamos felices compartiendo una vida, un día a día lleno de momentos monótonos, como cualquier día a día".
"¿Me estás diciendo que quieres que acepte la propuesta?" Stephanie habla tan bajo que tengo dificultad para entender sus palabras.
"No tienes alternativa, es tu vida. ¿Y es por mérito propio o te dejaste seducir en los brazos de Francesca?", ironizo entre lágrimas, haciéndole cosquillas.
Pasamos la tarde viendo películas antiguas y comiendo palomitas, abrazadas en el sofá. Acordamos que ella se iría antes de que Martin llegara para cenar, tengo que hablar con él sobre Caroline, las cosas están cada vez más difíciles, al punto de que él se niega a contestar el teléfono. Abstrayéndome de la televisión, recuerdo una parte de la conversación de esta mañana que quedó en el aire, tomo el mando de la televisión que está a mi lado y pongo la película en pausa.
"Oye, hoy por la mañana dijiste que Margot tiene cosas que resolver, ¿qué coño significa eso?", pregunto, irguiéndome hasta quedar sentada.

"Tendrá que ser ella quien te lo cuente. ¿No vais al partido de Martin mañana? Pregúntale, pero por favor, no hables de Francesca".

*

Domingo, 1 de diciembre [15:40]

Por primera vez en la temporada, Martin va a jugar como titular. Durante el calentamiento mira varias veces hacia nosotras, pero se abstiene de saludar, después de todo, eso no queda bien en su nuevo estatus.
"Me he enterado de que vuestro viaje fue un éxito", digo sin mirar a Margot, que sentada a mi lado no se cansa de aplaudir.
"¿Cómo lo sabes?"
"Estuve con Stephanie".
"¡Ah, claro! ¡Estuviste con Stephanie!", devuelve sarcásticamente.
"Según ella, fue un éxito", declaro, sin mostrar que su comentario me haya afectado.
"En eso tiene razón, fue realmente una victoria, con un sabor aún mejor porque Henri no estuvo presente".
"No pareces contenta...", antes de que tenga tiempo de continuar, Margot salta de la silla y grita: "¡Gol!!!", aplaudiendo. Estaba tan inmersa en la conversación que no vi el primer gol de Martin.
"Ahora pareces contenta", declaro riendo, haciéndola reír también. "Hablando en serio, deberías estar celebrando, y tienes mala cara".
"Soy hipócrita y eso me va a costar la posibilidad de...", Margot no termina lo que iba a decir, no sé si fruto de otro gol del equipo de Martin o porque no sabe cuál es la palabra correcta para concluir.
"¿De un nuevo amor?"
"Yo no tengo amores, ni nuevos ni viejos, tú lo sabes".
Me encojo de hombros y no respondo.
"No me puedo dar ese lujo".
"¿Ni Francesca?"
"Francesca fue una pasión intensa vivida plenamente, ahora es una amistad profunda".
"¿De quién estás hablando? ¿De tu asistente?"
"¡Ella tiene nombre!", exclama irritada. "Además, Astrid ya no es mi asistente, dimitió hace dos semanas. No quiero hablar de eso".
"¿De qué quieres hablar?", cuestiono sabiendo perfectamente lo que viene.
"De Stephanie. ¿Qué está pasando entre vosotras? No es que yo tenga nada que ver con eso, ella es una mujer asombrosa, pero..."
"Pero tiene una vida que no me incluye. Lo sé. Hace veinte años no lo sabía, pero ahora lo sé. Ella es fantástica porque es así, no podría ser de otra manera. Creo que vamos a intentar conquistar lo que tú y Francesca lograsteis", termino reflexionando sobre lo que acabo de decir.
"Una amistad que, cada veinte años, puede tener momentos de color", ironizo.
"¿Y Caroline?"
"Amo a Caroline. Ella no es perfecta, ni de lejos, muchas veces no me da todo lo que me gustaría tener, pero al final del día es la persona que quiero tener a mi lado".
No sé si es impresión mía, pero tengo la sensación de que Margot hace una mueca de contrariedad.
"¿Te parece horrible que esté diciendo que quiero tener momentos de color con Stephanie y, al mismo tiempo, que amo a Caroline?"

Capítulo 33
Hay días que parecen no terminar

Lunes, 2 de diciembre [21:10]

Margot

Si hay días que parecen no terminar, hoy es uno de ellos. Después de que nada haya ido especialmente bien, el día solo podía acabar con la llamada de Henri, que ha decidido reaparecer en escena para decirme que al final no va a aceptar hacer la donación con la que se había comprometido. ¡Canalla! Stephanie ya ha presentado los resultados, y él sabe que ya no hay marcha atrás.

Vuelvo a casa pensando si no debería hacer público lo que pasó con el estudio de Milán, pero ¿para qué serviría ahora?

Realmente tengo hambre, solo comí un sándwich al mediodía, reflexiono. Poniéndole la excusa del pésimo día que he tenido, no me resisto a pedir una pizza.

Media hora para que la traigan, tiempo suficiente para darme una ducha. Abro el agua y dejo que caiga directamente sobre mi cabeza, estremeciéndome con el frío, que poco a poco se transforma en un calor acogedor. Me quedo unos minutos, sabiendo que no puedo demorarme. Estoy secándome el pelo con la toalla cuando llaman a la puerta. ¡¿Ya?! Ha sido más rápido de lo previsto, pienso avanzando a grandes zancadas, y pulsando el botón sin ni siquiera mirar el interfono, alejándome enseguida para buscar la cartera. Cojo la tarjeta de débito y abro la puerta esperando la llegada del ascensor, con la boca hecha agua, anticipando el sabor de la pizza.

"¡¿Astrid?!", es lo único que consigo pronunciar cuando la veo salir. Con la tarjeta en la mano, descalza, con el pelo mojado, me quedo parada en el umbral de la puerta incapaz de reaccionar.

"Perdona por venir sin avisar. Intuyo que esperabas a otra persona."

"La pizza", respondo aún sin moverme. "Entra", digo finalmente dando un paso atrás para que pueda pasar.

Todavía estamos de pie en el salón cuando la puerta vuelve a sonar, ahora sí, es la entrega de la pizza.

"Perdona, creo que ha sido una mala idea. Hablamos otro día", dice Astrid, que permanece tal y como entró, con el abrigo puesto y el bolso al hombro.

"No, ni hablar. Has venido hasta aquí, quédate, por favor. Te ofrezco la mitad de la pizza y una copa de vino", digo, señalando la caja de cartón que he dejado sobre la mesa.

Percibo su vacilación y doy un paso hacia la cocina. "Voy a por el vino y los platos, quítate el abrigo, siéntate."

Pongo un trozo de pizza en cada plato y lleno las copas. Astrid se ha sentado a la mesa, pero no parece tener intención de comer. Yo, por mi parte, estoy famélica y, por más que me sienta nerviosa con esta visita inesperada, devoro vorazmente mi porción.

"Mi vecina quedó muy impresionada contigo", declara sin más contexto.

"Es una señora encantadora."

"Casi me arrastra hasta aquí. Me hizo prometer que hablaría contigo, o al menos que te escucharía. No sé si hay algo que decir, pero en fin, insistió tanto que acabé cediendo."

"Te debo una disculpa."

"No me debes nada, y como te dije el otro día, no me pidas perdón porque creo que ni siquiera eres consciente de lo que hiciste. Es tan natural, tan intrínseco que es parte de quien eres, por eso no te disculpes. Pero tampoco me pidas que lo acepte, no puedo. No otra vez."

"Aquel sábado te fuiste, podrías haberte quedado, podrías haber hablado conmigo."

"¡¿Lo dices en serio?! ¿Al menos leíste los mensajes que te escribí?", cuestiona bruscamente.

"No", murmuro entre dientes sin levantar la mirada del plato.

"Claro que no, porque, en realidad, te vino de perlas que yo ya no estuviera aquí. Tu silencio lo gritó bien alto. No hacía falta que me despidieras, me habría ido de todas formas. ¿Tuviste miedo de que te acusara de acoso?"
Siento sus ojos clavados en mí, pero no me atrevo a mirarla: "Claro que no, qué disparate."
"¿Tú crees?"
"Se rumorea que Rachel ya estuvo varias veces a punto de ser acusada, pero luego, vaya uno a saber por qué, la gente siempre se echa atrás. Tal vez sea una práctica habitual en BioXN", concluye con sarcasmo.
"Tú sabes que no fue nada de eso lo que pasó."
"¿Qué es lo que pasó? ¿Puedes explicármelo? ¡Tal vez lo sepas mejor que yo!"
Astrid coge finalmente la copa y se la lleva a la boca bebiendo apenas un sorbo. La mía está vacía, y vuelvo a llenarla. Ella estira el brazo y aparta mi copa a un lado.
"Si vas a conversar conmigo, esta vez vas a hacerlo sobria. Quiero tener la seguridad de que eres tú quien habla y no el alcohol."
"No pedí que te despidieran, solo que te transfirieran a otro departamento", explico, sabiendo que no hay justificación para lo que hice.
"Claro. Rachel se puso eufórica, me propuso un puesto como su asistente. "¿Imaginas lo que ella quería, verdad?"
Es la primera vez que se me pasa tal cosa por la cabeza, y no puedo evitar un sentimiento de repulsa.
"Tenía dos opciones, o me iba, o pasaba a ser una más de las amiguitas de Rachel. Necesito un empleo, pero no a cualquier precio".
Cuando acabamos de comer Astrid parece más calmada. Me cuenta cómo conoció a la vecina y cómo se hicieron amigas, riéndose y haciéndome reír, con las historias que comparte.
"Escucha, tú mereces más de mí", digo enderezándome en el sofá y mirándola a los ojos. "No me preguntaste por qué te había besado. El otro día, me cuestionaste si, después de Simon, no hubo nadie más, y yo te di una respuesta idiota. La verdad es que cuando me fui a París y conocí a Francesca, me enamoré. Me enamoré por primera vez, la amé locamente, me lo permití todo, porque para Francesca 'todo' es lo mínimo a lo que podemos aspirar."
"¿Todavía estás enamorada?"
"¿De Francesca?", pregunto retóricamente, sin darle tiempo a intervenir, "Lo estaré siempre mientras viva. Pero no de la forma que estás pensando. Francesca es una mujer única, no puedo explicártelo, tal vez algún día puedas conocerla..."
"¿Y enamorarme?"
"Probablemente", respondo riendo. "¿Quieres café?", pregunto.
"¿Y después de volver de París?" Astrid está claramente más interesada en la conversación que en el café propiamente dicho.
"Después de volver de París, conocí a varias mujeres, pero creo que tal vez a tu abuela le habría gustado cómo me comporté", digo con sarcasmo, "Me dejé envolver por un velo de apariencias, fui 'discreta', y esa descripción hipócrita alejó a las personas que podrían ser de verdad importantes, porque parte de ser una persona relevante, es no dejarse borrar por la necesidad de agradar a los demás."
"¿Eso quiere decir que estás sola?"
"Hora del café", respondo levantándome, y recogiendo los platos, sin darle otra opción. *Peanuts*, que estaba dormitando en la cocina, aprovecha para correr a nuestro alrededor, pidiendo caricias. Los empujo al salón, con la promesa de café y galletas.

Dejo en la mesa al lado del sofá las dos tazas y abro la mano con dos galletas para que *Peanuts* pueda comérselas. Después de engullirlas como si estuviera famélico, me roza la cabeza contra las rodillas. Al mismo tiempo, Astrid le pasa las manos por la cabeza, jugando con sus orejas de un lado a otro, y riendo con su apariencia cómica.
Cuando finalmente Peanuts se cansa de tantos mimos y se aleja, me doy cuenta de que Astrid está sentada justo a mi lado y ha dejado la mano posada donde antes él tenía la cabeza.
"No me has respondido, ¿estás sola?"
"Eres mucho más joven que yo", afirmo apartando la pierna de su mano.
"Eso es incuestionable, pero no entiendo qué tiene que ver con lo que estamos hablando. ¿Conoces 'Los Amantes' de Magritte?"
"Claro", respondo visualizando la imagen de un beso entre dos rostros cubiertos por un velo blanco que los oculta, comprendiendo por dónde van los tiros. "Yo podría enamorarme de ti", verbalizo en un susurro.
"Es tarde para esconderme tras un velo", dice, volviendo a posar la mano sobre mi rodilla. "Tal vez puedas cerrar los ojos."
Sin pensarlo dos veces, hago lo que ella sugiere. Siento su mano recorrer mi pierna, subiendo por debajo de la falda. Al mismo tiempo, sus labios exploran dulcemente el escote de mi jersey, besándome en el cuello, acariciándome con la lengua. Siento mis labios secos y la respiración acelerada. Su mano pasa sobre mi ropa tocando mi pecho tan despacio que parece no moverse, pero al mismo tiempo sin detenerse en ningún lugar, como si pudiera estar en todas partes a la vez.
Siento el peso de su cuerpo sobre el mío cuando se sienta sobre mis rodillas, y abro los ojos. Su rostro está muy cerca del mío y su mirada no se desvía un milímetro. Con un dedo toca mis labios y, sin dudar, saco la lengua humedeciendo ese dedo que explora el camino.
La sujeto con ambas manos, sintiendo su cadera arquearse, dejando que me acerque más, haciendo que nuestras bocas se peguen, los labios se abran y ocurra un beso inevitable. Recorro el interior de su boca con la lengua, permitiendo que un dulce sabor se apodere de mis sentidos. La deseo como hace mucho que no recuerdo desear a nadie. Muevo las manos con la velocidad de quien no puede esperar y el valor que impulsa el deseo. Con su ayuda, me quito la camisa por la cabeza, exponiendo mi cuerpo y, en un movimiento coreografiado, ella me desabrocha el sujetador liberándome de él, al mismo tiempo que se deja caer sobre el sofá. En este momento, los veinte años que nos separan se reducen a nada frente a lo que nos une.
Astrid demuestra ser experimentada y desliza sus manos sobre mí, haciendo que nuestros cuerpos encajen y se exciten más y más con cada movimiento.
Siento su piel cálida y suave sobre la mía y me invade el miedo: "Por favor, Astrid, no".
Ella se inmoviliza, pero no cambia de posición: "¿Por qué?"
Incapaz de responder, me reclino hacia atrás y cierro los ojos. Siento sus manos abandonar mi ombligo y deslizarse hacia abajo, acariciando ahora el interior de mis muslos, casi hasta la rodilla, y repitiendo el camino en sentido inverso. Durante algunos minutos, mantiene su cuerpo apoyado en el mío y deja que el toque de sus dedos ejerza su magia.
"Déjame tocarte. Yo quiero, tú quieres".
Siento sus dedos invadir mi cuerpo más profundamente y no reprimo un gemido. Es demasiado tarde para poder parar. Retomando el movimiento anterior, ella se desplaza hacia abajo y se coloca entre mis piernas. Quiero saborear el momento, quiero sentirla por completo más y más. Durante unos breves instantes lo consigo, pero solo hasta que ella me penetra suavemente, en un movimiento sincronizado.

Suelto un grito ronco y dejo que mi alma se derrita por completo, entregándome totalmente en sus manos.
"¿Estás bien?"
Cuántas veces al día me hace Astrid esta misma pregunta, reflexiono antes de responder.

Capítulo 34

Pensé que te alegrarías más de verme

Miércoles, 4 de diciembre [11:50]

Eliza

¿Quién podrá estar llamando a la puerta a esta hora? Me inquieto dejando el cigarrillo en el cenicero apoyado en la ventana de la cocina.
"¿Lucas?" ¿Qué está haciendo aquí mi hermano? "¿Ha pasado algo? ¿Mamá? ¿Papá?"
"Que yo sepa están estupendos. Andaba por aquí cerca y decidí visitarte."
"Ah claro, un miércoles por la mañana, ¿a quién quieres engañar?"
"Dame un cigarrillo."
"Yo no fumo", respondo mecánicamente, dirigiéndome a la cocina, y alargándole el paquete que está sobre la mesa. Retiro el cenicero del alféizar y apago el cigarrillo ya casi inexistente.
"¿Estás de vacaciones?"
"Dimití, así que ahora estoy de vacaciones todos los días."
"¿Cómo que dimitiste? No puedes hacer eso."
"No sólo puedo, ya lo hice. Lo que no puedo es seguir tragándome todo lo que ese idiota dice y hace. Si quiere que me vaya, no soporta a Caroline, pues muy bien."
"¿Y ahora qué vas a hacer?"
"Urgencias. Siempre necesitan médicos, ya sabes, lo ves en las noticias. Voy a contribuir a ayudar en el caos del sistema de salud, ya veré luego."
Lucas ni siquiera encendió el cigarrillo, lo va pasando de un dedo a otro como un juguete.
"Estás en pijama."
"No esperaba visitas", respondo riendo.
"¿Desde cuándo...?"
"¿Desde cuándo qué?", interrumpo. "¿Desde cuándo estoy en pijama? ¿Desde cuándo volví a fumar o desde cuándo dimití?"
"¿Desde cuándo te sientes deprimida?"
"No lo estoy."
"Te conozco demasiado bien."
"Pues mira hermanito, tal vez no tan bien como crees, no estoy deprimida, y mira que sé bien de lo que hablo. Estoy irritada y frustrada, necesitando pensar en la vida."
"¿En Stephanie?"
"También. Por cierto, ¿y tú? ¿Qué tal de amores? ¿Estuviste con ella?", lo miro, que esboza una sonrisa, "No digas nada, claro que estuviste."
"Es la única mujer que me hace sentir así."
"Entiendo...", respondo, aunque no sé si de hecho entiendo a qué se refiere.
"Me invitó a ir con ella a Nueva York."
"¿Aceptaste?" Me estremezco, ¿y si fue eso lo que me vino a decir? ¿Y si Lucas se va a vivir a Nueva York?
"No."
"¿Por qué?"
"Porque sé que lo que tenemos desaparecerá si nos quedamos juntos. Mi vida está aquí, incluso podría volver a Nueva York, pero no para vivir con ella, no tengo la menor duda de que eso arruinaría lo que tenemos."
"¿Y entonces?"
"Entonces ella se va y yo me quedo, quién sabe si volveremos a encontrarnos."
Suelto una carcajada y él me mira asombrado. "Disculpa. Perdona por reírme. Le dije algo muy

parecido a Stephanie y la mandé directa a París. Hay cosas que sólo tienen magia porque no suceden todos los días."
"Tienes que llamar a mamá."
"Entonces fue ella quien te mandó aquí."
"Claro, ¿quién más? Está preocupada, ¡en serio! Llámala, por favor."
"Voy a llamar. Pero no ahora. Ahora voy a darme un baño y a llevarte a almorzar a la playa."

*

Miércoles, 4 de diciembre [18:40]

Pasamos la tarde en la Barceloneta, comimos una paella deliciosa, un helado y un café, dejando que la conversación se centrara en el amor.
Cuando Lucas me deja en la puerta de casa ya ha oscurecido. Me despido y miro hacia las ventanas del apartamento, las luces de la sala están encendidas, Martin debe haber vuelto más temprano del entrenamiento, pienso, confirmando la hora.
Giro la llave en la cerradura, entro y dejo la mochila tirada en el suelo. Estoy muerta por ir al baño. Corro literalmente hacia la habitación y entro al baño cerrando la puerta, mientras grito para hacerme oír desde la habitación de Martin: "¡Hola cariño! Llegaste temprano, ¿está todo bien? ¿Qué tal la prueba?"
Extrañamente él no responde, ¿será que no me escuchó? "¡Martin! ¡Martin!", grito a pleno pulmón.
"Creo que aún no ha llegado."
Mi corazón casi se me sale del pecho, cuando Caroline, abre la puerta asomándose al interior del baño.
"¡¿Caroline?!"
"Pensé que te alegrarías más de verme."
Tan rápido como puedo salgo del baño, tropezando con ella que se quedó parada al otro lado de la puerta.
Sin darme tiempo a nada, me abraza y me besa. Siento el calor de sus labios, el perfume de siempre, el olor del champú en el pelo mojado, y me dejo besar, perdida en un mar de sensaciones. Recorro su cuerpo con las manos, como si necesitara comprobar que todo sigue igual. Parece más delgada. Desviándose de la puerta, Caroline me va empujando por la habitación, sin dejar de besarme nunca, hasta que caemos ambas sobre la cama.
"Martin está por llegar."
"¿A qué hora termina el entrenamiento?"
"A las ocho."
"Tenemos tiempo", murmura pegando los labios a mi oreja, y recorriendo su interior con la punta de la lengua.
La sensación es deliciosa, pero, al mismo tiempo que mis músculos se relajan, una parte de mi cerebro no logra dejar de pensar en todo lo que pasó en estos últimos días. El reencuentro con Stephanie, la despedida, la conversación con Lucas. Ajena a mis divagaciones, Caroline recorre mi espalda con la punta de los dedos, abriendo los botones de la camisa y el broche del sujetador, para depositar besos apasionados, dejando un rastro caliente de saliva a medida que desciende por mi vientre.
Respiro hondo y aparto el cuerpo, apenas lo suficiente para desnudarme por completo. Clavo los ojos en ella, intentando distinguir los contornos en la oscuridad de la habitación.
"Desnúdate", pido delicadamente, sabiendo que no tendré que esperar.

Confirmo con las manos lo que ya había notado al llegar, Caroline ha adelgazado. No es momento para decir nada, coloco mi cuerpo sobre el suyo y dejo que el calor de mi piel caliente la suya. Siento sus manos en mi rostro y permito que nuestras bocas se encuentren. La beso con una intensidad de la que aún no había sido capaz, y poco a poco en cada movimiento, tomo conciencia de cuánto la deseo. No tengo prisa, al contrario, quiero el lujo del tiempo, el placer de la espera, y dejo que sea ella quien marque el ritmo.
Sentada con ella en mi regazo, la proximidad entre los cuerpos no podría ser mayor, me inclino y escondo la cara en su pelo aún húmedo. Siento su mano entre mis muslos, deslizándose en un juego del gato y el ratón.
"¡Caroline!"
"Dime", me responde de forma provocativa, como si no supiera de qué se trata.
"Por favor", susurro, pegando más y más la pelvis a su mano.
"Pide. ¿Qué necesitas?"
Siento su pecho pegado a mí, y coloco los labios alrededor de uno de sus pezones, esa es la respuesta a su pregunta.

*

Miércoles, 4 de diciembre [20:10]

Cuando Martin entra en casa, yo estoy empezando la cena, y Caroline ya tiene la mitad de la mesa puesta, como si se tratara de un día completamente normal.
"¡¿Mamá?!", Martin deja caer todo lo que trae en la mano, se quita la mochila y corre a los brazos de Caroline como si tuviera 5 años, lo que hace que ella casi pierda el equilibrio. Entre lágrimas y risas, pasan varios minutos hasta que se acuerdan de mí.
"¡Mamá! Disculpa, buenas noches", me dice, mirándome con una expresión que me provoca una carcajada.
"¿Cuándo llegaste? No sabía que venías. ¿Está todo bien? ¿Te despidieron?" Sus preguntas parecen interminables y tan ansiosas que no se atienen a tener que esperar para obtener respuestas.
"Martin, recoge tus cosas, ve a bañarte y ven a cenar", enuncio, sin permitir que pueda discrepar, "¡Tienes toda la noche, ahora ve!"
Sus preguntas son también las mías, reflexiono, revolviendo la pasta. ¿Por qué está ella aquí?
Martin está hambriento y al parecer Caroline también, por lo que el hambre se sobrepone a la curiosidad. Ya en el postre es ella quien lo inunda a preguntas, la escuela, el balonmano e incluso la nueva novia se vuelven el centro de la conversación, y claro, a él le encanta ser el centro de atención.
"Hora de ir a dormir, mañana no es fiesta", declaro, mirando el reloj. "Mañana, mamá todavía estará aquí para responder a tus preguntas", la frase me sale espontáneamente, como una frase hecha que tiene como única intención hacer que se vaya a la cama, pero de repente las palabras se reflejan dentro de mí '¿mañana Caroline todavía estará aquí?', ¿será así?
Él finalmente accede, pero se lleva a Caroline con él, bajo pretexto de tener algo muy importante que mostrarle. Sola sentada a la mesa, respiro hondo, y por primera vez tomo conciencia de la confusión que todo esto puede traer. Ordeno metódicamente la vajilla en el lavavajillas y preparo dos cafés. Caroline tarda en volver, por lo que decido beber el mío, encendiendo la televisión sólo para ver las noticias del día, nada muy diferente de las noticias de ayer, reflexiono cuando apago el aparato minutos después. Su café se enfrió, sacudo la cabeza resignada ante el desperdicio y derramo el líquido en el fregadero.

Camino por el pasillo hacia las habitaciones, asombrada por no oír el ruido de las voces. Martin tiene la puerta entreabierta, la empujo hacia atrás y echo un vistazo, están los dos acostados en su cama, y duermen plácidamente con la luz encendida.
Nada más que hacer sino dormir sola y aceptar que sólo mañana podré tener respuestas.

Capítulo 35

No habría escatimado en medios para lograr mi objetivo

Miércoles, 4 de diciembre [20:10]

Margot

Me sorprende ver a Astrid en la cocina preparando la cena, es agradable, pero extraño, pienso mientras me doy un baño largo. Hemos hablado mucho, de todo y de nada, sabiendo que el tiempo nunca es suficiente para todo lo que queremos saber en un instante.

Salgo de la ducha y miro mi reflejo en el espejo, tengo algo de sobrepeso y arrugas aquí y allá, aunque no me puedo quejar mucho al respecto.

"¡Margot! Margot, ven a cenar."

No puedo evitar reírme de lo prosaico que resulta la escena.

La carne se derrite en la boca y las patatas asadas están crujientes y suaves al mismo tiempo.

"¡No te conocía estos dotes culinarios!"

"Ni muchos otros...", bromea, inclinándose para besarme. "Tengo que empezar a pensar qué voy a hacer. Por mucho que me guste estar aquí, no puedo seguir así."

Sé que habla en serio y me gustaría poder ayudarla, pero en realidad yo soy la responsable de esta situación.

Como si leyera lo que estoy pensando, se anticipa: "Menos mal que me despediste, nos has ahorrado muchos problemas."

"No te despedí."

"Ya lo sé, ya lo sé, solo invitaste a Rachel a aprovecharse de mí", declara haciendo pucheros.

"¡Ya puedes parar! Solo de pensar en esa mujer me revuelve el estómago."

En el momento en que acabo la frase, mi teléfono suena.

"No voy a contestar, quien sea tendrá que esperar."

"Puede ser urgente."

"No tengo nada más urgente que cenar contigo."

A pesar de mi respuesta rotunda, cedo ante la persistencia de quien me llama, y después de tres intentos acabo atendiendo.

"¡Francesca!"

"Enciende la televisión."

"¿Cómo que encienda la televisión? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido algún atentado?"

"Afortunadamente no. Haz lo que te digo, enciende la televisión y pon las noticias de las nueve, creo que te va a interesar."

"Sabes que mañana voy para allá, a París, ¿verdad?"

"Claro, ya he reservado mesa."

Sin añadir nada más, Francesca cuelga el teléfono. Ella suele ser una mujer misteriosa, pero esta vez se ha lucido. Le resumo rápidamente el contenido de la conversación a Astrid, que se levanta para encender la televisión. Faltan menos de cinco minutos para el noticiario.

"¿Qué podrá ser, se te ocurre algo?"

"Ni idea. Mañana es la presentación oficial de los resultados del OT523, no sé lo que Stephanie va a decir, después de que Henri se retirara. Temo que eso sea suficiente para que la competencia se nos eche encima. Solo espero que lo que Francesca quiere que vea no tenga nada que ver con eso."

El noticiario comienza con dos noticias sobre la guerra, y sigue con un escándalo de acoso. Durante unos segundos no termino de entender el contenido de la noticia: "En vísperas de la divulgación pública de los resultados y de la presentación del expediente de registro ante la Agencia Europea de uno de los fármacos más esperados en la lucha contra la tuberculosis, se han

filtrado múltiples correos electrónicos y fotografías que involucran a Henri Dubois, el CEO de BioXN, en casos de acoso a empleadas de la empresa. Al nombre del CEO se suman el de una de las directoras de recursos humanos y otros dos directores de marketing. La administración de BioXN afirma que Henri Dubois ha puesto su cargo a disposición y que su dimisión ya ha sido aceptada. A pesar de este comunicado, y de que la presentación prevista para mañana no ha sido cancelada, la noticia seguramente provocará una caída en las acciones de la compañía cuando abra el mercado de valores."
"¿En serio? ¿Y tú no sabías nada?", pregunta Astrid atónita. "Seguro que Rachel también está involucrada."
No consigo pronunciar una sola palabra.
"¿Cómo es que tu amiga Francesca lo sabía?", inquiere Astrid, que ha encendido el ordenador en busca de más información. "Aquí dice que fue una denuncia anónima, hecha directamente al canal de televisión. Alguien envió correos, fotografías e incluso testimonios de víctimas."
Claro que Francesca lo sabe, además ¿hay algo de lo que ella no se entere?, me pregunto en silencio.
"Discúlpame, Astrid, no voy a poder terminar de comer."
Me levanto y vuelvo a coger el teléfono.
"Stephanie, buenas noches. ¿Has visto las noticias?"
"Acabo de verlas, ¡menuda bomba! ¿Quién va a ocupar su puesto, tienes alguna idea?"
"Creo que nadie lo sabe, ni siquiera la administración, menudo shock."
"La gente nunca se queda tan impactada como imaginamos. Probablemente mucha gente sabía lo que pasaba, solo que miraban para otro lado."
"¿Vas a presentar los resultados como habíamos acordado?", pregunto con la esperanza de que Stephanie haya cambiado de parecer.
"Depende, mañana lo veremos", dice irónicamente. "¿Voy a tu casa y cogemos un taxi al aeropuerto?"
Cuando cuelgo, Astrid se ha acomodado en el sofá y hay dos tazas de té esperándonos.
"Es bueno formar parte de tu día a día", afirma cuando me siento.
"¿Tú crees? A mí me parece que podrías tener cosas mucho más interesantes que hacer que lidiar con las crisis de la industria farmacéutica y de una mujer de mediana edad."
"Me ofendes, no lo entiendes ¿verdad?", afirma dejando la taza y poniéndose de pie.
"No te vayas", le pido, agarrándole la mano, "Tienes razón, me cuesta."
"¿El qué? ¿Saber que me he enamorado?", cuestiona, afortunadamente, volviendo a sentarse. "No necesitas estar enamorada de mí, no te pido nada excepto la oportunidad de estar contigo, mientras nos haga bien a las dos."
"Ven conmigo a París."
"¿Mañana?"
"Sí."
"No, pero estaré aquí cuando vuelvas. Te sentará bien estar con tu amiga Francesca.

*

Jueves, 5 de diciembre [08:30]

"Astrid, ¿puedes abrir, por favor? Debe ser Stephanie que ha llegado antes de tiempo."
Acabo de guardar las cosas en la maleta, desafortunadamente no he conseguido convencer a Astrid para que venga conmigo.
Oigo voces, ¿será que no es Stephanie? Dejo lo que estoy haciendo y me dirijo hacia la sala.

"¡¿Caroline?!" Tengo que cerrar los ojos y volver a abrirlos para convencerme de que es realmente Caroline la que está de pie en medio de mi sala.
"Por tu cara veo que debo tener mal aspecto, ¡vaya!", ironiza extendiendo los brazos y envolviéndome en un abrazo.
"Has tenido días mejores. ¿Lo sabe Eliza?"
"Sí, llegué ayer por la tarde, pero necesito hablar contigo."
Astrid permanece de pie, junto a la puerta de entrada, como si no supiera qué hacer. "¿Un café? Ahora mismo lo preparo", dice, yendo hacia la cocina sin esperar respuesta.
Por la expresión en la cara de Caroline, creo que solo ahora se ha dado cuenta de algo fuera de lo común: Astrid en pantalones cortos y camiseta de dormir.
"¿Quién es?", pregunta.
"Astrid", respondo sin más comentarios, en este momento la que tiene que dar explicaciones no soy yo.
Después de tomarnos el café, Astrid se retira al dormitorio.
"Estamos solas", afirmo mirando a Caroline a los ojos, "¿Vas a decirme qué haces aquí?"
En ese tono suyo contenido y sereno tan característico, me describe sus últimas semanas en Sídney, confirmando cosas que ya sé y añadiendo varias otras.
"¿Qué debo hacer?"
"Esa es una respuesta que no puedo darte. Solo tú puedes saberlo. Creo que no se trata tanto de lo que debes hacer, sino más de lo que quieres hacer. Solo no conviertas a Eliza en una víctima, respétala. Por lo demás, el único consejo que puedo darte es que intentes ser feliz."
Llaman a la puerta y la imagen de Stephanie aparece en la pantalla del video portero, "Tenemos que darnos prisa o perderemos el avión. ¿Bajas? Te espero aquí."
"Lo siento Caroline, de verdad tengo que irme, si quieres seguimos hablando cuando vuelva."
"Yo os llevo al aeropuerto, tengo el coche aquí abajo".
Astrid baja con nosotras y de repente estamos las cuatro frente a frente. Stephanie mira a Caroline, sin dar muestras de saber quién es. Le sigo el juego y hago las presentaciones de la forma más neutra que sé. Le doy un beso en los labios a Astrid, que sonríe y murmura: "Te espero", asiento con la cabeza y siento un nudo en la garganta.
Cuanto menos, va a ser un viaje insólito, reflexiono durante el trayecto hasta el aeropuerto.

*

Jueves, 5 de diciembre [10:00]

"No conocías a Caroline, ¿verdad?", le pregunto cuando nos sentamos en un café después de pasar el control de seguridad del aeropuerto.
"Solo de oídas", responde Stephanie sin dar muestras de inquietud. "¿Se suponía que iba a estar aquí?"
"No. Ha vuelto de repente. La vida a veces tiene coincidencias extrañas."
"¿Qué quieres decir con eso? ¿Ella sabe que Eliza y yo nos reencontramos?" Esta vez la voz de Stephanie denota preocupación.
"Por lo que sé, Caroline desconoce tu existencia, tanto ahora como hace veinte años."
"Entonces, no lo entiendo, ¿de qué coincidencias estás hablando? ¿Se peleó con el jefe y se despidió?", pregunta medio en broma.
"Tiene que ver con jefes y empleos, pero es todo lo que puedo decir. Eso lo tienen que hablar ellas."
"Tienes razón, a mí no me incumbe. Adoro a Eliza, quiero que sea feliz."

"Lo será", respondo rápidamente, viendo cómo los ojos de Stephanie se llenan de lágrimas.
"¿Astrid estaba en tu casa? Con las noticias de ayer, por lo menos una cosa buena: ya no es tu asistente", afirma con sarcasmo.
"Fue exactamente lo que ella dijo", suspiro, "Es extraño ¿no?"
"¿El qué? ¿Que ella esté en tu casa o que ya no sea tu asistente?"
"Deja de bromear, el asunto es serio."
"Tienes razón. Pero no entiendo qué tiene de extraño."
"Que yo le saque veinte años a ella."
"A ella le gustas, se le nota a la legua. No sé si le habrías gustado si tuvieras veinte años menos."
"¿Tú crees?", nunca había visto las cosas desde esa perspectiva, siempre di por hecho que ser más joven era una ventaja, tal vez Stephanie haya planteado un punto interesante.
"Yo estuve enamorada de una mujer mucho mayor que yo. La adoraba. El hecho de que fuera mayor contribuía a mi fascinación, Anna vivía la vida sin miedo y eso se reflejaba también en nuestra relación, creo que no perdió ni un minuto pensando que yo era más joven que ella, simplemente le gusté. Voy a hacer la presentación de los datos mañana..."
"¡Qué buena noticia!", exclamo "¡y qué drástico cambio de tema!"
"No tanto, Anna murió por una enfermedad que podía haber sido tratada, tengo la obligación de evitar que eso le pase a otros. Esa fue su lucha, y solo puedo decirte que no habría escatimado en medios para lograr su propósito.

Capítulo 36
Era inevitable que sucediera

*

Jueves, 5 de diciembre [10:00]

Eliza

Me despierto con los rayos de sol golpeando en la ventana. ¿Qué hora es? ¿Por qué no ha sonado la alarma? ¿Y Martin? ¿Y Caroline? Me levanto de un salto y, descalza, voy hasta su habitación. La cama está deshecha, pero parece que él ya se ha ido, no hay ni rastro de la mochila ni del bolso de deporte. Corro a la cocina, veo restos del desayuno y una nota sobre la mesa: "He llevado a Martin al colegio. He apagado tu alarma para que pudieras dormir. ¿Almorzamos?"

Cada vez entiendo menos. Vuelvo a la habitación y cojo el móvil, no puedo llamar a Martin, ya debe estar en clase, pienso, antes de marcar el número de Caroline: apagado.

Abro el cajón de la mesita de noche y saco un cigarrillo, me acerco a la ventana y exhalo una nube de humo, estremeciéndome con el frío cortante de esta mañana invernal de sol invernal.

Llamo a Margot, tal vez ella me ayude a entender qué está pasando. Afortunadamente lo coge a los primeros tonos. Sin dejarla decir casi nada, le cuento todo lo que pasó ayer.

"Estoy en el aeropuerto", afirma como si fuera la continuación lógica de la conversación.

"¿Cómo que en el aeropuerto? ¿A dónde vas?", otra sorpresa más, pienso aspirando el humo tan profundamente que no puedo contener la tos.

"A París. Vamos a presentar los resultados oficialmente. No deberías estar fumando, lo sabes, ¿no?"

No quiero hablar de resultados, mucho menos de fumar, así que vuelvo al tema: "¿Te lo puedes creer? Apareció así de la nada, cuando llegué estaba aquí, sin explicaciones, nada, como si fuera lo más normal".

"Yo ya lo sabía".

"¿Cómo que ya lo sabías? ¿Ya sabías que Caroline estaba aquí? ¿Quién te lo ha dicho?", yo no he hablado con nadie, ¿habrá sido Martin?

"Caroline ha ido a mi casa esta mañana".

"¿Caroline ha ido a tu casa?", repito incrédula.

"Sí".

"¿Ha vuelto inesperadamente de Australia y necesitaba hablar contigo antes de tener tiempo de conversar conmigo?"

"Escucha Eliza, no puedo ser yo quien hable contigo. Estoy en el aeropuerto con Stephanie, Caroline ha estado en mi casa, y sinceramente creo que tienes muchas cosas que poner en orden, pero vas a tener que hacerlo tú sola".

"¿De qué estás hablando? ¿Te importaría no hablar en ese tono condescendiente, precisamente tú!", respondo a gritos, exasperada.

"No es conmigo con quien debes estar enojada, tal vez ni siquiera tengas que estar enojada con nadie".

"Caroline se ha ido y no ha dicho nada, tiene el móvil apagado".

"Volverá".

Harta de la conversación, cuelgo el teléfono sin despedirme.

Me voy a la playa. Necesito salir de aquí y ordenar mis pensamientos. Quiero saber qué pasó para que Caroline esté aquí, pero al mismo tiempo sé que tengo que decidir qué le voy, o no, a contar, y no estaba preparada para eso, aún no.

Entro al baño, y sobre el lavabo, veo un sobre azul con mi nombre escrito, con la inconfundible letra de Caroline. Lo cojo con fuerza, casi arrugando el papel. ¿Una carta de despedida? ¿Qué podrá ser? ¿Por qué una carta? Suelto el sobre, como si el papel me quemara, dejándolo caer al

suelo.
Hago lo que había planeado, me meto en el coche y conduzco lentamente hasta la playa. La arena está desierta, y el agua turbia, de un azul grisáceo. Me siento en una mesa de la terraza y enciendo un cigarrillo.
El pasado nunca es exactamente como lo recordamos, pienso, cuando una joven me pregunta qué quiero tomar. Un capuchino, respondo automáticamente, dejando que mi mente vuele a Cerdeña. El capuchino era la bebida de todas las mañanas, acompañado de besos con sabor a espuma. La boca de Stephanie no tiene el mismo sabor. Por más que haya querido encontrarlo, el sabor ha cambiado, como ha cambiado el olor, el tacto.
Siento una lágrima resbalar por mi mejilla. Por más que no quiera admitirlo, estar con Stephanie ahora es bueno, es genial, pero no es igual a los recuerdos que guardé todos estos años. En mi imaginación, Stephanie tiene 26 años, la energía de toda una vida por delante, el sabor del descubrimiento que solo se puede tener en el primer viaje. Es imposible competir con eso, nada de lo que pueda pasar ahora tiene la mínima posibilidad de ganarle al producto de mi fantasía. Y, sin embargo, estuvimos juntas. Dejé que pasara, quise que pasara.
Puedo esconderme tras la ausencia de Caroline, pero es la más sórdida de las mentiras, sé perfectamente que habría estado con Stephanie incluso si Caroline hubiera estado aquí, incluso si todo estuviera bien entre nosotras, porque el impulso de la fantasía es más fuerte, más fuerte que cualquier cosa que la realidad pueda contraponer. Y ahora se ha acabado, la realidad se ha encargado de deshacer con cariño la fantasía.
Después de tomarme el capuchino me siento mejor. Meto la mano en el bolsillo del abrigo y siento el papel grueso del sobre. Lo saco y miro las letras de mi nombre cuidadosamente escritas. Sé que en el momento en que decida leerlo, no habrá vuelta atrás.
Lo abro con cuidado y saco dos páginas manuscritas, con una caligrafía rápida y difícil de leer, como siempre fue la de Caroline.

> *"Eliza, si estás leyendo esta carta, es porque decidí volver a casa y la traje conmigo. ¡Un error garrafal! Debería haber hecho lo que sugeriste antes de que me fuera, enviar cartas, no emails ¿recuerdas? ¡Cartas! Las cartas nos dan tiempo para reflexionar, para sopesar cada palabra y sus efectos. Yo nunca escribí cartas. Siempre tenía demasiada prisa, siempre tenía miedo de que la vida pasara, antes de que el correo tuviera tiempo de llevarlas y traerlas.*
>
> *Lo que tengo que contarte no es fácil (no te asustes, no estoy enferma, ni nada tan dramático), pero es parte de nuestra historia. Claro que voy a hablar contigo, conversar, discutir, lo que quieras, pero pensé que debía permitirte tener toda la información, sin la emoción de un encuentro, y después, después será como tú quieras que sea.*
>
> *Los primeros días en Sídney fueron horribles, nada parecía tener sentido, no podía dormir, era insoportable. Las personas que trabajan en el Centro fueron extraordinarias, aguantaron mi mal humor sin conocerme de nada, creyendo que yo era mejor que aquel personaje seco y arisco. Te echaba tanto de menos que solo la perspectiva de hablar contigo me dejaba agotada, verte y no poder tocarte, no poder besarte. Intenté hacer lo que habíamos acordado, vi el esfuerzo que hacías para convencerme de que estabas sintiendo algún tipo de placer con nuestras conversaciones. Improvisé lo que pensé que era sexo online, pero claramente no tuve éxito, perdona. Dejé de llamarte, porque era demasiado difícil. Y con eso, me convertí en una madre ausente para Martin, y una pareja distante para ti.*
>
> *En el Centro Quirúrgico las cosas avanzan a una velocidad de vértigo. Si crees que yo soy*

acelerada, deberías ver a esa gente, no hay límites, ni imposibles, el futuro es hoy, y mañana tenemos que ser mejores. Me entregué al trabajo en cuerpo y alma, tuvimos casos difíciles y otros imposibles, o tal vez no, porque hicimos posible lo imposible, y definimos nuevos límites para lo que la técnica puede hacer. Con la muerte presente en cada esquina, en cada caso, lo mínimo que puedes hacer es celebrar cada victoria como si fuera la más importante de tu vida. La adrenalina se adueña de nosotros, y casi sin darme cuenta, me encontré enganchada a todo aquello.

Sería la más profunda de las mentiras decirte que solo me mantuve alejada porque te echaba de menos, no, eso fue cierto durante los primeros días, las primeras semanas, pero después, después, simplemente me dejé llevar por las circunstancias y por mi hedonismo.

Stella se fue acercando. Primero secó mis lágrimas, me llenó de trabajo, no dándome tiempo para respirar, pero sobre todo para sufrir. Transformó el trabajo en terapia, y logró sus propósitos. Aprendí más en aquellas semanas que en muchos años, y a ella se lo debo. Pero no fue algo inocente. Horas y horas en quirófano, una copa para relajarse, una conversación, y finalmente sucedió lo más previsible, terminamos liándonos.

No te voy a decir que no significó nada, porque además de una mentira, sería una profunda injusticia. Stella es una de las personas más increíbles que he conocido, una cirujana extraordinaria, una mujer genial, y una amante sublime, pero no eres tú. Y lo que descubrí es que la persona de mi vida eres tú.

Stella me hizo entender que mi lugar no estaba allí, mi vida no estaba allí".

La carta se extiende por varios párrafos más, que leo cuidadosamente, antes de doblar las hojas y volver a meterlas dentro del sobre y este nuevamente dentro del bolsillo del abrigo.

Recuerdo la nota de esta mañana y miro el reloj, tal vez debería intentar llamarla otra vez, pienso, sin poder evitar sonreír, a pesar de todo.

*

Jueves 5 de diciembre [14:30]

Miro los platos y la comida sobre la mesa, pero de solo pensar en comer siento ganas de vomitar. Cambio de idea, guardo el pollo y el arroz en tápers y saco un bote de helado del congelador, acomodándome en el sofá con una cuchara sopera. Pongo en la televisión una comedia romántica, me acurruco en la manta y como lentamente, dejando que mi lengua se entumezca con el frío.

Cuando escucho la llave, dejo el helado y la cuchara en la mesa y, en un gesto automático, subo la manta hasta el cuello, fingiendo estar absorta en lo que sucede en la pantalla. Sé que nuestra conversación es inevitable, pero aún no he decidido qué le voy a decir.

"¿Ya has almorzado?", pregunta Caroline sorprendida, acercándose.

"Ya es tarde", digo.

"¿Puedo terminarlo?", cuestiona de forma retórica cogiendo la cuchara y abriendo el bote de helado.

"He leído tu carta", murmuro, sin estar segura de que me oiga.

"Lo sé".

"¿Por qué has vuelto?"

"No podía seguir allí. El proyecto es fantástico, las personas son excepcionales, y estaría mintiendo si te dijera que no me sentí profundamente orgullosa de lo que estaba haciendo, pero..."

"¿Pero qué? ¿No es suficiente?"

"No. Sabes que yo quería ir, pensaba que era posible tenerlo todo, a ti y a Martin, un trabajo de ensueño, éxito, todo".
"Incluyendo a Stella", interrumpo con sarcasmo.
"Si no hubiera sido Stella habría sido otra persona. Escucha, lo que me hizo volver no fue Stella, fue darme cuenta de que era inevitable que pasara. El ritmo es frenético, la adrenalina también, y al final, cada uno de nosotros siente el peso de la soledad, necesita contacto humano, olvidar por unos instantes. Si no hubiera sido Stella habría sido otra persona", repite mirándome. "Eliza", dice, sentándose al borde del sofá, a mi lado, "No sé qué piensas sobre lo que te he contado, en tantos años nunca había estado con otra persona, pero no porque no lo hubiera pensado de vez en cuando, simplemente porque el miedo a perderte por un momento de hedonismo siempre fue más fuerte, hasta..."
"Hasta que me engañaste con Stella".
"No te he traicionado en lo más importante que tenemos, yo no quiero a Stella". Caroline me acaricia el rostro y con total serenidad pregunta: "¿Quieres que me vaya, quieres que te dé tiempo y espacio para pensar? ¡No sé! Dime qué necesitas..."
"Necesito contarte lo que pasó mientras estuviste fuera".

Capítulo 37

Propuestas irrechazables

Jueves, 5 de diciembre [19:30]

Margot

"La presentación salió tan bien como puede ir cuando tú quieres hablar de una cosa y toda la audiencia quiere oír otra completamente diferente", bebo un sorbo de vino blanco y miro alternativamente a Francesca y Stephanie, sentadas frente a mí.

"Tampoco fue para tanto, estás exagerando", argumenta Stephanie, que no deja de sonreír desde que su discurso se llevó el mayor aplauso de la tarde.

"¡Por supuesto que sí!", exclamo irónicamente, masticando un pequeño bocadillo de jamón y aguacate antes de continuar: "Solo querían saber si iba a haber un proceso penal, cuántas víctimas... querían sangre."

"Sudor y lágrimas", completa Francesca, hasta el momento demasiado callada.

"¿Sabes algo que nosotras no sepamos?", indago poniendo la mano en su brazo. Ella se inclina y toca mis labios con los suyos. Mi mirada va directamente a Stephanie que sigue sonriendo, pero ahora con una sonrisa llena de ternura.

"Sé muchas cosas que vosotras no sabéis, tienes que ser más específica, querida", acaba por responder.

"Sabes perfectamente lo que te estoy preguntando. Ni siquiera sé cómo la prensa no nos bombardeó con preguntas. Es más, ahora que lo pienso mejor, fueron muy comedidos."

"Quizás no lo parezca, pero los periodistas saben lo que tienen que hacer. Y hacer preguntas sobre la sucesión de Henri hoy, solo contribuiría al caos. Las acciones cayeron casi un 10%, a pesar de vuestro anuncio, que en cualquier otro momento habría sido suficiente para que se dispararan al menos otro tanto."

"No le des más vueltas, ¿sabes o no sabes quién va a ser el próximo CEO?"

La respuesta queda providencialmente aplazada por la llegada de los pedidos, tartar de res para Stephanie, y salmón para nosotras. Durante algunos minutos nadie tiene ganas de hablar sobre BioXN y nos concentramos en el placer de los sentidos, saboreando la comida.

La primera en volver a hablar de trabajo es Stephanie: "Francesca", dice pronunciando el nombre de manera solemne, lo que hace que tanto yo como la propia Francesca dejemos los cubiertos y la miremos, "He pensado mucho en todo lo que me propusiste, y aún no te he dado una respuesta porque mi cabeza osciló entre el sí y el no a una velocidad vertiginosa. Hubo momentos en que quise aceptar y otros en los que tuve la certeza de que debía rechazarlo. Disculpa..."

Francesca interviene, hablando en un tono deliberadamente lento: "Quien no tiene dudas no es inteligente, y eso te sobra."

"Bueno, lo cierto es que las últimas noticias acabaron por darme la certeza que me faltaba. Con o sin el compromiso de BioXN voy a aceptar tu propuesta."

"¿Se lo dijiste a Eliza?", pregunto sin contenerme.

El semblante de Stephanie se modifica instantáneamente, mirándome con gesto reprobador, al mismo tiempo que mira de reojo a Francesca.

"Francesca me conoce demasiado bien como para que tengamos secretos, y Eliza es una parte fundamental de mi vida. Así que sí, si te estás preguntando si Francesca está al tanto de tu historia con Eliza, la respuesta es sí.

"No te sientas incómoda, Stephanie", tercia Francesca, "Haría falta mucho más que el reencuentro de una bonita historia de amor para escandalizarme."
"¿Te escandaliza alguna historia de amor?", no resisto provocarla.
"Ponme a prueba.", responde Francesca con una carcajada.
"Eliza lo sabe. No le dije que tenía dudas, no volví a verla desde que nos despedimos, pero ella fue la primera en decirme que aceptara."
"Siempre pensé que Eliza era una mujer sabia, así que no me extraña", declara Francesca levantando su copa en un brindis por Eliza.
"El destino parece estar de acuerdo, yo acepto el proyecto y me mudo a París, y al mismo tiempo Caroline regresa a casa", profiere Stephanie con una sonrisa que contrasta con la tristeza de su mirada.

"¿Ha vuelto Caroline?", pregunta Francesca sorprendida.
"¿No lo sabías? ¿Tú que siempre lo sabes todo? ¿Tu amiga australiana no te avisó?", ironizo.
"Me imagino lo que habrá ocurrido", es todo lo que Francesca profiere, antes de cambiar el rumbo de la conversación: "¿Quién quedará al frente del timón de BioXN?"
"¿En serio? ¿Nos estás preguntando eso? Si alguien puede saberlo eres tú", respondo algo cabreada, porque ella sigue mareando la perdiz.
Distrayéndome por un momento, veo entrar al salón del restaurante un grupo de tres personas, noto que entregan los abrigos al metre, y para mi asombro, se dirigen a nuestra mesa.
"Fantástico, qué bueno que llegaron. ¿Os unís a nosotras para el postre, o preferís cenar?", Francesca, evidentemente cómoda con la situación, abre espacio para que puedan sentarse en las sillas que fueron rápidamente colocadas alrededor de la mesa.
"Un helado de limón me parece perfecto", declara la única mujer del grupo.
"Nunca cambias, ¿verdad?", responde Francesca, guiñándole un ojo.
"No debemos cambiar las cosas que son verdaderamente buenas", responde la otra, mostrando estar a la altura.
Después de breves presentaciones y de que nos sirvan helados de limón y mousses de chocolate, se hace un momento de silencio.
Francesca me mira a mí, a los tres nuevos invitados, y otra vez a mí, antes de decir: "Cuando os presenté hace poco, no mencioné que todos ellos forman parte del consejo de administración de BioXN."
Mi corazón late acelerado, no estoy segura de entender lo que está pasando en esta mesa.
Uno de los hombres la mira, cuestionando "¿Estás segura de que este es el lugar adecuado?"
"No hay nada que un helado de limón no ayude a decidir", responde Francesca volviendo a guiñarle el ojo a la mujer ahora sentada a su lado.
"Muy bien, voy a ser directo: Margot si aceptas, eres la elección del consejo de administración para el puesto de Henri."
Stephanie no contiene un grito de alegría, pero yo me quedo muda, sintiendo el corazón latiendo fuerte y las piernas temblando.

*

Jueves, 5 de diciembre [22:30]

Sentada al lado de Francesca en la suite en la que estoy hospedada, logro finalmente volver a respirar normalmente.
"Has hecho bien en no responder."

"No podía. ¿Crees que iba a decidir algo así, así como así?"
"Creo que las grandes decisiones son fáciles de tomar. Puedes no compartirlo, puedes incluso creer que aún no lo has decidido, pero en el fondo, tu decisión está tomada."
Ella va bebiendo pequeños sorbos de champán, dejándome saborear un vaso de gin. No sé si es el efecto del alcohol, si de la tensión acumulada, pero en este momento me siento agotada. Me aparto hacia un lado y me acuesto con la cabeza en su regazo, permitiendo que me acaricie el pelo.
"No puedo aceptar."
"¿Por qué no? Tú quieres este puesto, siempre lo has querido."
"Es verdad", respondo, volviendo a sentarme derecha y terminando de beber el gin. "Hace unos meses no lo habría dudado ni un segundo."
"¿Y ahora?"
"Ahora...", no sé cómo terminar la frase.
"¿Por Astrid?"
"¿Cómo lo sabes?", pregunto, mirándola.
"Era de esperar."
"¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué era de esperar? Yo diría que esta historia es todo menos previsible."
"Lo único que podía no ser previsible era que te enamoraras."
"No estoy enamorada."
"No, claro que no. Solo te planteas no aceptar el puesto que siempre has querido porque eso te obliga a marcharte de Barcelona", declara irónicamente. "¿Desde hace cuántos años nos conocemos? He sido testigo de muchos casos tuyos, muchos romances, pero la forma en que hablas de Astrid, puedo asegurarte que es diferente."
"Ella es mucho más joven..."
"Pero ya no es tu asistente", termina Francesca con una carcajada. "Si el problema es empleo aquí en París, puedo ver qué puedo hacer. Por lo menos cuéntale, dale la oportunidad de ser parte de la decisión."
"Ella va a pensar que me estoy tomando lo que tenemos demasiado en serio."
"¿Y? La verdad es que te lo estás tomando en serio."

"No sé lo que ella siente por mí."
"No importa, lo más importante es querer."

*

Viernes, 6 de diciembre [21:30]

"¿Lo rechazaste?", el estupor patente en el rostro de Astrid es tanto que incluso en el serio contexto que asumió la conversación no evito una carcajada.
Ella fue a buscarme al aeropuerto y vinimos aquí. No puedo dejar de admitir que su apartamento es acogedor, además nos encontramos con la vecina de enfrente, que me recibió con un abrazo, como si fuéramos viejas amigas, en el más casual de los encuentros cotidianos. Tal vez eso sea de las cosas que más me perturba, me siento en casa.
"No, no lo rechacé. Simplemente dije que tenía que pensar. Yo no quiero ir a París"
"¿Por qué? Tú adoras París, tu amiga Francesca está en París..."
"Pero tú estás aquí", susurro, sacudiendo la cabeza. "Disculpa, parece un cliché, dos o tres encuentros y quiero vivir contigo el resto de la vida, no es eso, no te asustes...", creo que quien

está asustada soy yo.
"¿No me asusto con qué? ¿Con el hecho de que no quieres vivir conmigo el resto de la vida?", pregunta riéndose.
"No seas tonta, no fue eso lo que dije."
Astrid aleja la silla de la mesa, donde hace mucho terminamos de cenar, se acerca y me da un beso. "Fue exactamente eso lo que dijiste."
"Venga, no bromees, el asunto es serio. La invitación no podía ser mejor, pero me obliga a ir a París, y nosotras..., y tú..."
"¿Y yo qué?"
"Ya te lo dije, tú estás aquí."
"Puedo mudarme a París", declara como si estuviera diciendo que podemos ir a cenar fuera.
"¿Lo estás diciendo en serio? ¿Y tu trabajo? ¿No ibas a empezar unas prácticas? Pensé que estabas entusiasmada." Recuerdo las palabras de Francesca: 'Si el problema es empleo aquí en París, puedo ver qué puedo hacer'."
"¿Quieres que sea completamente honesta?"
"¿Acaso me queda alternativa?", bromeo, sintiendo el corazón acelerarse con el nerviosismo de lo que pueda venir.
"Me gusta estar en casa, me gusta cuidar de mí, de los demás, de lo que está a mi alrededor. Nunca he ambicionado un empleo trascendental ni ganar millones, aunque esto no se pueda decir en voz alta. Si yo pudiera, solo haría voluntariado, dar apoyo a quien está solo, ahí creo que sería verdaderamente feliz."
"Ven conmigo, lo que yo gano es más que suficiente para las dos. Nada podría hacerme más feliz", respondo, agregando, "De hecho, creo que hay algo que podría."
Sin darle tiempo para interiorizar el significado de mis palabras, le extiendo la mano, tirando de ella, para que me acompañe.
Desnuda, tumbada sobre las sábanas, Astrid parece aún más joven, trato de no pensar demasiado, y concentrarme en lo que voy a hacer. Abro la maleta que dejé en el suelo y saco un pañuelo de seda blanca. "Quizás los velos puedan tener otras funciones además de para escondernos tras ellos", murmuro doblando el pañuelo de forma que pueda cubrirle los ojos, atándolo con un nudo. Sin responderme, ella pasa lentamente la lengua sobre los labios en un gesto deliberado que hace el efecto deseado. Siento el deseo invadir mi cuerpo, me inclino, permitiendo que nuestros muslos se toquen, luego el vientre, el pecho, hasta juntar mi boca con la suya. Es solo el inicio de lo que pretendo hacer. La beso repetidamente en la boca y en el cuello, siento su cuerpo moverse debajo del mío y sus uñas clavadas en mi espalda. Sin cambiar de posición, coloco una de mis manos entre nuestros cuerpos, tocándola directamente. Sé que estoy en el lugar correcto, ella extiende los brazos hacia arriba, sin poder dejar de moverse, murmura palabras inconexas junto a mi oído, y menea la cadera, aumentando el contacto con cada movimiento.
"¡Margot!..." La frase se pierde en un grito de placer, los músculos se relajan, y su cuerpo se relaja por completo debajo del mío.

Epílogo

25 de Diciembre

Eliza

Entro en casa de mi madre, con Caroline, y Martin a mi lado dando saltos, parece un niño de 5 años, de la emoción.
"¡Feliz Navidad!", exclama Lucas cuando nos abre la puerta, dándome un abrazo.
"¿Estás aquí hoy?", ironizo, teniendo en cuenta su ausencia anoche.
"Se marchó esta madrugada a Nueva York", responde, sabiendo que no hace falta que me diga nada más.
Le acaricio el rostro "Ya verás como estarás bien."
"No cerréis", se oye la voz de Margot, que llega justo detrás de nosotros, acompañada por Astrid.
"Si me hubieran dicho que ibais a trabajar juntas, nunca lo habría creído", afirma mientras caminamos todos juntos hasta la cocina, donde mi padre termina los preparativos para el almuerzo.
"Ni yo", responde Caroline riendo alto. "Pero si me hubieran dicho que ibais a vivir juntas en París, yo tampoco me lo habría creído nunca. Precisamente tú, la mujer que nunca se compromete."
"Siempre hay una primera vez", contesta Astrid, metiéndose en la conversación.
"Eliza me lo contó, pero quiero oírlo de ti, Caroline, ¿Stella os llamó para proponeros un proyecto aquí en Barcelona?" Margot nunca pierde una oportunidad para meterse con Caroline y viceversa.
"No fue exactamente Stella, fue más la dirección del Centro. Se dieron cuenta de lo obvio, si mantienen todo el proyecto solo en un único lugar van a terminar perdiendo a muchos cirujanos que podrían marcar la diferencia, ¡como yo!", exclama riendo, señalándose el pecho con el dedo índice.
"Ya lo véis, ¿verdad?", me entrometo, cortando su fanfarronada "La gran Caroline, el mundo mueve las cosas de lugar para satisfacerla."
"No es exactamente así, que yo sepa la invitación también incluía a una cierta cirujana especialista en oncología, ¿no?"
"Bueno, es verdad, es casi demasiado bueno para creerlo, pero uno de los nuevos núcleos tendrá sede aquí, bajo la dirección de Caroline, y yo lideraré el grupo de cirugía oncológica", afirmo, esta vez hablando en serio.
"¿Quién dijo que no se puede tener todo? Y incluso, todo al mismo tiempo", la voz que se hace oír es la de mi madre que entra en la cocina y pone un brazo sobre mis hombros y el otro sobre los de Margot.

Índice

Prólogo
PARTE I
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
PARTE II
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
PARTE III
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Acerca de la autora

Libros en esta serie

@maggymcandrew

Acerca del autor

Maggy McAndrew



Maggy McAndrew es médica y una apasionada escritora afincada en Lisboa. Con un diverso portafolio que incluye publicaciones científicas y cautivadoras obras de ficción, el verdadero amor de Maggy reside en crear desgarradoras novelas de romance lésbico. Basándose en su amplia experiencia en el campo de la medicina y en entornos académicos, entreteje hábilmente "rebanadas de la vida diaria" con las complejidades de la dinámica hospitalaria y universitaria.

La perspectiva única de Maggy y su aguda comprensión de las relaciones humanas le permiten crear historias auténticas y emocionalmente resonantes que muestran las alegrías, desafíos y triunfos de las mujeres que aman a las mujeres. Sus novelas ofrecen una representación poderosa y sin disculpas del amor lésbico en todas sus formas.

Para mantenerse en contacto con Maggy y recibir ofertas exclusivas, extractos gratuitos de sus próximas obras y las últimas noticias sobre su trayectoria como escritora, por favor, escríbale a maggy.mcandrew@gmail.com. Ella valora la oportunidad de interactuar con sus lectores y agradece cualquier comentario, opinión o pregunta que pueda tener.

Libros en esta serie

Sphere España

La serie Sphere incluye un conjunto de novelas lésbicas con historias independientes ambientadas en la actualidad, que reflejan la realidad de varias mujeres lesbianas en el entorno médico y universitario.
El punto de unión de estas historias es la existencia de la "Sphere."
La "Sphere" es un grupo formado por mujeres, en su mayoría lesbianas, de toda Europa. Fue fundado en Francia, en la década de 1920, por una estadounidense que, durante su estancia en París, formó un grupo compuesto por mujeres prominentes en diversas áreas de las artes y las ciencias, que se reunían para discutir asuntos profesionales, conversar o, en algunas ocasiones, para poder tener relaciones en un espacio seguro. El secreto del grupo se mantenía por la necesidad de cada uno de sus miembros de proteger su propia identidad. Con el paso del tiempo, el grupo se fue ampliando y pasó a contar con mujeres notables en varios ámbitos, y sobre todo con muchas mujeres en puestos de poder, tanto a nivel económico como político. Los miembros del grupo se ayudan entre sí, intercambian influencias y mantienen el propósito original de promover espacios seguros para mujeres lesbianas.

Te Amo Más de lo que te Puedo Decir

¿La vida es un conjunto de acontecimientos aleatorios o está en nuestras manos tomar el control?

Charlotte y Elena forman una pareja aparentemente perfecta. Viven en una de las zonas más elegantes de Barcelona, en una casa tan fabulosa como su amor. Charlotte, nacida en París, es profesora universitaria de sociología, nieta de un acaudalado senegalés e hija de una reconocida pianista. Tras la muerte de su padre, lucha a diario contra la ansiedad por un futuro desamor. ¿Es mejor tener algo y arriesgarse a perderlo o nunca haberlo tenido?

Elena es una deslumbrante psiquiatra apasionada por la fotografía y la historia de Cataluña, hija de un ferviente independentista catalán. Sin embargo, siente que su vida no será perfecta hasta que logre ser madre.

En un día a día repleto de historias paralelas entre amigos, colegas e incluso algunos enemigos, Charlotte conoce a Alicia, una joven becaria de doctorado de la Universidad de São Paulo. Alicia pondrá en jaque sus convicciones y le ofrecerá salidas fáciles a dilemas complejos. Pero, ¿hasta dónde está dispuesta a llegar Charlotte ante la amenaza de perder a Alicia?

Mientras tanto, Elena se topa inesperadamente con una figura mítica y enigmática: Mercedes Ferrà, una eminente economista de renombre mundial, cuya vida privada está envuelta en el más absoluto secretismo. La irrupción de Mercedes Ferrà no solo brinda nuevas oportunidades a Elena, sino que también desafía todos y cada uno de los ideales que ha defendido hasta ahora.

Narrada en primera persona por Charlotte y Elena, esta historia de amor, seducción e intimidad

explícita transcurre entre las vibrantes calles de Barcelona y París. A medida que avanzan, irán descubriendo facetas desconocidas de sí mismas, cuestionando sus creencias y poniendo a prueba los límites de su amor en un viaje personal cargado de pasión, dudas y sorprendentes revelaciones.

Esta novela te atrapará desde la primera página. Te hará reír, llorar y reflexionar. Una historia inolvidable que permanecerá contigo mucho después de haber leído la última página. ¡Prepárate para sumergirte en un relato que transformará tu forma de ver el amor y la vida!

Verdades no dichas

Dos mujeres, dos voces, un viaje inolvidable a las profundidades íntimas del deseo, contado con honestidad cruda y pasión sin filtros.
En los pasillos del Hospital Central, dos doctoras brillantes y decididas se ven puestas a prueba cuando sus caminos se cruzan.
Olivia, ya apodada la Dama de Hierro, se siente vulnerable cuando asume la dirección clínica del hospital. Está decidida a transformar la práctica de la medicina y a adoptar un enfoque más centrado en las personas, enfrentándose a la feroz oposición de todos aquellos que quieren mantener el statu quo. Si la vida profesional de Olivia es complicada, su vida personal no se queda atrás, dividida entre la violencia de un matrimonio asfixiante con Javier y el consuelo de la intimidad con Úrsula.
Julia, seductora empedernida, casada con Camila y madre del pequeño Mateo, es una renombrada cirujana cardiotorácica y una de las voces más críticas hacia Olivia, al menos hasta el día en que Olivia es la única anestesista disponible para entrar con ella en el quirófano e intentar salvar la vida de un joven paciente.
Mientras las vidas de Olivia y Julia se van entrelazando, deben afrontar secretos, deseos y traiciones que amenazan con devorarlas. Desde el quirófano hasta la intimidad de sus hogares, su pasión parece superar los límites de su rivalidad. En medio de todo esto, Camila, esposa de Julia y cirujana también, vive a la sombra de la reputación de su madre, una persona tan brillante como difícil, y afronta sus propios demonios.
Como si la vida no fuera ya lo suficientemente complicada, por una extraña coincidencia, Camila y Olivia comparten el mismo psiquiatra, Felipe Rivera, sin saberlo. La historia de Verdades No Dichas nos es contada en primera persona por ambas, en sus sesiones de psicoterapia, sumergiendo a los lectores en un mundo de relaciones complejas, luchas personales y búsqueda de identidad y felicidad.
Prepárense para ser cautivados por esta apasionante historia de amor, ambición y caminos inesperados que conducen al descubrimiento del verdadero yo. Déjense llevar por las emociones crudas y las revelaciones íntimas de Olivia, Julia y Camila mientras navegan por las complejidades de sus relaciones, carreras y el poder transformador del amor en todas sus formas.

Pasiones Imprevistas

En un mundo donde el amor verdadero parece imposible, Simone, una brillante filósofa, se encuentra consumida por el dolor tras la pérdida de su gran amor, Lisa. Sumida en un océano de recuerdos, busca consuelo en las palabras, convencida de que solo a través de la escritura podrá liberar las pasiones ocultas que arden en su interior.

Pero el destino le tiene reservado otros planes cuando Nicola, una seductora profesora italiana con un pasado enigmático, irrumpe en su vida como un torbellino de deseo. A pesar de sus reservas, Simone se ve irresistiblemente atraída por el magnetismo de Nicola, y juntas se embarcan en un viaje de pasión desenfrenada que pondrá en tela de juicio todo lo que Simone creía saber sobre el amor y el placer.
Mientras tanto, Carmen, la mejor amiga de Simone, se encuentra atrapada en su propia encrucijada cuando conoce a Emily, una joven médica cuya cruda y honesta pasión despierta en Carmen deseos que nunca supo que existían. A medida que se sumergen en un romance secreto, los límites entre el amor y la amistad comienzan a difuminarse.
En esta apasionante y sensual novela, Maggy McAndrew explora los recovecos del deseo femenino con una prosa cautivadora y evocadora. "Pasiones Imprevistas" es un testimonio del poder transformador de la pasión y una celebración del amor lésbico en todas sus formas.

Abiertamente Enamorada

Abiertamente Enamorada es una novela sensual y audaz donde las protagonistas se enfrentan a decisiones cruciales. Un juego de tensiones entre pasiones arrolladoras y amores serenos.

Cuando el azar las reúne en dos ocasiones, Jennifer, Isabella y Valerie parecen destinadas a forjar una amistad.

Isabella, una psiquiatra experimentada y apacible, ve su vida trastocada cuando Amy, un rostro de su pasado, reaparece de improviso. El momento no podría ser más desconcertante: el mismo día en que Isabella pide un tiempo a su pareja de hace años, el destino desafía sus decisiones.

Valerie, intensivista de profesión y seductora por naturaleza, está enamorada de Isabella, pero ¿será ese amor lo bastante fuerte como para que renuncie al placer fugaz de una aventura prohibida?

Jennifer, profesora de escritura creativa, batalla con sus propias dificultades como escritora, incapaz de acabar su libro. Cuando Theodora, una alumna, le pide ayuda para escribir una novela lésbica, Jennifer tendrá que lidiar con sus inseguridades, sus prejuicios y quizá descubrir sentimientos con los que jamás se atrevió siquiera a soñar.

Abiertamente Enamorada es una exploración sensible y provocativa sobre las decisiones que tomamos en nombre del amor. ¿Es posible aspirar a tenerlo todo?

Amor Sin Concesiones

Amor sin Concesiones es una novela cautivadora, llena de erotismo, que nos transporta a una relación que desafía las convenciones.
Elizabeth, fotoperiodista y bailarina, ve su vida puesta patas arriba cuando conoce a Jacqueline, una talentosa ortopedista. Lo que comienza como una noche de pasión entre desconocidas se convierte en un torbellino de emociones y desafíos cuando descubren que Jacqueline es profesora de Elizabeth en un Programa de Medicina de Catástrofes en el que esta última acaba de inscribirse.

Jacqueline mantiene en secreto su relación de larga data con Olga, siguiendo el lema "don't ask don't tell", pero, como la vida está llena de coincidencias, se entera de que Anna, su pasión de juventud, está en la ciudad. Haciendo equilibrios entre los recuerdos de un amor no vivido y una nueva pasión que despierta, las palabras de su madre, pronunciadas en momentos de completa lucidez a pesar de su demencia, se vuelven decisivas.

Elizabeth no puede olvidar a Kate, la bailarina de la que se enamoró y por la que lo dejó todo. Ahora, secretos, prejuicios y traumas del pasado amenazan con destruir el frágil vínculo que comparten. ¿Será la pasión lo suficientemente fuerte para superar todos los obstáculos?

Amor sin Concesiones nos sumerge en los detalles, explorando la conexión entre dos mujeres apasionadas. La autora crea un mundo cautivador donde el deseo es la fuerza motriz, llevando a los lectores en una montaña rusa de emociones.

Prepárate para enamorarte, sufrir y vibrar con Elizabeth y Jacqueline, mientras sortean los altibajos de una relación intensa. Una lectura imprescindible para los amantes de las historias de amor y pasión que te dejarán sin aliento.